

LARRA



EN LA
ESCUELA

~~3019~~

2725

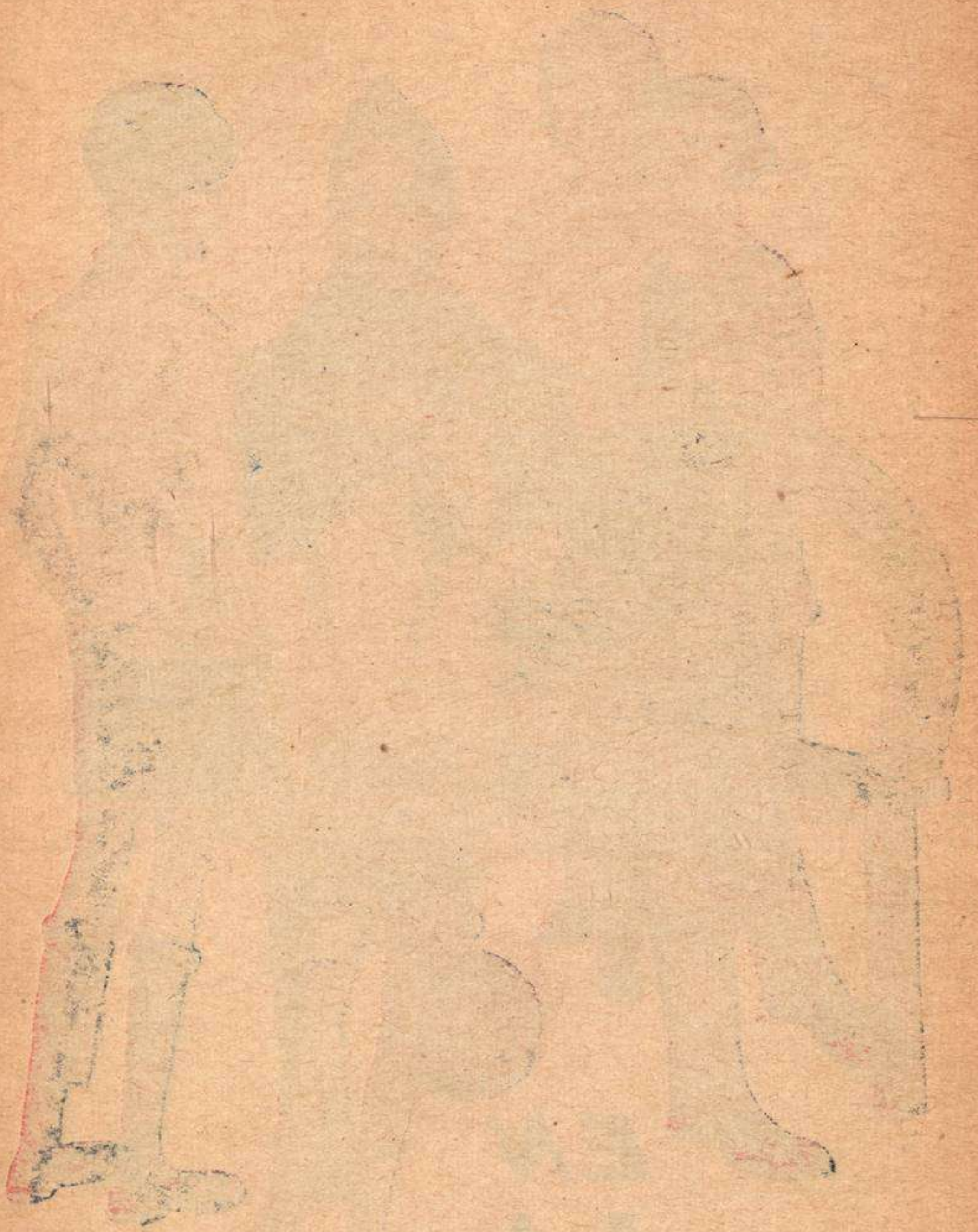
LARRA



EN
LA

ESCUELA

JE15/150



R. 517

372:46 (Larra)

LARRA

EN LA ESCUELA

JES/ISO

ANTOLOGÍA: Artículos / Poesías / Escenas

IDEARIO: Pensamientos / Frases / Descripciones

DE

D. Mariano José de Larra
(FÍGARO)

Selección, prólogo y epílogo de
FERNANDO JOSÉ DE LARRA

Dibujos de
José Luis Pellicer



Portada de
Ramón Manchón

R. 6748

YAGÜES, EDITOR - MADRID

ES PROPIEDAD

Copyright, 1930

FERNANDO JOSÉ DE LARRA



OBRAS DE LARRA

I. EL POBRECITO HABLADOR, revista satírica de costumbres, etc., etc., por el bachiller D. Juan Pérez de Munguía. (Publicáronse catorce números desde agosto de 1832 a marzo de 1833, todos ellos mutilados por la censura.)

II. EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE, historia caballeresca del siglo XV, por D. Mariano José de Larra. (Imprenta de Rapulles; Madrid, 1834.)

III. COLECCIÓN DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES. (Publicados en los años de 1832, 1833 y 1834 en *La Revista española y el Observador*.)

IV. EL DOGMA DE LOS HOMBRES LIBRES.—Palabras de un creyente. (Traducción de la obra de F. M. Lamennais.)

V. DE 1830 A 1836 O LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZÁBAL.—Resumen histórico crítico, publicado recientemente en París.—La da a luz un castellano, con las variaciones que ha creído oportunas, D. Mariano José de Larra. (Imprenta Rapulles; Madrid, 1836.)

VI. NO MÁS MOSTRADOR, comedia original en dos actos y en prosa.

VII. ROBERTO DILLÓN O EL CATÓLICO DE IRLANDA, melodrama de gran espectáculo, en tres actos y en prosa.

VIII. DON JUAN DE AUSTRIA O LA VOCACIÓN, comedia en cinco actos y en prosa.

IX. EL ARTE DE CONSPIRAR, comedia en cinco actos y en prosa.

X. UN DESAFÍO, drama en tres actos y en prosa.

XI. MACÍAS, drama histórico original en cuatro actos y en verso.

XII. FELIPE, comedia en dos actos y en prosa.

XIII. PARTIR A TIEMPO, comedia en un acto y en prosa.

XIV. TU AMOR O LA MUERTE, comedia en un acto y en prosa.

XV. NUEVA COLECCIÓN DE ARTÍCULOS DE CRÍTICA TEATRAL.

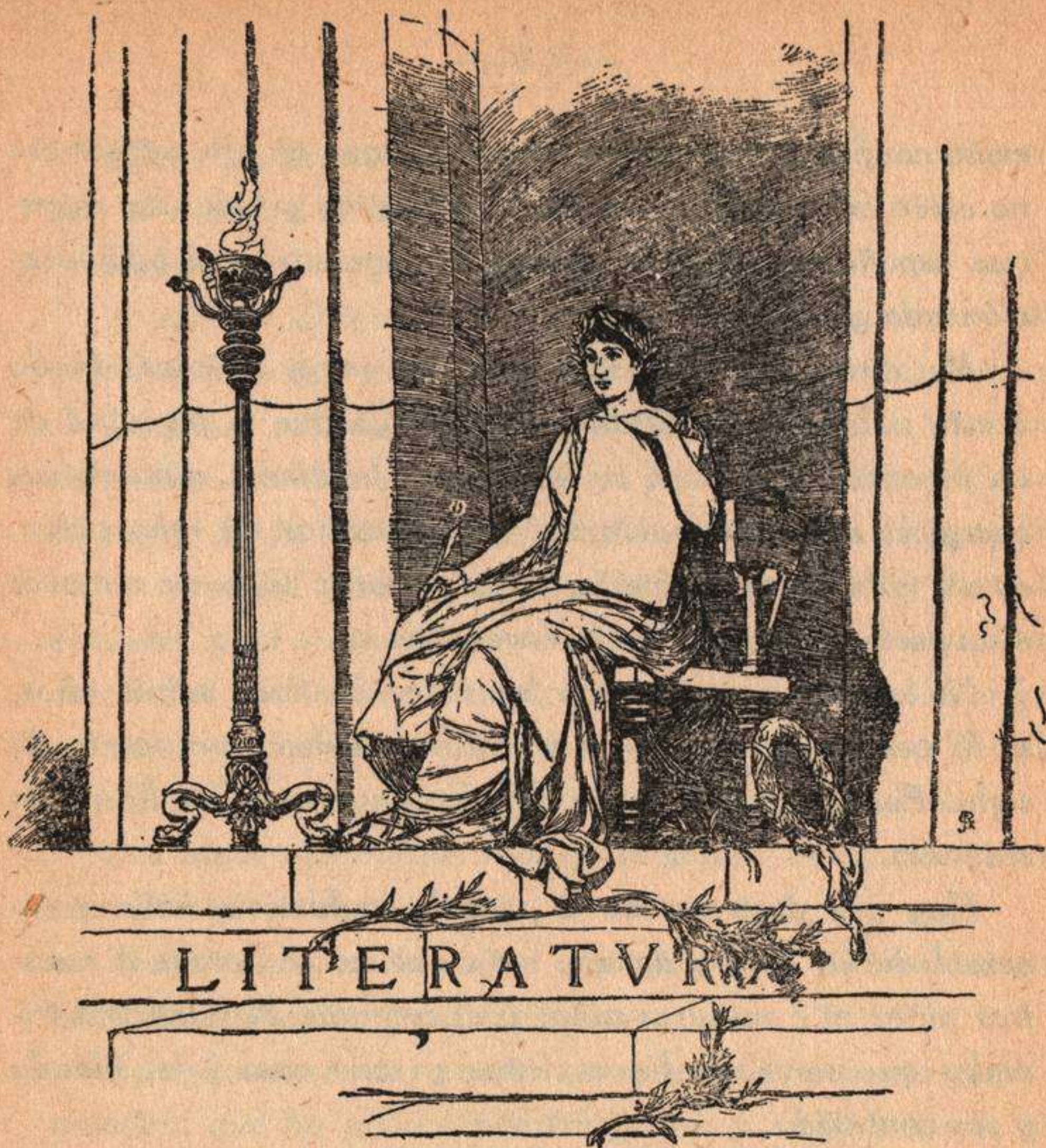
XVI. TRATADO DE SINÓNIMOS DE LA LENGUA CASTELLANA. (Apuntes.)

XVII. EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ Y LA EXENCIÓN DE CASTILLA, drama histórico original en cinco actos y en verso.

XVIII. POESÍAS INÉDITAS.

Los números I al XIV corresponden a las obras incluídas en las primeras ediciones de Larra. Los cuatro últimos a las inéditas hasta 1886. que figuraron por primera vez en la magnífica edición impresa en Barcelona en dicho año por la Casa Montaner y Simón. con los grabados de José Luis Pellicer que figuran en LARRA EN LA ESCUELA, merced a la galante cesión de dicha Casa.

Las páginas que se citan corresponden siempre a esta edición magistral.



A LOS MAESTROS ESPAÑOLES

Esta obra nace por vosotros y para vosotros.

Por vosotros, porque la acogida que habéis dispensado a mi Farándula, Niña, y vuestras excitaciones de todos los días han sido la causa de su nacimiento y su determinante vuestros aplausos cuando lancé la idea de dar ésta a la estampa; para vosotros, porque es un instrumento de trabajo que os proporciono, sin otra finalidad que serlo ni otro destino que el de las escuelas que dirigís.

Esta vez todo mi público sois vosotros y los niños que

están confiados a vosotros. Es posible que en este «vosotros» no estén comprendidos todos los maestros y todas las maestras españoles, como yo pretendo; pero eso será equivocación mía y sólo mía.

Me dirijo a los maestros y las maestras jóvenes, dando a esta palabra un sentido espiritual, ya que la juventud de un maestro no está en su partida de bautismo, sino en sus energías, en sus inquietudes, en sus ansias de renovación, en su noble afán de perfeccionar y sobre todo de remover el augusto sacerdocio de la enseñanza.

Ni los niños de hoy son los niños de hace veinte años, ni la pedagogía de hoy es la misma de hace un cuarto de siglo. Por eso los libros de hoy no deben ser los libros de entonces.

Hay que desterrar de la escuela la historia ñoña e inactual de un niño o de una niña que no se parece a nuestros niños ni a nuestras niñas y el conjunto de cuadritos triviales que convierte los espíritus en una cosa foja, blanda y sin contenido.

Tiene el maestro que escarbar en la inteligencia, que ahondar en los corazones infantiles para encontrar el venero que todos atesoramos, el filón que no debe perderse para bien de la humanidad: tiene el maestro que despertar curiosidades e inquietudes, que pueden surgir sin él, del diario contacto con la vida.

Nacidas al conjuro del maestro, pueden ser estas curiosidades y estas inquietudes dirigidas en un sentido noble y bueno. Nacidas de las fermentaciones de la calle, del contacto con la multitud, tienen difícil encauzamiento.

Ellas han de nacer necesariamente y no deben sorprender al maestro ni al discípulo.

Deben ser escogidas, pero no desterradas.

A ello se dirige este libro, que sólo aspira a ser una muestra de lo que pueden ser otros muchos libros de lectura.

Su prosa es la de uno de los más esclarecidos maestros del habla castellana, D. Mariano José de Larra, «Fígaro», el padre de la literatura joven que ha llevado el periodismo a su actual modalidad; una bella prosa, ágil y llena de encanto, y al mismo tiempo clara, diáfana, sin los rebuscamientos de los preciosistas, que son vidrios de colores que no dejan ver a los muchachos las cosas como son. En ella la palabra es un vehículo, no un personaje principal.

Sus ideas son varias, modernas dentro de su clasicismo, que aún no es ranciedad.

Tiene, pues, en la forma y en el fondo, el maestro una serie de elementos para trabajar.

Este pensamiento, puesto siempre en el maestro y en la maestra, que ha guiado nuestra pluma y nuestra tijera, nos ha hecho dividir la obra en dos partes: Antología e Ideario.

La Antología es el libro de lectura para la escuela. Es un conjunto de artículos, capítulos, versos y escenas de Larra, escogidos con la mirada puesta en el niño y en la escuela.

Por eso no son los más característicos, sino los más aprovechables, y responden a las distintas especialidades de Fígaro.

He querido que la nota pesimista del gran satírico quede lo suficientemente clara para que el maestro la aproveche en sus lecciones y lo suficientemente velada para que no inunde el alma infantil; que sea una resultante de la doc-

trina, digna de explicación, no un cuadro de luces definidas, que no la requiere.

Por eso no figuran en la antología algunos de los artículos más populares: Yo y mi criado, Fígaro dado al mundo, El día de difuntos de 1836, El mundo todo es máscaras, Todo el año es Carnaval, etc., y sí figuran Yo quiero ser cómico, En este país...

He querido que el libro pueda estar en todas las manos: en las de la niña más inocente y tierna y en la del rapaz más avisado. Apréciese que los trozos espirituales de Macías y de El Doncel no pueden rechazarse por el más pudibundo maestro si sabe serlo.

Pero en la obra toda de mi bisabuelo fluye su ironía educadora, su sátira que es enseñanza, sus latigazos que duelen sin herir, sus sonrisas que apartan de lo ridículo a tiempo, antes de que puedan convertirse en carcajadas.

Una prosa inmejorable que acostumbre a los muchachos a escribir bien en su idioma, a hablar bien en su idioma, con todo el sabor de la autoridad clásica y sin la obscuridad de lo que ya pasó y, aun siendo maravilloso, tiene el polvillo de siglos que se fueron.

Y un fondo educador, sencillamente educador, porque para serlo necesita de la mediación del maestro, del buen gusto del maestro; precisa de un maestro dispuesto a hacer, no amigo de que ya se lo den todo hecho.

La segunda parte de este libro es el ideario; una cantera de sugerencias para el maestro, un acicate para su actividad espiritual, un arma de combate.

Puede escoger la idea aplicable al momento, la que com-

plemente la lectura o el hecho de actualidad y la que resulte más opuesta, para que del contraste nazca la luz.

La lección ocasional, que puede ser luminar de una vocación, de una razón, de un contenido anímico.

Como ejemplo, sólo como ejemplo de lo que puede proporcionar al maestro el ideario, se incluye la lección de un discípulo en este tomo. Si un discípulo, con toda su modestia, encontró en un párrafo tal cúmulo de sugerencias, ¿qué no haréis vosotros, maestros y maestras, llenos de vocación y de entusiasmo, poseedores de una perfección contrastada por la piedra de toque de la práctica, cauce de voluntades y espejo de pedagogos?

Este ideario de Larra no es precisamente un ideario para literatos ni para pensadores, no es el que se paladea en un sillón viendo los espirales del humo de un cigarro; es un ideario para maestros, un conjunto de ideas escogidas para maestros; no se pretende que sean las mejores ni más características de «Fígaro», sino las más aprovechables dentro del ambiente de una escuela española, muy moderna, en la que el ansia de aprender es gemela en el maestro y en los discípulos, en la que la curiosidad por descifrar los enigmas es de uno y de otros, pero siempre española; en la que se siente la inquietud, en su aspecto más sano, más sugeridos y más hermoso.

A vosotros, maestros, va este libro. Acogedle con cariño. Tomadle por compañero. En él puse más trabajo y más entusiasmo que en mis obras originales, que si ellas son hijas de mi imaginación, ésta responde a un imperativo mandato de mi sangre. Ya sabéis que todo lo bueno que

en ella encontréis es del bisabuelo; si en la elección o en el afán de destacar algo que no os agrade hay error, achacadlo sencillamente al biznieta.

Mi deseo se habrá cumplido totalmente si este nuevo instrumento de trabajo es útil en la escuela de mi país, si los maestros enseñan en él a los niños a amar una época romántica que siempre conservará un perfume de juventud y una figura literaria tan profunda y tan ligera, tan alegre y tan triste, tan extranjera y tan española como la de Mariano José de Larra.

FERNANDO JOSÉ DE LARRA





MI NOMBRE Y MIS PROPOSITOS

Mucho tiempo hace que tenía yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro, no precisamente porque más que otros le entienda, sino porque más que otros quisiera que llegasen todos a entenderle. Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviésemos tea-

tro, y las otras de que tuviese yo habilidad; cosas ambas a dos que creía necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenía, además: la primera, si me querrían oír; la segunda, si me querrían entender; la tercera, si habría quien me agradeciese mi cristiana intención y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante a los unos y disgustar a los otros más de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algún nombre le he de dar) me quiso convencer no sólo de que tenemos teatro, sino también de que tengo habilidad; más fácilmente hubiera creído lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo que en lo de si tenemos teatro, yo era quien había de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo había de decir a mí. Acerca del miedo de que no me quieran oír, aseguróme muy seriamente que no sería yo el primero que hablase sin ser oído, y que como en esto más se trataba de hablar que de escuchar, más preciso era yo que mi auditorio. «Ridículo es hablar—me añadió—no habiendo quien oiga; pero todavía sería peor oír sin haber quien hable.» Acerca de si me querrían entender, me tranquilizó afirmándome que en los más no estaría el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco a unos y disgustar mucho a otro, «¡pardiez!—me dijo—, que os embarzáis en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar a sus lectores, a más de quedarnos siempre el simple recurso de disgustar a los unos y a los otros, dejándolos a todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto.»

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aún que elegir un nombre muy desconocido, que no fuese el mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que

estos artículos escribía, porque esto de decir *yo soy fulano* tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme Fígaro, nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso, además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes, tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy a conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje a un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdicción de mi crítica.

Con respecto, por ejemplo, a los actores, y sobre todo a los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daría el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaría yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado Ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores, muchos, pero malos, me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posición, y recibió aviso de que se acercaba a más andar el enemigo.

—Mi general—le dijo su edecán—, ¡el enemigo!

—¿El enemigo, eh?—preguntó el general—. Déjele usted que se acerque.

—¡ Señor, que ya se le ve!—dijo de allí a un rato el edecán.

—¡ Cierto, ya se le ve!

—¿ Y qué hacemos, mi general?—añadió el edecán.

—Mire usted—contestó el general, como hombre resuelto—: mande usted que le tiren un cañonazo. Veremos cómo lo toma.

—¿ Un cañonazo, mi general?—dijo el edecán—. Están muy lejos aún.

—No importa; un cañonazo he dicho—repuso el general.

—Pero, señor—contestó el edecán despechado—, un cañonazo no alcanza.

—¿ No alcanza?—interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad—. ¿ No alcanza un cañonazo?

—No, señor, no alcanza—dijo con firmeza el edecán.

—Pues bien—concluyó su excelencia—, que tiren dos. Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público a ver cómo lo toma. ¿ No alcanza, no gusta? Darle dos.

Menos diré, por consiguiente, que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los más dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivía en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicación con su familia. Movidó de los ruegos de ésta, fuéle a visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debía de hacer nunca su cama: tal estaba ella de mal parada.

—¿ Pero es posible, señor don Braulio—le dijo el amigo al loco—, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni...?

—No, amigo, no; es mi sistema.

—¿Pero qué sistema?

—Tengo razones.

—¿Razones?

—No, amigo—respondió el loco—, no haré mi cama, no la haré.

Y acercándosele al oído añadió con aire misterioso:

—No la hagas y no la temas.

A este refrán se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. «No hacemos la comedia—dicen como el loco—porque: *No la hagas y no la temas.*»

Pues tan comedido como con los teatros he de ser poco más o menos con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañen al Gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos a encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Ubeda, cuyo caso no he de callar, por vida mía, más que en cuentos y relatos me llame el lector pesado.

Había llamado el tal a un pintor, y mandándole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato había sido darle un ducado por virgen, que por cierto no fué caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo; pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni había para qué ponerlas todas; había, pues, imaginado el pintor de Ubeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así sólo podrían contarse alguna docena en primer término, dos o tres docenas en segundo e infinidad de cabezas que de las puertas salían. Contó callandito el aficionado a vírgenes las que alcanzaba a ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valía el cuadro conforme al contrato.

Respondióle aquél que claro estaba: que once mil ducados.

—¿Cómo puede ser eso—le repuso el que había de pagar—, si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas?

—¿No ve vuestra merced—contestó el pintor—que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero...

—¡Ah! Pues entonces—concluyó el aficionado—tome vuestra merced por hoy esos cien ducados, que corresponden a las que han salido, y con respecto a las demás, yo se las iré pagando a vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado Gobierno de las tuyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que me iré muy a la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprehensible, veré cómo y cuándo y a quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentación de reformar, y que entro en esta obligación con la misma disposición de ánimo que tiene el soldado que va a tomar una batería.





EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que parecería el negarse grosería, o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos contrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacerme más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?» «Un animal», iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*», le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos a entrambos en escena.

—¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera sino tu?...

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?

—No, Braulio, no he venido.

—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? Es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan, pan, y el vino, vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo—insisto temblando

—¿No puedes?

—Gracias.

—¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

—No es eso, sino que...

—Pues si no es eso—me interrumpo—, te espero a las dos; en casa se come a la española: temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural, y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder. Un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mun-

do para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltarás, si no quieres que riñamos.

—No faltaré—dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

—Pues hasta mañana.

Y me dió un torniscón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o

menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un novio que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espeta a uno cara a cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia, monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida a decir *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros; que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer: estoy seguro de que se hubiera picado. No quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas. Vestíme sobre todo lo más despacio que me fué po-

sible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo. Era citado a las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos. Déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conecedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite, y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer—exclamó don Braulio—, vamos a la mesa, querida mía.

—Espera un momento—le contestó su esposa casi al oído—; con tanta visita, yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...

—Bien, pero mira que son las cuatro...

—Al instante comeremos...

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

—Señores—dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones—, exijo la mayor franqueza:

en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! Quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y, además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

—¿Qué tengo de manchar?—le respondí, mordiéndome los labios.

—No importa; te daré una chaqueta mía. Siento que no haya para todos.

—No hay necesidad.

¡Oh, sí, sí! ¡Mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

—Pero, Braulio...

—No hay remedio, no te andes con etiquetas.

Y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía, porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los días del año es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal in-

teligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores—exclamó el anfitrión una vez sentado—; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys—frase que creyó preciso decir.

Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos a otros.

—Sírvase usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted a la señora.

—Está bien ahí.

—Perdone usted.

—Gracias.

—Sin etiqueta, señores—exclamó Braulio.

Y se echó el primero con su propia cuchara.

Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle—decía ésta de unos pichones—: están un poco quemados.

—Pero, mujer...

—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

—¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente!—exclamábamos todos dejándonoslo en el plato—. ¡Excelente!

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acaba de llegar. ¡El criado es tan bruto!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En eso no tienes razón, porque es...

—Es malísimo.

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a en-

tender entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

—Señora, no se incomode usted por eso—le dijo el que a su lado tenía.

—¡ Ah! Les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto. Otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendrás...

—Usted, señora mía, hará lo que...

—¡ Braulio! ¡ Braulio!

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi

pan, los huesos de las suyas y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.

—Este capón no tiene coyunturas—exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha—. ¡Cosa más rara!

En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera hacerlo en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpiísima camisa; levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, aumentase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada, toda azorada, retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el autrdimiento de la criada no conocen término: retírase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado, que traía una docena de pla-

tos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión.

—¡ Por San Pedro !—exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa—. Pero sigamos, señores ; no ha sido nada—añade volviendo en sí.

¡ Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huíd del tumulto de un convite de días ! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿ Hay más desgracias ? ¡ Santo cielo ! Sí, las hay para mí, ¡ infeliz ! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza que es indispensable aceptar y tragar ; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas ; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos ; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea ; por fin, ¡ oh última de las desgracias !, crece el alboroto y la conversación ; roncas ya las voces, piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro.

—Es preciso.

—Tiene usted que decir algo—claman todos.

—Désele pie forzado ; que diga una copla a cada uno.

—Yo le daré el pie : *A don Braulio en este día.*

—Señores, ¡ por Dios !

—No hay remedio.

—En mi vida he improvisado.

—No se haga usted el chiquito.

—Me marcharé.

—Cerrar la puerta.

—No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

«¡ Santo Dios, yo te doy gracias!—exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos—. Para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roast-beef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.»

Concluída mi deprecación mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para

no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose, tal vez verdaderamente.





EN ESTE PAIS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en

boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que no pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted?, decimos. ¡En este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: *¡Cosas de este país!*, que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce; de donde se infiere que si todos los individuos de

un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia: no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza, por mejor decir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este a nuestro entender el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará, o no se verificará, más tarde. Sustituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones pude comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus amadas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera—me dijo—. ¿Qué quiere usted? En este país...

Y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias: un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

«Vive Dios—dije yo para mí—que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beefsteak* con todos los adherentes de un almuerzo a *la fourchette*, y que en París los que pagan ocho o diez reales por un *appartement garni*, o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.»

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, a pesar de su notoria inutilidad. Llévome, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.

—¡Cosas de España!—me salió diciendo, al referirme su desgracia.

—Ciertamente—le respondí, sonriéndome de su injusticia—, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.

—¡Cosas de España!—me repitió.

—Sí, porque en otras partes colocan a los necios—dije yo para mí.

Llévome en seguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal

ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió :

—Ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro?—me dijo—. ¿Lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente—le contesté yo—, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueren de hambre.

—Desengáñese usted ; en este país no se lee—prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee?, le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos?—le pregunté, sin embargo.

—No, señor ; en este país no se sabe escribir periódicos.

¡ ¡ ¡ Lea usted ese «Diario de los Debates», ese «Times» !!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente este país, y clamaba :

—¡ Qué basura ! En este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.

—¡ No hay limpieza en España !—exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.

—¡ Ah ! ¡ País de ladrones !—vociferaba indignado.

Porque en Londres no se roba ; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeuntes.

Nos pedía limosna un pobre.

—¡ En este país no hay más que miseria!—exclamaba horripilado.

Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y :

—¡ Oh, qué horror!—decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida—. ¡ Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.

—No entremos. ¡ Qué cafés los de este país!—gritaba. Se hablaba de viajes.

—¡ Oh, Dios me libre! ¡ En España no se puede viajar! ¡ Qué posadas! ¡ Qué caminos!

¡ Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿ Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33 no vuelven los ojos a mirar atrás, o no preguntan a sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en *El Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo pródigo, o las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el Marlborough (o Mambruc, como

dice el vulgo) cantado a la guitarra ; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin... en que...?

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito : no vuelven a mirar atrás porque habrían de poner un término a su maledicencia y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que a los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos a un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer a un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca sino la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe ; pero cuando oímos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarle ; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos ; sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a

nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: *¡Cosas de España!*, contribuya cada cual a las mejoras posibles. Entonces este país dejará de ser tan maltratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.





YO QUIERO SER COMICO

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad, sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor o de buen talante para comunicar el suyo a los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal

intencionado ni de amigo de buscar pependencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba, por cierto, mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplecase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado *Fígaro*?

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar

para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al Ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, a la Empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la Empresa?

—Le diré a usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo a usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar; la gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrás de memoria los poetas clásicos, y los comprenderás, y podrás verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada, no, señor.

—Perfectamente.

—Le diré a usted... en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre a la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor; si no es tan antiguo, a la antigua francesa o a la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

—¡Ah! ¡Ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted, el papel lo dirá; y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno... Además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah, ya!... Usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa ; pero eso no es esencial.

—Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿a qué altura se halla usted?

—Mal, porque si va a decir verdad, yo soy pobrecillo : yo era escribiente en una mala administración ; me echaron por holgazán, y me quiero meter a cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré a usted : si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados desde que nacen a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ ya ve usted !, en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza ; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga,

cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpas; me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: «Allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh, disformes! Tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa y se hundirá la casa a aplausos. Y, especialmente, en toda clase de papeles diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención o lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo, y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta y sacándole a usted la relación

del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrán usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, o por el verso, más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera

—¿Sabrá usted quejarse amargamente y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para...?

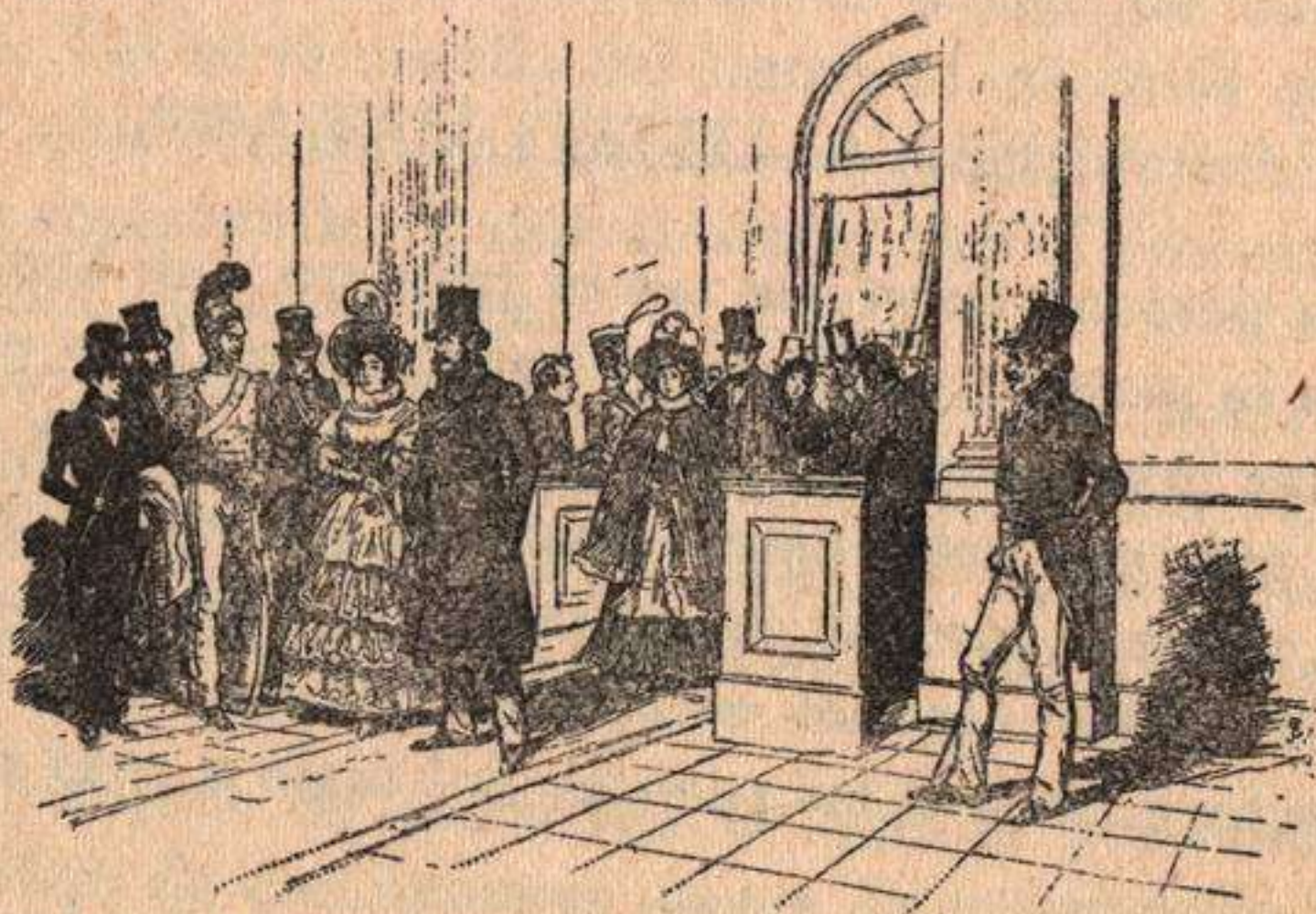
—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado:

—¡Venga usted acá, mancebo generoso—exclamé todo alborozado—; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería! Usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro en que

sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.





VUELVA USTED MAÑANA

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza ; nosotros no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo a más de un cristiano.

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica, de estos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante. En el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina ; en el segundo vienen temblando por esos caminos y preguntan si son los

ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen a primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana a esos juegos de manos sorprendentes e inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideración; trabé presto amis-

tad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuera el de pasearse.

Admiróle la proposición, y fué preciso explicarme más claro.

—Mirad—le dije—, monsieur Sans-délai (que así se llamaba); vos venís decidido a pasar quince días y a solventar en ellos vuestros asuntos.

—Ciertamente—me contestó—. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derecho), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince, cinco días.

Al llegar aquí M. Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

—Permitidme, monsieur Sans-délai—le dije entre socarrón y formal—, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

—¿Cómo?

—Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

—¿Os burláis?

—No por cierto.

—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

—Sabed que no estáis en vuestro país, activo y trabajador.

—¡Oh! Los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

—Os aseguro que en los quince días con que contáis no habréis podido hablar ni siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

—¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

—Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido; encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos.

—Vuelva usted mañana—nos respondió la criada—, porque el señor no se ha levantado todavía.

—Vuelva usted mañana—nos dijo al siguiente día—, porque el amo acaba de salir.

—Vuelva usted mañana—nos respondió el otro—, porque el amo está durmiendo la siesta.

—Vuelva usted mañana—nos respondió el lunes siguiente—, porque hoy ha ido a los toros.

¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Vímosle por fin, y :

—Vuelva usted mañana—nos dijo—, porque se me ha olvidado.

—Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.

A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí. Un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola, y el sombrerero, a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita,

ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esuelas. ¡ Qué formalidad y qué exactitud !

—¿Qué os parece de esta tierra, monsieur Sans-délai?— le dije al llegar a estas pruebas.

—Me parece que son hombres singulares...

—Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro días volvimos a saber el éxito de nuestra pretensión.

—Vuelva usted mañana—nos dijo el portero—. El oficial de la mesa no ha venido hoy.

—Grande causa le habrá detenido—dije yo entre mí.

Fuímonos a dar un paseo, y nos encontramos, ¡ qué casualidad !, al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero :

—Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.

—Grandes negocios habrán cargado sobre él—dije yo.

Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del Correo entre manos que le debía costar trabajo el acertar.

—Es imposible verle hoy—le dije a mi compañero—; su señoría está, en efecto, ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y, ¡ qué fatalidad !, el expediente había pasado a informe, por desgracia, a la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado.

Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante.

Vuelto de informe, se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error. Pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando después de tres meses a la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.

—De aquí se remitió con fecha tantos—decían en uno.

—Aquí no ha llegado nada—decían en otro.

—¡Voto va!—dije yo a M. Sans-délai—. ¿Sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio!

—Es indispensable—dijo el oficial con voz campanuda—que esas cosas vayan por sus trámites regulares.

Es decir, que el toque estaba como el toque del ejercicio militar: en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma o al informe, o a la aprobación, o al despacho, o debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.»

—¡Ah, ah! Monsieur Sans-délai—exclamé riéndome a carcajadas—, este es nuestro negocio.

Pero M. Sans-délai se daba a todos los oficinistas, que es como si dijéramos a todos los diablos.

—¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega, en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.

—¿Intriga, monsieur Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta; es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

—Ese hombre se va a perder—me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

—Esa no es una razón—le repuse—; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

—¿Cómo ha de salir con su intención?

—Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa?

—Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.

—¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?

—Sí, pero lo han hecho.

—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Conque porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible será preciso tener consideraciones

con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.

—Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.

—Por esa razón deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.

—En fin, señor Fíguro, es un extranjero.

—¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

—Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.

—Señor mío—exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia—, está usted en un error hartamente general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

Un extranjero—seguí—que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Este extranjero que se establece en este país no viene a sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir;

ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuído al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los Gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros: a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos...

Pero veo por sus gestos de usted—concluí interrumpiéndome oportunamente a mí mismo—que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluída esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai.

—Me marchó, señor Fígaro—me dijo—; en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.

—¡Ay, mi amigo!—le dije—. Idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.

—¿Es posible?

—¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...

Un gesto de M. Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

«Vuelva usted mañana—nos decían en todas partes—, porque hoy no se ve.» «Ponga usted un memorialito para que le den a usted un permiso especial.» Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representá-

basele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *Soy extranjero*. ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado a su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo, sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que a la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor, o más bien lo único, que había podido hacer bueno había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen monsieur Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy. Si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo a mí mismo, que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada y las esperanzas de más de un empleo que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje

para mañana ; te referiré que me levanto a las once, y duermo siesta ; que paso haciendo quinto pie de la mesa de un café hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas ; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitio, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada ; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto ; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntes, el título de este artículo, que llamé : *Vuelva usted mañana* ; que todas las noches y muchas tardes he querido durante este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones : ¡ *Eh, mañana le escribiré!* Da gracias a que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo ; pero ¡ ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás !





LA DILIGENCIA

Cuando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa: generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida a sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos a nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar, hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más im-

portante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo a otro; seguros de alcanzar con su brazo de hierro a todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio a sus esclavos; no han considerado que las ideas se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos. La navegación la trajo a Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido a los hombres de todos los países. Verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría a usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis o siete leguas. Aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas; esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban a tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara. Los carromatos y las acémilas estaban reservadas a las mujeres de militares, a los estudiantes, a los predicadores cuyo convento

no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, a fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña; la vuelta, una solemnidad. Y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar a París después de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!»

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban! Y se apiñaban a su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volvía sola. Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido a París! ¡¡¡Ha vuelto de París!!! ¡¡¡Jesús!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él—se dice—cuando no ha estado en ninguna parte? Y, efectivamente, por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias. Ellos

esperan siempre a pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera o dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro o fuera?

Volviendo empero a nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con Su Majestad: una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto a los *billares*; pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en última resultado que, ora fuese a despedir a un amigo, ora fuese a recibirle, ora, en fin, con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias; yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. A la entrada le llama a usted ya la atención un pequeño aviso que advierte, pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen a despedir o recibir a los viajeros; es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado, numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios. Aconsejaremos, sin embargo, a cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba a entrar años pa-

sados en el Botánico con chaqueta y palo, y a quien un dependiente decía :

—No se puede pasar en ese traje. ¿No ve el cartel puesto de ayer?

—Sí, señor—contestó el palurdo—; pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego; verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. «¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá...!» Esto siempre satisface; verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso. En una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razón, pero en ese caso puede volver a otra hora, o no volver si no quiere

El patio comienza a llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio; como muy enterados de la hora, están ya como en su casa. Los que vienen a despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: «¿Ha marchado ya la diligencia? ¡Ah, no! Aquí está todavía.» Los primeros tienen capa o capote, aunque haga calor; écharpe al cuello y gorro griego o gorra, si son hombres; si son mujeres, gorro o papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué más sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, a la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población: me-

día hora falta sólo. Una niña, ¡ qué joven, qué interesante !, apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas; a su lado, el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano...

—Vamos, niña—dice la madre, robusta e impávida matrona a quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última—, ¿a qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce a fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. Por otra parte, ¡ qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros ! ¡ Qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios ! ¡ Cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche o en la posada ! ¡ Cuántas veces hay que dar la mano para bajar o subir ! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre; sabido es que nunca está el corazón más dispuesto a recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡ Ah ! ¡ La naturaleza es enemiga del vacío !

Nuestro militar sabe todo esto; pero sabe también que toda regla tiene excepciones y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva. «Pobre niña — dice entre dientes—, lo que es la poca edad; si pensará que no se aprecian las caras boni-

tas más que en Madrid. El tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.»

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años; el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? Las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre éstas y las de la niña.

—¡Voto va! Ya ha marchado—entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender...

¡Ah, ah! Este es un verdadero viajero. Su mujer le acusa a preguntas:

—¿Se ha olvidado el pastel?

—No; aquí le traigo.

—¿Tabaco?

—No; aquí está.

—¿El gorro?

—En este bolsillo.

—¿El pasaporte?

—En este otro.

Su exclamación al entrar no carece de fundamento: faltan sólo minutos y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayores y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros; pero es de advertir que éstos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria. El mayoral y el zagal, por el contrario, hacen lo de todos los días.

Por fin se adelanta la diligencia, se aplica la escalera a sus costados y la baca recibe en su seno los paquetes. En menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente a colocarse en su puesto. Es de ver la

impasibilidad del conductor a las repetidas solicitudes de los viajeros.

—A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.

—Que no se moje ese baúl.

—Encima ese saco de noche.

—Cuidado con la sombrerera.

—Ese paquete, que es cosa delicada.

Todo lo oye, lo toma, lo encajona; a nadie responde: es un tirano en sus dominios.

—La hoja, señores. ¿Tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? ¡Al coche, al coche!

El patio de las diligencias es a un cementerio lo que el sueño a la muerte; no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre: no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores—repite el conductor.

Y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va a tomar las aguas; la bella casada, entre una actriz que va a las provincias y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?», y un fraile corpulento que con arreglo a su voto de humildad y de penitencias va a viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones; una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para aso-

marse de continuo a la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro e hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va. trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo, se confunden en el aire los ladridos del perrito, los tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea caballos desde la ventanilla; los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro y multitud de frases de despedida.

—Adiós, hasta la vuelta.

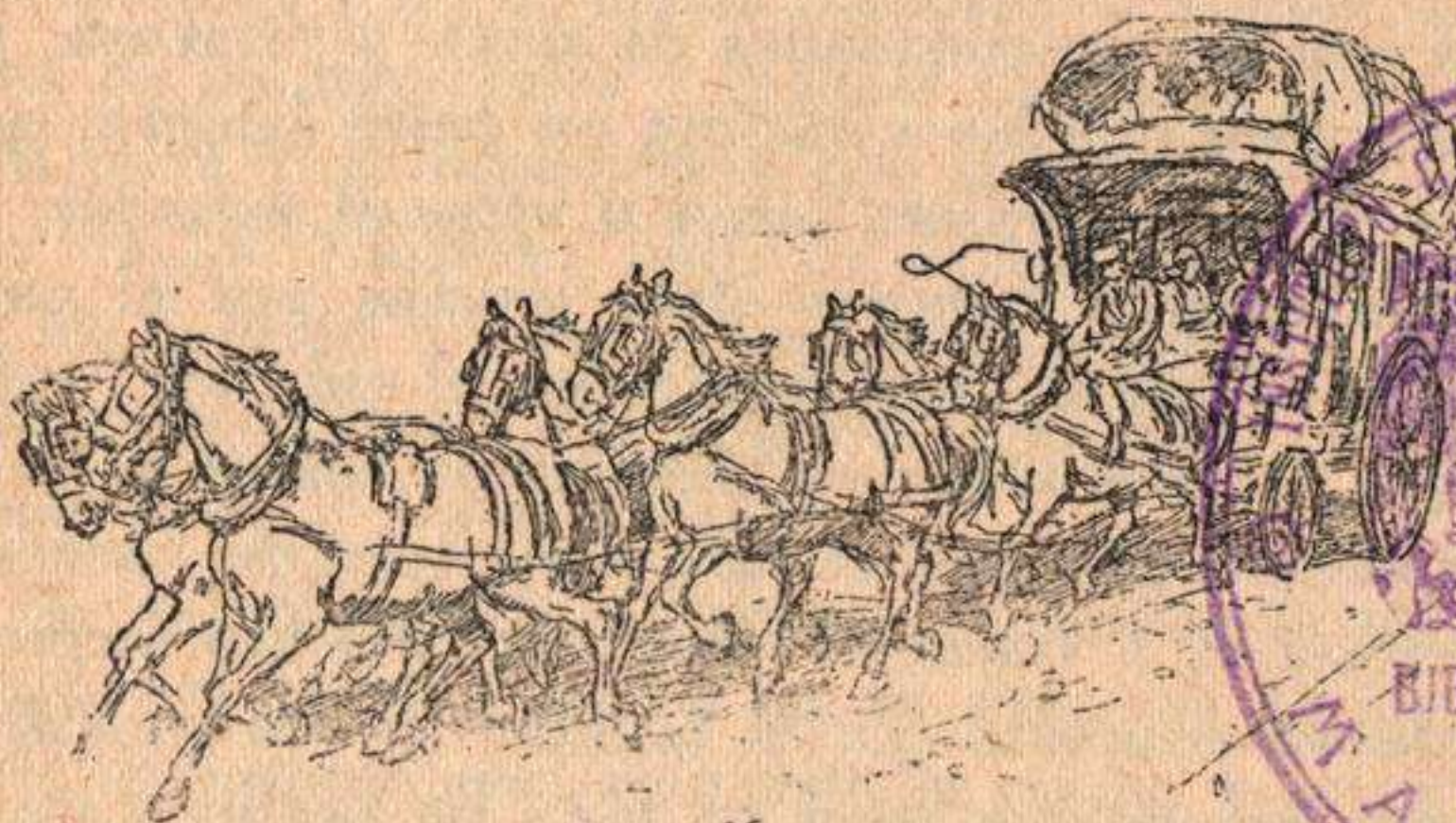
—Tantas cosas a Pepe.

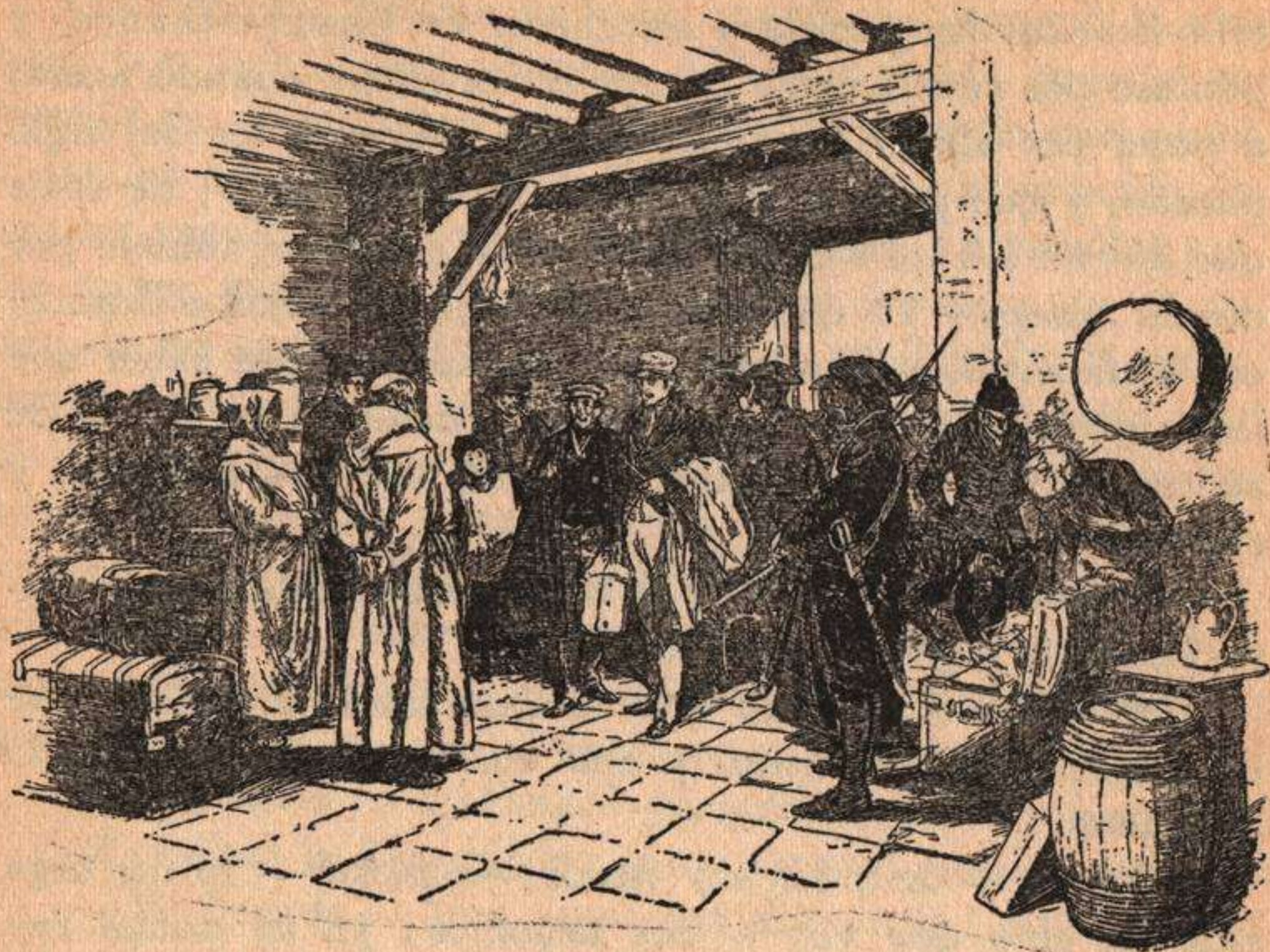
—Envíame el papel que se ha olvidado.

—Que escribas en llegando.

—Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinado del látigo; la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle a una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.





LA JUNTA DE CASTEL-O-BRANCO

No hay cosa como una junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos a quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es más necesario que una junta; así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en junta, como lo habían de poner en nodriza, y no bien abre los ojos a la luz, se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido, por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, o interceptadas, cuando no están fuera del reino tomando aire o tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el día llama nuestra atención es la de Cas-

tel-o-Branco. Empezaría a anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó a pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco o nada se curan del gobierno; de estos que dicen: «A mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera.» A qué iba el español a Castel-o-Branco, eso sería averiguación para más despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida:

—Casteçao—le dijo—, ¿es vasallo deu senhor emperante Carlos V? ¿Vien de Castella?

Entendíasele un poco más al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente:

—Yo no sé de quién soy vasallo—contestó—, ni me urge saberlo, sino que voy a mis negocios; yo ni pongo rey ni quito rey; quien anda el camino tenga cuidado...

Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conociólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no había casa ni ventana:

—No se enfade vuestra merced, señor portugués—le dijo—, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los míos nunca descomponemos partido. Pero ¿quién es mi rey en esta tierra?

—Eu senhor Carlos V.

—Vaya, sea en hora buena—contestó el castellano—, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando a mi señora la reina...

—¡Casteçao!

—No se enfade vuestra merced...

Y de allí a poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrían andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de cómo había llegado un vasallo de su majestad imperial. Es de advertir que como todos los días no tiene su majestad imperiad proporción de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de las cosas, y fué que, así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizarse la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, a vuelo las campanas; con este motivo hubo quien dijo: *principio quieren las cosas*, y quien añadió: *que el reinar no quiere más que empezar*. Digo, pues, que se echaron a vuelo las campanas, y el labriego se aturdía; verdad es que el ruido no era para menos.

—¿Qué fiesta es mañana?—preguntaba el buen hombre.

—Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

—¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan más en cada uno.

En estos y otros propósitos entretenidos llegaron a una casa que tenía una gran muestra, donde en letras gordas decía:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO DE TODAS LAS ESPAÑAS,
CON MÁS SUS INDIAS

No quisiera entrar el labrador, pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalón en escalón en una sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada a la espartana, porque estaba desnuda; en torno yacían los señores de la junta

sentados, pero mal sentados, sea dicho en honor de la verdad. Luces había pocas y mortecinas. Un mal espejo les servía para dos fines: para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos a otros: «Mírese su excelencia en ese espejo.» Porque es de advertir que se daban todos unos a otros dos cosas a saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no había; verdad es que tampoco había puertas, por ser la casa de estas malas de lugar que, o no las tienen, o las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio y un mal secretario eran los muebles que componían todo el ajuar.

No sé dónde he leído yo que en cierta tierra de indios, el congreso supremo de la tribu se reúne para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando sólo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro están igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de juntas el tesorero general del pretendiente, don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene dinero es el empleado principal; el cual, si no era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece excusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimía a su lado el ministro de Hacienda una mala banqueta, que gemía no tanto por el noble peso que sostenía como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase, por consiguiente, su excelencia a cada momento; figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de su excelencia; pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco y con cara de

contradicción, hacía de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo había sido de Coria.

Veíase a otra parte, de pie y en actitud de huir a la primera orden, a un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba éste al ministro de la Guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes más, en calidad de consejeros supremos de la junta, hacían como que meditaban, por el buen parecer, en un rincón de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado a nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de su majestad imperial.

—Excelentísimos señores—exclamó el señor tesorero en altas voces—, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor; ya ha llegado el día del triunfo de su majestad imperial, y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que, en vista de esta novedad, deliberemos.

—En cuanto a lo de deliberar—dijo entonces el señor notario—, recuerdo al señor presidente que esto es una junta.

—No me acordaba—dijo entonces el presidente—; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

—Se conoce—dijo el notario, y lo apuntó en el acta—. Hable, pues, si sabe y si tiene de qué, el excelentísimo señor ministro de Hacienda.

—Despiértele usted—dijo entonces el presidente al portugués que hacía de ujier—, despiértele usted, pues parece que su excelencia duerme.

Llegóse el portugués a su excelencia, que efectivamente dormía, y díjole en su lengua:

—No haga caso su excelencia de que está en junta, que es llegado el momento de hablar.

Soñaba a la sazón su excelencia que se le venía encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

—¿Hablo yo?—dijo—. Vamos a ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

—Al orden, al orden—interrumpió el presidente—. ¿Qué es eso de mejoras?

—Soñaba que estábamos en España—contestó su excelencia turbado—. Perdona la junta. Por consiguiente, hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermisión, por otra parte, no urge. Mi ministerio...

—Excelentísimo señor—dijo el presidente—, cierto; pero acaba de llegar...

—¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio?—preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegara a ver un peso duro.

—Todavía no, pero...

—¡Ah! Pues entonces—repuso el ministro—repito que no corre prisa; y volviéndose en la banqueta y hacia el portugués:—. Avísame usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santarén, en cuanto llegue la hacienda.

Dicho esto, volvió su excelencia a anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

—Yo hab... b... blaré—dijo entonces uno de los consejeros supremos, que era tartamudo—, yo hablaré que he s... s... s... ido por... pr... pr... pro... curador...

—Mejor será que no hable nadie—dijo entonces el notario al oído del presidente—, si ha de hablar el señor...

—Di... di... dice bien el señor not... notario—dijo entonces el consejero sentándose—, p... p... por... porque no acabaríamos nunca...

—Pido la palabra—dijo el que estaba a su lado.

—¿Quién diablos se la ha de dar a vuestra excelencia—dijo entonces el presidente amoscado—, si nadie la tiene?

—Recuerdo a su excelencia—dijo el notario—que en el orden del gobierno de su majestad imperial no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: o hablar de pronto, o no hablar.

—Si el señor Cuadrado no está para hablar—dijo entonces el presidente—, nos iremos a casa.

—Más estoy para obrar que para hablar—contestó su excelencia—; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso más adelante si no se conviene en presentar mañana a la firma de su majestad imperial un decreto... ¿Eh?

—Adelante.

—Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de su majestad imperial el señor Carlos V, por quien derramé desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si su majestad no lo firma.

—Mal pudiera oponerse la junta a tanta generosidad.

—Propongo, pues—continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la Guerra—, el siguiente decreto que traigo para la firma: «Yo, don Carlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etc. (Aquí los reinos todos.) Sin entrar en razones, quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras y se reorganice el antiguo resguardo, quedando todos los fondos a disposición del excelentísimo señor Cuadrado.—Yo el emperador.—Al ministro de la Guerra Cuadrado.» Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya más, de obedecer las órdenes del gobierno.

—Alto—dijo al llegar aquí el señor canónigo presiden-

te—, que yo traigo también mi decreto, y dice así el borrón *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber a las manos ninguna copia de este borrón, por más exquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco más o menos su tenor. ¡ Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo !)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto y pasó a proponer el siguiente, que acababa de redactar como ministro de Gracia y Justicia, dejando aparte la gracia y la justicia. Decía así el borrón :

«Artículo 1.º En atención a la tranquilidad con que posee y gobierna su majestad imperial el señor don Carlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue a su noticia este decreto; debiendo durar el entusiasmo tres días consecutivos sin intermisión, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche, por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2.º No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algún tiempo a esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atención a que sólo sirven para deslumbrar las más veces a sus amados vasallos, y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara a lograr algún día casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.º Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciese sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.º Convencida la Junta de que nada se saca de

las escuelas sino ruido y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas; debiendo olvidar cada vecino en el término improrrogable de tres días, contados desde la fecha, lo poco o mucho que supiese, so pena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5.º Siendo de algún modo necesario haberse con vasallos para ser obedecido de alguien, la Junta suprema perdona e indulta a todos los españoles que hubiesen obedecido a la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno a uno o *in solidum*, como mejor la plazca.

Art. 6.º No siendo regular que el supremo gobierno se exponga al menor percance, tanto más cuanto que hay en España, según parece, españoles que se hacen matar por su señor Carlos V, sin meterse a averiguar si su majestad y sus adláteres pasan como ellos trabajos y dan su cara al enemigo, o si esperan descansadamente jugando a las bochas o al gobierno a que se lo den todo hecho a costa de su sangre, para agradecérselo después como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, a coces, la Junta suprema y el gobierno de su majestad imperial permanecerán en Castel-o-Branco, tanto más cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentación de sus desinteresados individuos, y sólo entrará en España, si entra, a recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones a los principales facciosos y cabecillas que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Carlos V, y bastonazos a los demás.»

—¡ Viva ! ¡ Viva !—exclamó al llegar aquí toda la junta.

Y es fama que despertó entonces el ministro de Hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro a pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba a todo esto el buen labriego, pues ya había

caído él en la cuenta de que si todos aquellos señores habían de mandar, y no había otro sino él por allí que obedeciese, era la partida más que desigual. Calculando, pues, que en un pueblo donde no había más que la justicia y él, él había de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la junta, la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para más altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo había dispuesto de otro modo. No bien se había leído el último renglón del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido.

—Estos son tiros—exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los había oído desde lejos.

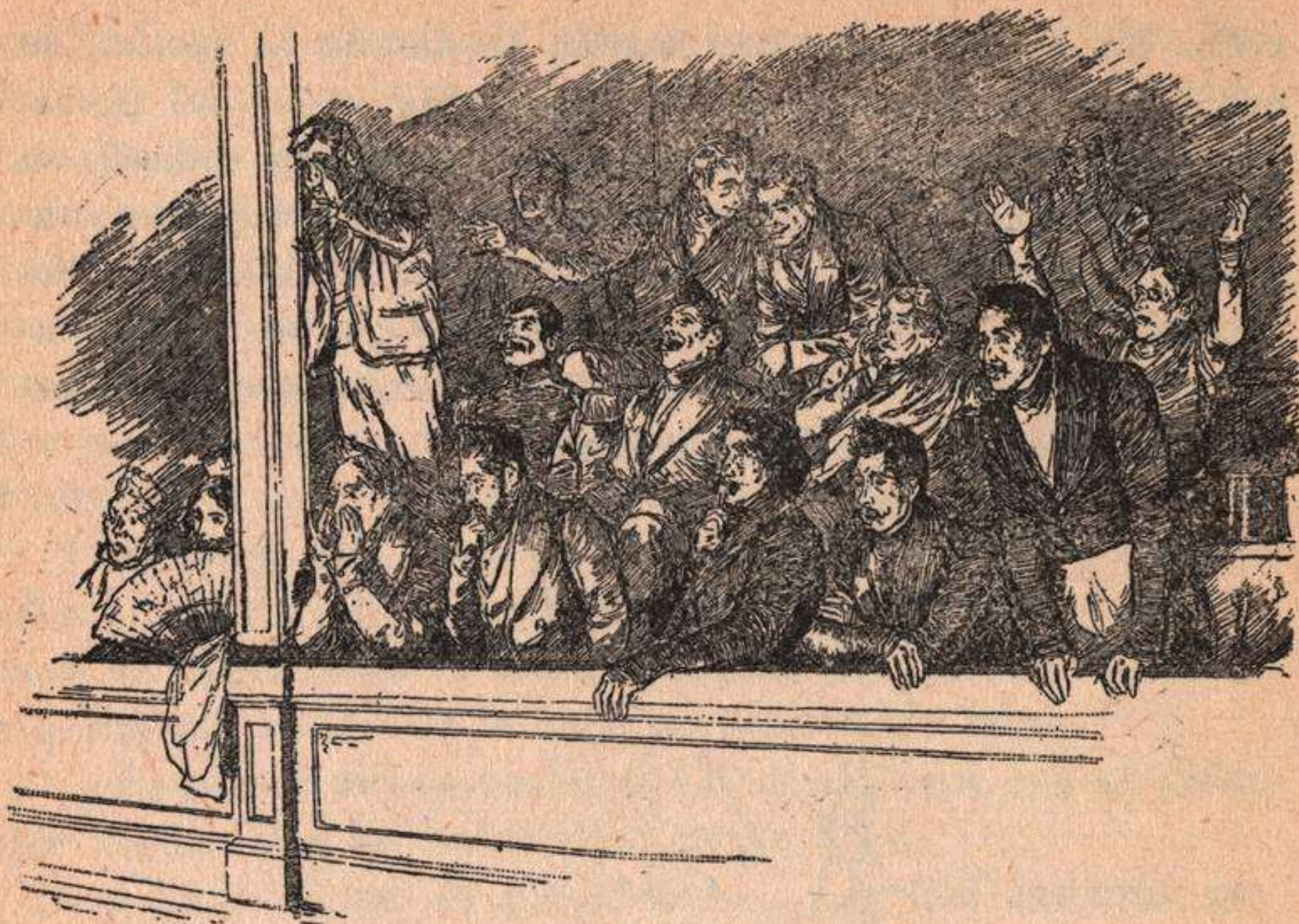
—¡Tiros!—dijo el presidente—. ¿A que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo—entró gritando el portugués—. ¡Sálvense vuestras excelencias, sálvense! Aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteços. Os perdono—dijo entonces volviéndose a los que ya entraban—, os perdono, casteços; daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habían entrado a dar sus diez y nueve votos en la junta, y echándose cada uno un argumento a la cara: ¡*Viva Isabel III!*, dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de Hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salía el tartamudo de la p... inicial de perdón, y hacían los demás un acto de atrición con más miedo del infierno que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecía su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traía, dispuso a la junta en forma de trailla, la cual en la misma y más custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve

votos de contrabando que habían levantado la sesión, se entró por los términos de España, a las voces del portugués, que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano : «No tenhan miedo vuestras excelencias aunque les aforquen los casteços ; que yo, en acabando de pelear aquí por Su Majestad don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya, y o me llevo allá al emperador Carlos V, o me traigo acá a Castilla.»





A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ

JORNADA SEGUNDA DEL TROVADOR ; ACTO TERCERO DE LA CON-
JURACIÓN DE VENECIA ; RIEGO EN LAS CABEZAS DE SAN JUAN, O
EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1820 ; ACTO TERCERO DEL DIABLO
PREDICADOR

No habiendo en la función a beneficio del señor López ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo ; pero por una rara casualidad ha venido a parar a nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recién venido escribe a algún punto de provincia a su familia :

«Querida esposa :

»Con esta fecha he llegado bueno a Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro ; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del

intendente y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

»Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿qué importa?, dije yo. Veamos la función, que más me ha de enterar ella que el anuncio.

»La cosa, según conté, tenía cinco actos.

»Primer acto. Comienza la función con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; ésta no quiere dársela; y habiendo muerto un novio que tenía, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van a cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, a tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

»Segundo acto. Doña Leonor va a tomar el velo en el convento: tocan el órgano; vienen el muerto, que no había muerto, y los criados del conde don Nuño; sale Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

»Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar más, le cuenta a su papá cómo ella tenía un querido y se casó con él de secreto, y cómo estando juntos de noche en un ameno cementerio, donde se veían, vinieron unos enmascarados y le robaron al novio, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y abogando por la muchacha, le dice a su hermano el presidente Morosini que no le va a comprender porque no tiene hijos; el otro le contesta que hable, sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que había previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en ese caso hacen bien, si no ha de entenderle has-

ta que tenga hijos, tanto más cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entendería, porque tampoco tuvo hijos.

»Acto cuarto. De allí a poco dos cuadrilleros de la santa Inquisición andan buscando a don Justo para prenderle; viene un sargento del regimiento de Asturias, deja la mochila y se va; en seguida viene un sacristán, y un administrador de un grande, y dos del resguardo; el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

»Acto quinto. Fray Antolín, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interés en que fray Antolín no coma, por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna a San Francisco; entonces fray Antolín le echa un largo sermón, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermón, la tierra se traga a don Feliciano, y viene el arcángel San qué sé yo cuántos, y habla con el diablo vestido de fraile; aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna a San Francisco y el guardián es un excelente sujeto.

»Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusión en la cabeza, que no te lo puedo ponderar; envíotelo a contar porque yo no he entendido una palabra, de donde infero que desde que falto de esa deben de haberse muerto mis hijos, porque a tenerlos todavía yo debía de haberlo entendido todo.

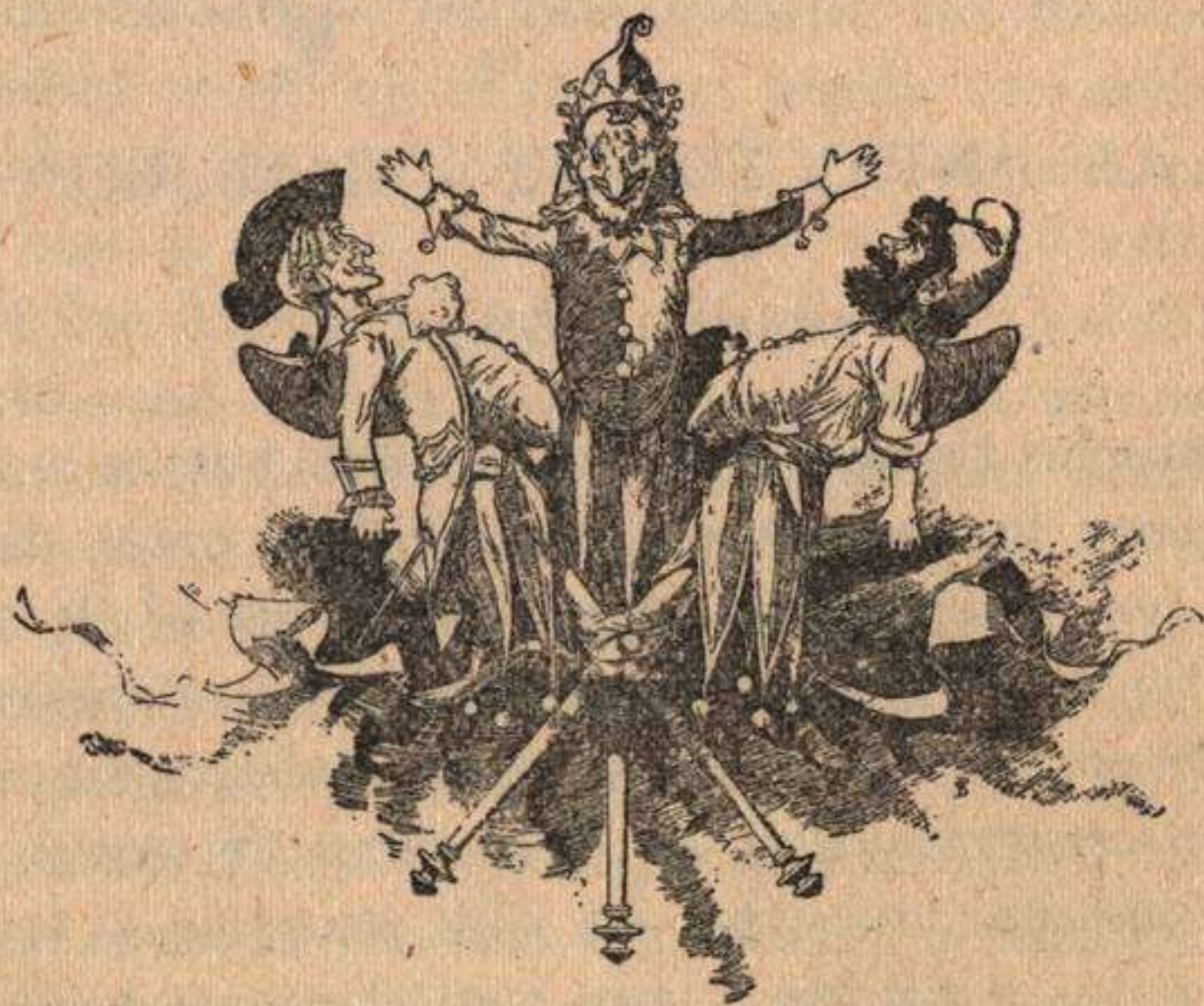
»Sácame, por Dios, de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas a escribirme que viven, habré de inferir que no son míos, y ya ves si esto es cosa

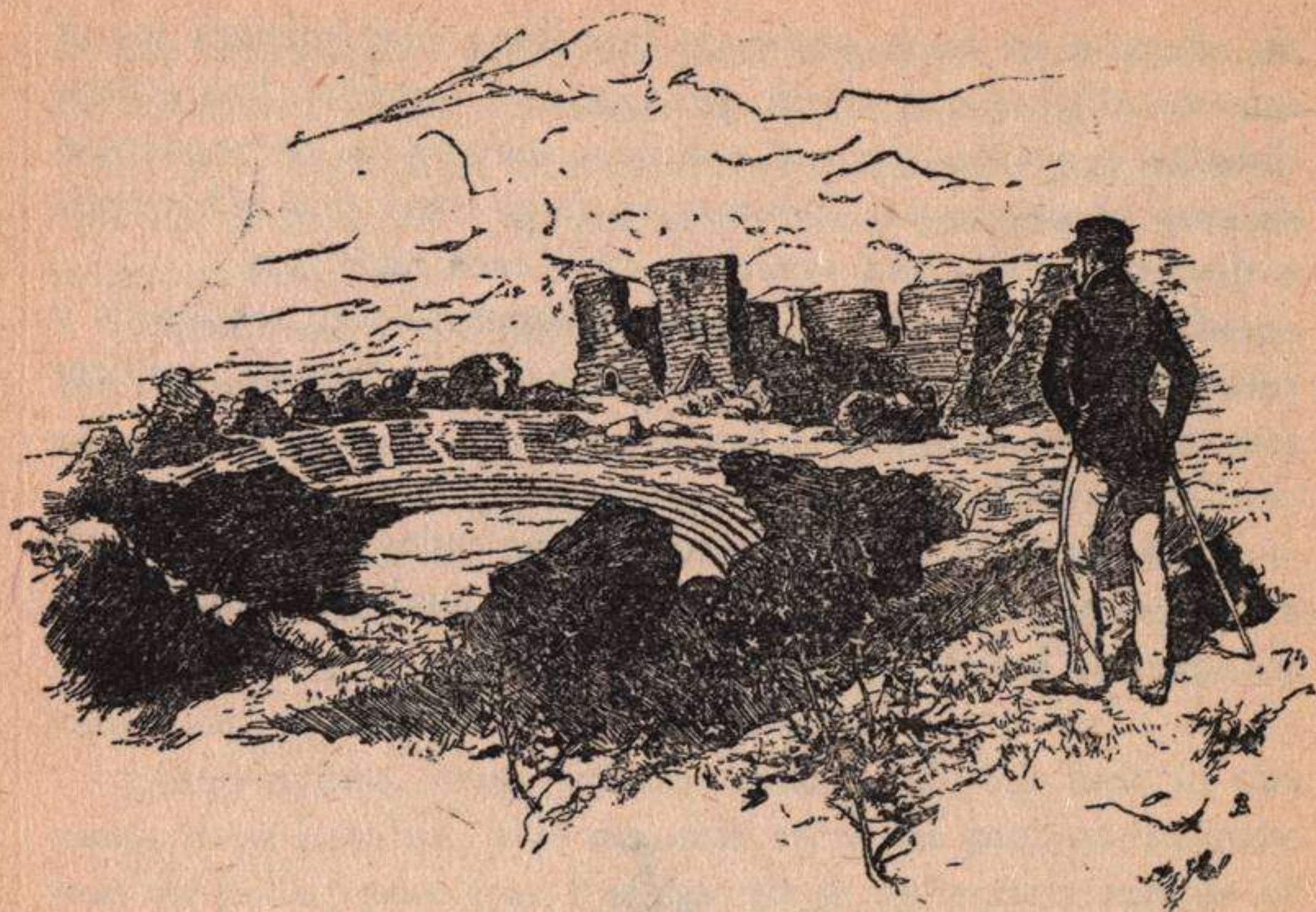
de afligir a un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaría la consecuencia de que ni son tuyos ni míos, en cuyo caso nos echaremos a discurrir cómo han venido a casa esos angelitos.

»Quedo en la mayor ansiedad esperando tu respuesta y renegando del viaje a Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

Queda tuyo, etc.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar a nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.





LAS ANTIGÜEDADES DE MERIDA

PRIMER ARTÍCULO

Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta a mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podría muy bien venir a ser el de no tener ninguno. Yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda bien se podrían encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes que no teniendo ninguno conocido, no sólo aciertan a vivir, sino que están sanas y gordas, y aun cómodamente establecidas.

Ahora bien; aquella comezón singular, aquel mi prurito de mudar de casa que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos, titulado *Las casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debía llegar a ser con el tiempo, según ya entonces se anuncia-

ba, síntoma de más grave importancia. Afición naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid a otro, de una calle a su vecina, de un piso al que encima o debajo tenía. Pero sucedió con ella lo que con toda afición mal reprimida : de idea pasajera pasó a idea fija, y no cortado el mal en su principio, debía llegar a ser una pasión devoradora de mudar de sitio ; pasión que indudablemente me hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, a no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho más grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía más grande que mi pasión de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid—exclamé una mañana, después de haberle rodado en todas direcciones—, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse a la calle un día con ánimo de andar sin encontrarse a los cuatro pasos con la puerta de Atocha o la de Alcalá, con el Campo de los Moros o la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que sólo se puede comparar en eso nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse a moverse sin tropezar en una traba? ¿Qué hago en Madrid?, me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid ; todo es chico en Madrid : no quepo en el teatro, no quepo en el café, no quepo en los empleos ; todo está lleno, todo obstruído, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista Española... *j' étouffe*. Fuera, pues, de Madrid. No bien lo había dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Fígaro*, más ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar a los hombres, recado de escribir para bosquejarlos y mi mal o buen humor para reírme de los más de ellos. *Omnia mea mecum porto*.

El carruaje marchaba lentamente ; sin embargo, no era

carruaje del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que, semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvía la cabeza a mirar atrás, no como Héctor hacia su Andrómaca, sino que me parecía oír todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oídos la canturia monótona de nuestros actores cómicos; oía las silbas dadas a nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento; sin embargo, yo no la había arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguían; ellas debían ser, sin duda, las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla en tanto desarrollaba a mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, había sustituido al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribución que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decía el segundo con acento irónico, para el que sabía oírle; *miseria*, decía el primero con acento de verdad y de desesperación.

No eran ciertamente los pueblos los que podían estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno a cada momento la paloma de Noé, que sale a ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extensión del más desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres días rodamos por el vacío; hacia el fin del cuarto, una explanada sin límites se desenvolvió a mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica población.

¿Hay hombres por fin allí?, me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta*.

La humilde Mérida, semejante a las aves nocturnas, hace su habitación en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrepita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos más antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor y un río cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debían regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posición, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama conservarla por los más de nuestros autores que ha tenido un millón de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros e inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio y el sitio del descanso a que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caída del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominación de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes a allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas, al desplomarse, han desigualado la llanura y han formado, reducidas a polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitación romana; nada más común que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol o de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas se-

pulcrales, y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los días con su rústica suela el *aquí yace* de un prócsul o la advocación de un dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadón de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es común allí el hallazgo de una urna cineraria o de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es más asombroso: gran número de cosecheros se sirven aún en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por más siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse a la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginación cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa población romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador.

SEGUNDO Y ÚLTIMO ARTÍCULO

Mi primer cuidado en Mérida fué hacerme con un *cicerone*; pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningún *literato* del país, ni queriendo que me contase ningún pedante lo que acaso sabría yo mejor que él, después de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades o de la misma ciudad,

sólo traté de sorprender la tradición popular en su curso, y atúveme a un extremeño que se me presentó como el hombre más instruído del común del pueblo acerca de las bellezas de Mérida, y que haría por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso a la base del edificio; sus brazos pendían también como dos arcos laterales cuyo pie hubiesen carcomido dos ramales de un río que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar a las más graves investigaciones de una academia; semejante a una moneda largo tiempo enterrada, y tomada a trechos del orín y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecían letras en estilo lapidario, ora vistas a otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie o la incuria de sus guardianes. La fecha no se conocía, y aquel fragmento podía ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa hierbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posición inclinada del cuerpo todo, fuera al parecer del centro de gravedad, le hacía parecer una pared que comienza a cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo a la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó a mí al menos mi *cicerone*; tal me pintaba mi imaginación cuanto en Mérida veía.

—¿De qué año es usted, buen hombre?—no pude menos de preguntarle.

—Tres duros y medio, señor—me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenía tantos años como reales aquellas medallas.

—¡Pardiez! No le hubiera creído tan del día. ¿Y us-

ted es el que suele enseñar a los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

—Sí, señor... estoy algo enterado...

—¿Y vienen muchos viajeros?...

—Extranjeros, sí, señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan, y escriben, y qué sé yo... nos muelen a preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos; los más pasan sin preguntar; como no vengan de estancia al pueblo...

—Mérida ha sido gran ciudad—interrumpí al hombre de la tradición, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo a la que me servía de guía.

—¡Oh, sí, señor! La historia dice que tenía ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatrocientos soldados de a pie y ciento *de caballería*; tenía cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro *príncipes* muy ricos.

—¿Y estas ruinas son muy antiguas?

—¡Vaya!

—¿De los romanos todas?

—¡Qué! Más antiguas, señor, mucho más: de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes que los romanos.

—¡Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana. Colocado sobre uno de los puntos en que presenta el río mayor latitud, más de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista; él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo. Sólo las dos cabezas, en una extensión regular, se conservan puras e intactas. Remendado lo demás a trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas: la más moderna es la mayor, y

se hizo a costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas a la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierro y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazón consiste en su colocación, y que durarán todavía más que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigación de los tiempos : romano ya enteramente, figurábaseme ver el dios tutelar del río que, levantando la espalda colosal, repelía indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar a la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *cicerone*, semejante a un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hacia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo más romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña e informe efigie de yeso, me dijo :

—Este, señor, es San Antonio.

—¡Muy poderosa es una religión—exclamé, cayendo de más alto que la catarata del Niágara—que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado más que ellos, y nuestro yeso dura más que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecían de aguas a Mérida; otro moderno parece elevarlo entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caído. Sin embargo, las ruinas son las triunfantes: arcos colosales y gigantes asombran la vista. Allí todo es obra del hombre, que ha hecho hasta la piedra. No son ya trozos cortados de una cantería: el hombre ha cogido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, a la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecía no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado a una *naumaquia*, gran diversión de un gran pueblo, para quien era sólo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

—Este es—me dijo gravemente mi *cicerone* al llegar a la *naumaquia*, casi terraplenada por el tiempo—, este es el baño de los moros.

—Gracias, buen hombre—le respondí lleno de agradecimiento—. ¿Y como cuántos moros cabrían en este baño?—le pregunté.

—¡Uí! ¡Figúrese usted!—me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas a las fieras y a los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena a trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oír el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

—Esta era—me dijo mi *cicerone*—la plaza de los toros; por allí salía el toro—me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada—, y por aquí—concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera—entraban el viático cuando el toro hería a alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fuí dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos a ver el anfiteatro, peor conservado; el hipódromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hacia la *vía romana*, vulgo en el país *calzada romana*; aquí es tradición que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos

de colocar los sepulcros a orillas de los caminos, por lo cual ellos solían en sus epitafios dirigir la palabra a los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus expresiones propias; así, cuando hablemos de las cenizas de un muerto que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver a orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos, según los hablistas, una belleza llamada figura retórica, y según mi entender, una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra*.

A la parte opuesta de Mérida suélese encontrar sepulcros de niños, a juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano, colocado en el centro de la actual población, está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estatuas de mármol blanco, de un traje acabado y del gusto griego más puro, considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer orden. Y digo que esto me asombró por dos razones: primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura extraordinariamente pobre; segunda, porque la posteridad de los romanos se divierte en acabar de desmoronar a pedradas la obra de algún Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada a Santa Olalla, patrona de la que fué *colonia romana*, llamada *el hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí; está construída con fragmentos de un templo de Marte. El viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas; aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, a quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido a la altura de un enano. Dentro se ve o se adivina la efigie de

Santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripción siguiente :

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector ; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, sólo ha quedado el hueco de ellas, y éste hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia ; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construída de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pie todavía y empotradas en ella. El conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado a un cadáver ; aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero más moderna ; colocado a la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la dirección del río ; parece haber sido una fortaleza gótica ; posteriormente perteneció a los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana que se levanta en medio de una plaza domina una efigie de Santa Olalla mirando al Oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó a mí mi *cicerone*, y me dijo con notable fervor :

—Repárese usted, señor : esta es otra vez Santa Olalla ; yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera ; la Santa miraba entonces a Poniente ; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al Orien-

te y cesó la peste; desde entonces mira a esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningún azote de esa especie a afligir a la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera, y ése, todo el mundo sabe que no es peste; con lo cual queda en pie la tradición, y la Santa siempre vuelta.

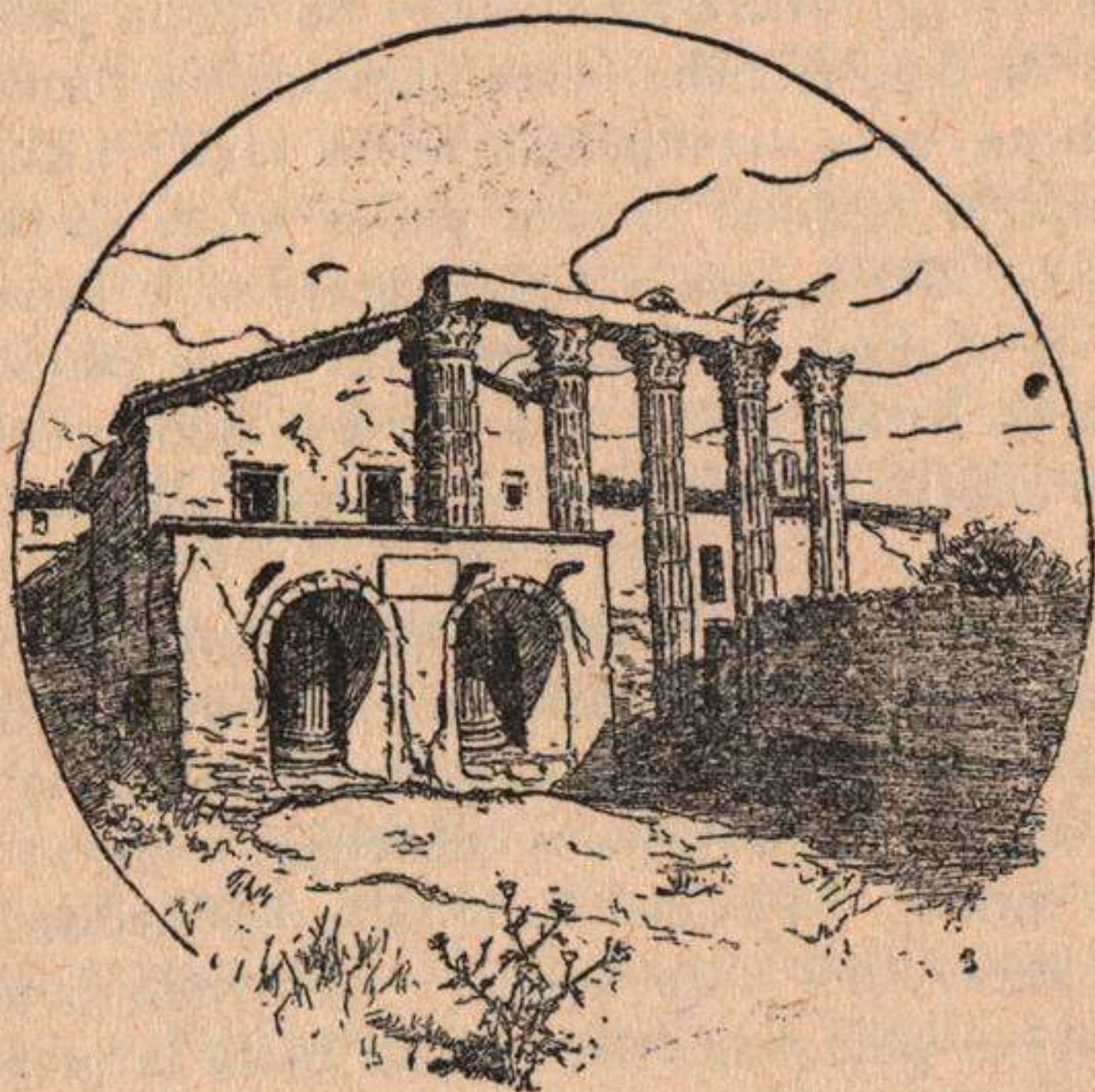
No concluiré este largo artículo, por largo que sea ya, sin hacer mención del último descubrimiento que ha llamado la atención de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitación, indudablemente romana, hecho de un precioso mosaico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada de diámetro y de colores hábilmente combinados forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es fácil; algunas tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa a algún sacerdote o arúspice; a la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripción en letras latinas, y a los dos lados parece prolongarse el precioso mosaico a otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, o que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados a continuar esta importante excavación, y habiendo quedado a la intemperie el pavimento descubierto hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoronamiento de la tierra

circunstante, echa a perder diariamente el peregrino hallazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaría una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la excavación.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, posesora de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos y olvidada ella misma, es en el día una población de cortísima importancia; puéblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada sólo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Después de haber saludado a las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresión sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplación filosófica de las grandezas humanas, y de la nada de que salieron, para volver a entrar en ella más tarde o más temprano.





SATIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE

ARTÍCULO ENTERAMENTE NUESTRO

«... A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas «criaturas» por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecersele.»

(«Pobrecito Hablador», número 1.º,
«Dos palabras».)

Déjame, Andrés, que de la corte huyendo
de tantos vicios hórridos me aleje
como en mi patria mísera estoy viendo.

Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
ya que enmendarlos mi razón no pueda,
en sátiras amargas los moteje.

Tú enhorabuena a contemplarlos queda;
tú, a quien fortuna próspera o contraria
salir de entre ellos para siempre veda.

Viva en la corte el que sin renta diaria
triunfa y pelecha, y sin saber por dónde
fija la rueda de la suerte varia.

Mírale andar en coche como un conde,
la bolsa llena de oro, y por su oficio
pregúntale, por ver si te responde.

Pues ése es jugador; noble ejercicio.
Tiene en el *candelero* que sustenta,
si no un condado real, un beneficio.

Y son las heredades con que cuenta
y aquí vive, el *amarre* y el *pegote*,
y su casa y su honor, que pone en venta.

¿Ves aquel otro, erguido de cogote,
que también opulento y sin empleo
sabe existir? Pues ése es un pegote.

Sin ése nunca hay boda, ni bateo,
ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
ni hay partida de caza o de recreo.

Al que encuentra en la calle le arremete,
y le pide, y le hostiga, y al que al cabo
le convide a comer le compromete.

Y no pienses hartarle con un pavo,
porque es un sabañón, aunque un poema
te recite al comer de cabo a rabo.

Que aun esa gracia tiene, pues no hay flema
que aguante los sonetos que te encaja
entre uno y otro cangilón de crema.

De todo habla incansable, y corta y raja,
lanzando un epigrama a cada uno,
pues no siendo sus versos, todo es paja.

¿Quién es aquél, que ayer aun hecho un tuno,
roto paseaba y andrajoso el Prado,
y hoy no saluda en zancos a ninguno?

¡Pardiez, que sé quién es! Un hombre honrado
que, de prisa y corriendo, con la moza
se casó de un señor encopetado;

.....

Llega; háblale de honor; con los Meneses
se dice emparentado y los Quincoces,
y segundo de casa de Marqueses.

—¡ Soy un hombre de honor!—diráte a voces,
que está de vanidad que ya revienta
el muy... Mas tú ya, Andrés, bien le conoces.

¿ Ves aquel otro que en landó se ostenta
con lentes, y cadenas y traílla
de galgos por detrás, palco, y la renta

gasta de un rey, causando maravilla?
Pues ese debe el *frac* que lleva puesto
y el *sobre-todo* a un sastre de esta villa,

y el caballo al chalán, la casa a Ernesto,
la comida en la fonda, y cien sorbetes
en el café, y cigarros, por supuesto.

Y al paso que en la cárcel mil pobretes
por un duro se mueren de ictericia,
ése pasea libre de corchetes;

porque es conde y señor, y aunque desquicia
con su vivir el orden, insolente
de las leyes se burla y la justicia.

.....

¿ Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

Vibrar no sé para adular mi lira,
ni aguantar supe nunca humillaciones;
la voz entonces de mi labio expira.

¿ Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,

yo que el humo jamás echo a ninguno
del incienso vertido en mis borrones?

¿Yo que no tengo el diálogo oportuno
de Inarco, ni su sal para la escena,
ni el aura injusta y popular de alguno?

Aunque haga una comedia mala o buena,
si no entiendo del teatro las intrigas,
¿cuándo a pública luz saldrá mi vena?

Si no tengo allá dentro un par de amigas,
y no adulo el cortejo que las paga,
serán de mis comedias enemigas.

¿He de alabar a un necio que se traga
como agua la alabanza no adquirida,
aunque el papel destroce o lo deshaga?

¿O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida
mi comedia enriquezca el escenario,
que mil reales me den? No, por mi vida.

¿Pido limosna acaso, o perdulario
coplero soy de esquina por ventura?

¿Y eso ha de producirme el incensario,

y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!
Cómanse con el resto ese dinero,
o al hospital lo den para una cura.

¡No hay vates—gritarán—. ¡En lastimero
estado el teatro está!... Dime, ¿los vates
se mantienen de versos, majadero?

¿O no hay más que zurcir seis disparates
para granjear aplauso? ¿Hacer escenas
tan fácil es como decir dislates?

¿Y quién protege las comedias buenas?
¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!
¡Y las oyen tal vez a duras penas!

Mal haya para siempre el torpe suelo

donde el pícaro sólo hace fortuna ;
donde vive el honrado en desconsuelo ;
donde es culpa el saber ; donde importuna
la ciencia, y donde el genio perseguido
ahogados mueren en su propia cuna ;

donde no es otro mérito atendido
que el oro ; donde al mísero atropella
el coche de un bribón vano y henchido ;

donde en millones nada, por su estrella,
quien al pueblo los roba desangrado
en un destino que le dió una bella ;

donde al ciento por ciento da prestado,
sin que nadie lo mate, un usurero,
y vive rico, alegre y respetado ;

donde el abate, aquel farandulero,
que mudó de opinión cual de camisa,
lleva su moza al Prado de bracero ;

donde marcha, la faz bañada en risa,
el crimen descarado, alta la frente,
corrompiendo el terreno por do pisa...

¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente
me invitas a quedarme? ¿Por qué indicio
pudiste sospechar que esté demente?

Viva aquí el abogado que en su oficio
hace blanco lo negro, y que defiende
la virtud ofendida como el vicio.

Y el médico aquí viva, que se entiende
con algún boticario, y nos receta
drogas que a medias con aquél nos vende.

Mas yo, que soy un mísero poeta,
antes que por decir verdades claras
en un encierro un alguacil me meta,
y me cuesten mis sátiras más caras,

o en el hospicio muera miserable,
quiero del riesgo huir doscientas varas ;

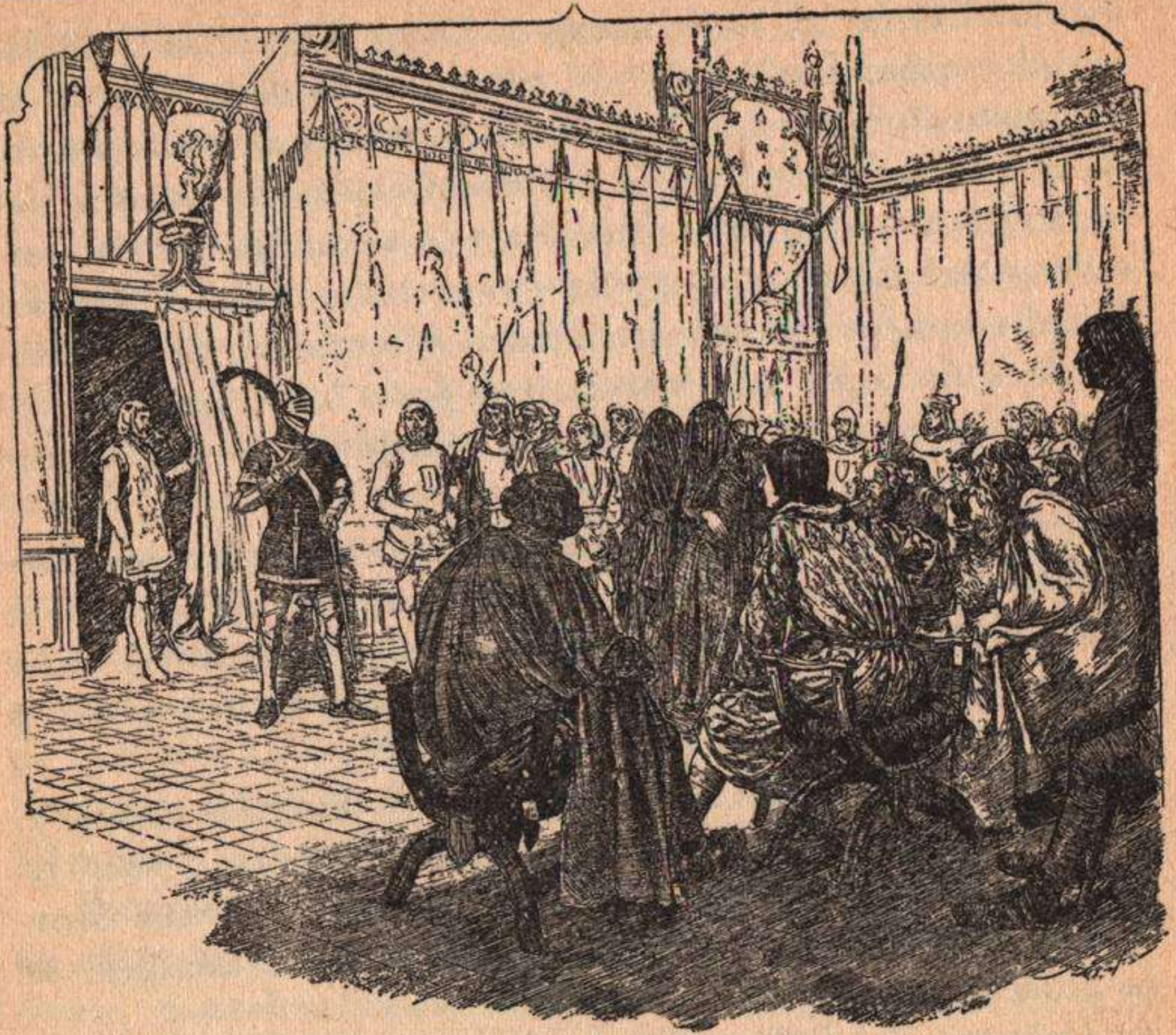
que ni es lícito hablar, donde intratable
pone a la lengua una mordaza el miedo,
y ¡ ay del primero que rompiéndola hable !

A Dios te queda, Andrés, que ya no puedo
tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
y ¡ ay de mí, triste, si a verterla quedo !

Que si Apolo su fuego no me inspira
para hacer buenos versos contra el vicio,
sabrás mi indignación templar mi lira.

Y mientras que huyo el riesgo a su ejercicio,
viva en la corte el que aguantarle sabe,
y el que de embrollos gusta y de bullicio,
viva en la corte, y que la corte alabe.





EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE

NOVELA

Capítulo XXXVIII

Acababan de entrar, efectivamente, en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venían detrás de las trompetas un rey de armas y dos farautes. Seguían ministriles con instrumentos músicos y varios ministros del justicia mayor; dos notarios para testimoniar y dar fe de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elegidos por Su Alteza, que fueron el muy buen condestable don Rui López Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro López de

Ayala. Detrás, el justicia mayor Diego López de Stúñiga, vestido, como los demás, de gala y ceremonia, cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso, revestido de paño negro, en el cual se colocó según la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y a ella se agregaron dos perseverantes. Entró en seguida en su balconcillo o mirador Su Alteza, acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enríquez y de varias dignidades de palacio que a semejantes oficios debían seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos, con más ballesteros y piqueros, de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de Su Alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigióse hacia el extremo enfrente de los jueces, donde habían hecho levantar éstos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debía celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Enfrente del balconcillo de Su Alteza habíanse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazón, revestidos de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró, conducida y custodiada por cuatro archeros, una mujer joven cubierta de un velo negro que la tapaba toda; ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera, brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que había deslumbrado tantas veces a la corte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua aflicción, sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro, su frente mancillada por la adusta mano del dolor, su mano descarnada y trémula, su paso vacilante y sus ardientes lágrimas, manifestaban cuán grande era su pesar. Seguía al lado,

vestido de gala, el pajecillo Jaime, que de ver llorar a su prima lloraba también, y que la dirigía de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oídas.

Hasta el otro cadalso o tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubón de raso negro columbino, calzas justas, un bohemio de paño negro guarnecido del mismo color, manga larga y angosta, con capilla de buitrón; una jaqueta de raja recamada de oro le cubría apenas el jubón; cinto tachonado, de que pendía una rica limosnera; zapatos de seda negros, abiertos y acuchillados; un camisón riquísimo de Holanda, labrado, le volvía sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendía un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la orden encima, completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautos suyos, su estandarte con el escudo de sus armas y la caldera de rico-home, y le seguían escuderos, donceles, pajes, caballeros y gentiles homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz como su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol a igual distancia de uno y otro cadalso, enfrente mismo del balconcillo de Su Alteza, y detrás de él se veía sentado sobre un banco, contiguo ya al palenque, un hombre vestido con un capotón de seda encarnado y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo a su lado y una afilada cuchilla declaraban aún a los que más lejos le veían que era Mateo Sánchez, verdugo de Su Alteza, pronto a ejecutar a aquel de los dos que quedase por el combate convencido o de calumniador o de reo.

Dispuesta ya la liza en esta forma, que hemos procurado describir todo lo más fielmente que nos ha sido posi-

ble, mandaron los jueces al rey de armas y faraute dar una grita o pregón anunciando el combate, que iba a verificarse en comprobación del juicio de Dios, a falta de otras pruebas, y mandando comparecer a las partes o a sus campeones.

Presentóse en seguida a la puerta del palenque un caballero, alzada la visera, que todos reconocieron ser el hidalgo Hernán Pérez de Vadillo; seguíanle dos pajes con las libreas de Villena, llevando el uno la lanza y el otro un caballo de respeto. Venía jinete en un soberbio alazán, encubertado con paramentos negros que le llegaban hasta los corbejones, con cortapisa de martas cebellinas, bordados de muy gruesos rollos de argentería a manera de chapetas de celada, y por divisa, las armas de don Enrique de Villena. Traía Hernán Pérez vestido sobre su arnés blanco, como de caballero novel, sin empresa ni mote, un falso peto de aceituní vellud bellotado, verde brocado, con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul, calzas de grana italianas, una caperuza alta de grana y espuelas de rodete italianas; llevaba sus arneses de piernas y brazales con hermosa continencia. Su rostro era el único que estaba en contradicción con la galana apostura de su arreo. Encendido como la lumbre, lanzaba rayos de sus ojos, y parecía medir con la vista el espacio del palenque, como si viera estrecho a su cólera y su coraje. Tres vueltas dió en derredor con gracia y gentileza, saludando a cada vuelta él y su caballo al mirador de Su Alteza y al conde su señor; dirigiendo, empero, una mirada de desprecio y de ira, sentimientos que se confundían en la expresión de su semblante, hacia la víctima infeliz de su propia virtud y generosidad.

Presente ya en la liza el defensor del acusado, requirieron los farautes por pregón al campeón del acusador por tres veces consecutivas, el cual no pareciendo, comenzó el oficio de la misa.

Concluída ésta, requirieron de nuevo al acusador; igual silencio sucedió, sin embargo, al segundo y tercer pregón.

Elvira alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo; no se podía distinguir si le daba gracias por la ausencia de su campeón, que de ninguna manera hubiera deseado ver entonces allí, o si lloraba la ya probable muerte del doncel. Sin creer en ésta, ¿cómo concebir que caballero tan generoso y enamorado pudiese dejarla en tan amargo trance desamparada, donde la cuchilla del verdugo esperaba su cabeza, si su campeón no venía?

Dos largas horas pasaron en tan cruel expectativa. Impacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento y como si fuese aquella una función que estuviese ya Su Alteza obligado a darle, sólo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciarse. Circunstancia que prueba que el público de Andújar en el siglo XV se parecía a los públicos de todas las épocas y países. Había consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate; había contado con una diversión, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones públicas, y la diversión no llegaba. Comenzaba a levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobación; quién hablaba contra Macías, caballero aleve y descortés que se había ofrecido al socorro de una dama para faltar después a su palabra y su fe; quién se indignaba contra Villena, achacando a sus cobardes maleficios la desaparición del pundonoroso doncel.

.....

Un caballero bien montado y armado de todas armas acababa de entrar en la liza, y dirigiéndose hacia el mariscal del campo, que preguntaba ya a Su Alteza si había de procederse a la ejecución de la acusadora, le hablaba con voz agitada y resuelto continente.

Traía el caballero echada la visera; sus armas negras, el penacho negro que sobre su reluciente almete ondeaba a la merced del viento, y más que todo una divisa que en el brazo derecho llevaba ricamente obrada, y que decía en letras de plata *imposible, venganza*, llamaron la atención general.

—¡El es! ¡El es!—respondieron en el acto mil y mil voces confusas y repetidas.

—¿Habrás salido Hernando con la suya?—dijo el montero a Nuño—. ¡Hase salvado el doncel!

Proseguía, sin embargo, el altercado del caballero y del mariscal; llegó éste al tablado de los jueces, y después de una corta explicación, pareció que éstos habían decidido acerca de la duda que tenía el mariscal.

Grande fué el asombro de don Enrique de Villena, y mayor aún su indignación.

¿Era posible que Ferrus hubiese dado suelta al encerrado doncel? Conocióse su turbación en toda la plaza, y hubo de parecer buen agüero a los que se inclinaban a la parte de la acusadora.

El rostro de Hernán Pérez, por el contrario, brilló de un resplandor singular. Afirmóse en los estribos, registró con su vista relumbrante a su contrario, y dando con el cuento de la lanza en el suelo:

—¡Venganza, sí!—clamó—. ¡Venganza!

Dió en seguida media vuelta a su caballo y ocupó el lado izquierdo del palenque en la terrible actitud ya de acometer.

Otro tanto hizo el recién venido, y tomó de mano de uno de sus dos pajes una poderosa lanza.

El rey de armas, acompañado de dos farautes, descendió entonces del tablado; midieron en seguida el suelo, dividieron el sol e indicaron su debido puesto a ambos combatientes.

Dirigiéndose en seguida Hernán Pérez de Vadillo, con-

ducido por el rey de armas, hacia el crucifijo, y tocándole con la diestra mano, juró a fe de cristiano y de caballero, por su alma y la vida que iba a perder acaso en aquel trance, que su demanda era justa y buena, y que no traía sobre sí ni sobre su caballo armas ocultas, ni yerbas, ni hechizos, ni piastrón, ni ventaja alguna de las reprobadas por la orden de caballería. Vuelto a su puesto, igual juramento repitió, y en la misma forma, el caballero de las armas negras, colocándose de nuevo en seguida al frente de su adversario.

Al ver tan próximos al último trance a entrambos combatientes, no pudo contenerse por más tiempo Elvira.

—¡ Señor!—clamó prosternándose con los brazos abiertos y dirigidos en actitud suplicante hacia el mirador de Su Alteza—. ¡ Basta! Quiero ser antes calumniadora. ¡ Lo soy, señor, lo soy!

PERO en aquel momento la atención de todos se hallaba fijada en los gallardos combatientes, y una confusa gritería de aplauso y de temor al mismo tiempo sofocó la débil voz de la acusadora. Desanimada Elvira enteramente, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y enajenada desde entonces apenas vió ni oyó lo que en torno suyo pasaba.

Al punto los jueces de campo mandaron al rey de armas y al faraute dar una grito o pregón que ninguno fuese osado por cosa que sucediese a ningún caballero a dar voces o aviso, o menear mano ni hacer seña, so pena de que por hablar le cortarían la lengua, y por hacer seña le cortarían la mano. Sucedióse a este pregón el más profundo silencio, interrumpido sólo por un ligero murmullo que producía el montero, irritado todavía, profiriendo entre dientes algunos juramentos contra el faraute; ni atendió a pregón, ni pensaba sino en llevar a cabo la entrega de sus letras, más bien por terquedad ya que por otra razón cualquiera. Aplacáronle, sin embargo, algún tanto los que le rodeaban.

Al mismo tiempo mandaron los jueces sonar toda la música de ministriles con grande estruendo y en tono rasgado de romper la batalla; reconoció el rey de armas, acompañado del mariscal, las armas de los desafiados, y hecha la señal soltaron los farautes la brida del bocado de los combatientes, que tenían cogida, gritando a una voz:

—Legeres aller, legeres aller, e fair son deber—según la fórmula provenzal introducida en duelos singulares, justas y torneos.

Arrancaron al punto los caballeros con las lanzas en los ristes, arremetiendo uno contra otro con singular furia y denuedo. General fué la expectativa y el ansia al choque de los combatientes, que se encontraron entre nubes de polvo en medio de su carrera. Rompieron entrambos sus lanzas. Hernán Pérez encontró al caballero de las armas negras en el arandela, desguarneciéndole el guardabrazo derecho, y éste encontró a Hernán en la bavera del almete. Vacilaron entrambos caballos de la sacudida; pero repuestos en el mismo instante del súbito golpe, concluyeron su carrera airosamente. Tomaron los caballeros lanzas nuevas, y en tres carreras sucesivas no se decidió la ventaja por ninguna parte. Al fin de la tercera, furioso Hernán Pérez del poco efecto de las lanzas, quebró la suya contra el suelo, y revolvió, desnudando la espada, sobre su contrario, que vista la acción adoptó igual determinación. No daba Elvira, sumergida en el más profundo estupor, señal de vida, y mudaba de colores don Enrique de Villena a cada encuentro, como aquel cuya fortuna dependía del éxito del combate. A pesar de las buenas muestras que daba de su persona el novel caballero, ponían todos por el de lo negro, cuyos altos hechos de armas anteriores eran demasiado conocidos para osar poner en duda su ventaja.

El que más animado parecía era nuestro montero, a quien el coraje había cabado de acalorar; pero cuando no pudo

reprimirse fué cuando, después de un largo rato de incierta lucha, rompió Hernán Pérez su espada en el almete del caballero de las armas negras, quedando desarmado.

—¡ A él ! ¡ A él !—gritó fuera de sí el aventajado de lo negro, que descargó su acero sobre el indefenso, desgarneciéndole el brazo y haciéndole una profunda herida a lo largo de él.

Apartó Vadillo su caballo, como buscando un arma nueva, y tratando de evitar el segundo golpe con que su contrario le amenazaba ya ; acción que puso una pequeña suspensión en el combate, merced a la habilidad con que logró, manejando su bridón, burlar repetidas veces la intención del enemigo.

Un faraute, entretanto, se apoderó del montero, y llevado ante los jueces del campo, íbasele a imponer la pena que hubiera sufrido, a no haber hecho presente que traía letras para el justicia mayor. Abriólas éste, y recorriólas rápidamente. No bien las hubo leído cuando se alzó en pie para mandar la suspensión del combate. Era tarde ya, sin embargo. Convencido Vadillo de que podía durar muy poco lucha tan desigual, decidióse a echar el resto, y asiendo de su hacha de armas, detuvo su caballo y esperó resuelto al contrario, que le acometió, causándole de nuevo otra herida en un costado. Aprovechándose Vadillo entonces del momento, soltó la brida del caballo, y alzando con ambas manos el hacha y clamando : « ¡ Venganza, venganza ! », descargó tan furioso golpe sobre el caballero de las negras armas, sin darle tiempo de revolver su caballo, que faltándole el almete, hízole dar con la cabeza en el cuello del animal ; aturdido de ambos golpes, el caballero abrió los brazos, separáronse sus piernas del vientre de su caballo, y perdiendo ambos estribos vino al suelo malparado. « ¡ Victoria, victoria ! », clamaron a un tiempo los circunstantes, sucediendo a la aclamación el más profundo silencio. A este

tiempo Vadillo, habiendo echado ya pie a tierra, se precipitó sobre el caído con ánimo de cortarle la cabeza, idea que llevara a cabo a no detenerle un faraute que de orden de los jueces dió por concluído el combate. Miró Vadillo al cielo despechado, y descansó en seguida sobre su hacha de armas, sin separarse empero de la víctima, y en la misma actitud en que nos pintan a Hércules sobre su maza. Elvira, al oír el grito de victoria, alzó los ojos, vió el éxito del combate, y cerrándolos horrorizada se lanzó en los brazos de Jaime, ocultando en ellos su cabeza. Don Enrique de Villena, entretanto, ostentaba en su semblante la alegría del triunfo, que no había esperado conseguir.

Mientras que el justicia mayor había llegado a Su Alteza seguido del montero, y le hablaba cosas sin duda del mayor interés, el rey de armas se adelantó hasta el vencido, y poniéndole un pie sobre el pecho y tocándole con su maza: «¡He aquí—clamó en voz alta—, he aquí el juicio de Dios! Don Enrique de Villena es inocente. Elvira es calumniadora. He aquí el juicio de Dios.»

Un grito de horror resonó por toda la concurrencia, que sabía bien la suerte que esperaba a Elvira. Efectivamente, según las leyes de semejantes juicios, la acusadora debía ser en el acto degollada; el campeón vencido, si había quedado con vida, debía ser desarmado y desnudado; las diversas piezas de sus armas, esparcidas aquí y allí en el campo de batalla, y permanecer él en tierra hasta que Su Alteza declarase si quería ajusticiarlo o perdonarlo. Sus bienes habían de ser, además, confiscados en favor del erario, después de reintegrado el vencedor de sus costas y perjuicios; y si quedaba muerto, debía ser entregado al mariscal del campo para ser suspendido por los pies en un patíbulo.

Disponíanse los archeros a conducir a Elvira al suplicio, estaba ya en pie el impasible verdugo y repetía por

tercera vez el rey de armas su grida de *¡he aquí el juicio de Dios!*, cuando se notó que Su Alteza hacía señal de suspensión con el pañuelo. Alzado en pie entonces el justicia mayor :

—El combate nada puede probar ni decidir—clamó en alta voz—. La condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique de Villena es, sin embargo, culpado de felonía, si no de su muerte.

Estas terribles palabras, que repetían los que estaban más cerca a los que no las habían oído, extendiéndolas como se extienden a lo lejos las ondas de un estanque donde ha caído una piedra, produjeron la mayor expectativa en la asamblea, y fueron un rayo para don Enrique.

—¡ Todo es perdido—clamó—, todo !

—Sí—continuó Diego Stúñiga—. La Providencia es justa ; ella ha salvado a la condesa ; he aquí sus letras, y presto acaso su llegada a Andújar confirmará tan alegre nueva.

No bien había acabado de hablar el justicia mayor, se hendió la multitud, que rodeaba una puerta de la liza, y se vió llegar a rienda suelta una cabalgata que no tardó en entrar en el palenque.

—¿ Es posible?—se preguntaban unas a otras mil voces confusas y atropelladas—. ¿ Es posible? ¡ La condesa ! ¡ La condesa !

Doña María de Albornoz, pálida como la muerte, revestida aún del negro cendal con que había salido de su prisión, y seguida de Peransurez y de varios armados, se dirigió a apearse ante Su Alteza, que la recibió en sus brazos. Don Enrique, confundido, se ocultó entre sus caballeros, y Elvira, luchando entre la duda y la esperanza, permaneció inmóvil, ora clavando los ojos con estúpido terror en el cuerpo del vencido, que yacía en tierra todavía, ora queriendo descifrar si era, efectivamente, su antigua ami-

ga la que venía a librarla de la muerte que tanto había deseado.

Informada la condesa anteriormente por Peransurez de cuanto había ocurrido durante su prisión, corrió en seguida a los brazos de Elvira, que la recibió en ellos con la insensibilidad de una estatua, para quien nada tenía ya interés en el mundo.

Entretanto, llegando los jueces y el rey de armas al caído, desenlazáronle el almete; al respirar el aire libre pareció dar señales de vida, volviendo en sí lentamente. Su Alteza, que había bajado de su balconcillo, se encaminó con toda la corte hacia el sitio que había sido teatro de la batalla, lleno del más vivo interés por su doncel. La condesa, no menos animada del celo por su defensor, arrastró a Elvira hacia el mismo paraje. La sangre que había vertido el caballero por los oídos y las narices al recibir el golpe de Vadillo, juntamente con el sudor y el polvo, impedían reconocer sus facciones.

—¿Es muerto?—gritó don Enrique el Doliente a los que le reconocían.

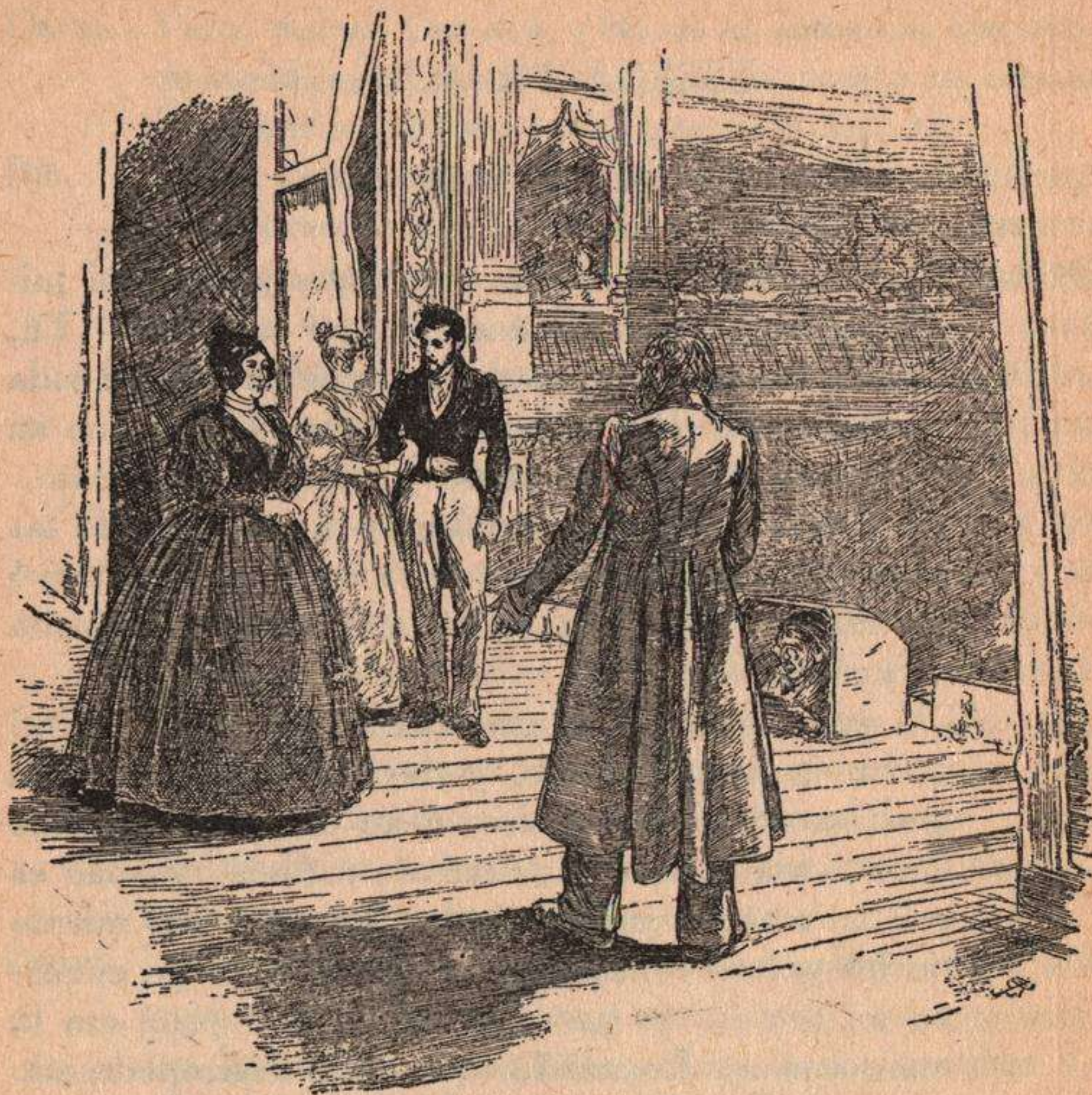
—¿Es muerto?—preguntó la condesa.

—¡Macías!—gritó Elvira, devorando con sus ojos las facciones del caído.

—¡Ah, no es él!—exclamó con frenética alegría (después de un momento de duda—. ¡No es él!

Y se dejó caer en los brazos de la condesa, que la cubría de cariñosos besos.

Efectivamente, limpióse el rostro del vencido: era el generoso don Luis Guzmán. Poseyendo la armadura del doncel, que Hernando le había dejado, se había lanzado a la palestra en contra de Villena, logrando persuadir al mariscal del campo y a los jueces de la identidad de su persona, sin quitarse la visera.



NO MAS MOSTRADOR

COMEDIA

ACTO PRIMERO

El teatro representa la trastienda de un grande almacén; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacén; a la izquierda una puerta que da salida a la calle, y otra que figura dar a un jardín; a la derecha dos puertas, una que conduce a las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de don Deogracias. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA

DEOG. Pero, mujer, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia... Tu abuelo, un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias a tu boda conmigo, concluyó sus días en una cama de tres colchones con colcha de cotonía...

BIB. ¿Y qué tenemos con esa relación tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mí?... Vaya que es gracioso. Sí, señor; quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavía. Verdad es que mi madre vendía botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo... sobre todo, si yo conozco mi genio... y, vamos a ver, dime: ¿qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico *landó*? A ver si su abuelo no era un pobre valenciano, que vino vendiendo la estera, y se ponía, por más señas, en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que había que ver. En fin, fuera cuestiones, Deogracias; te lo he dicho, no quiero más comercio. Llevo ya veinticuatro años de medir sedas, de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela a los parroquianos y de poner la cortina a la puerta para que no se vean las macas de las piezas... ¿qué sé yo?... maldito mostrador; basta, basta, no más mostrador.

- DEOG. Pero, mujer, ven acá. ¿No es el comercio que tanto maldices el mismo que nos ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de...?
- BIB. Tanto más motivo para dejarlo y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fuí con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia... vaya... Deo gracias, desengáñate, mientras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: «El conde tal... el vizconde cual...», y mientras no tenga palco en la Opera y un jockey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi chal en el brazo, y mi sombrilla en la mano... desengáñate, me verás aburrida morirme de tedio...
- DEOG. ¡Valiente papel haré yo en tu magnífico salón, allí revuelto con los condes y marqueses... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara! Vamos, créeme, Bibiana...
- BIB. ¡Bibiana! ¡Dios mío! ¡Qué marido tan ordinario! ¿No te he dicho ya cin mil veces que no quiero que me vuelvas a llamar Bibiana? ¿Dónde has visto tú una mujer del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar, y señora doña Concha seré hasta que me muera; y me lo llamarán, sí, señor, que para eso tengo dinero, y «¿Cómo está usted, Conchita? ¡Conchita, qué mona es usted!»
- DEOG. Mira, mujer. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de ti, por mi mala estrella; con Bibiana

Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin duda mis pecados en este mundo, y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú antes, en tu lápida he de poner: «Aquí yace Bibiana Cartucho.» Y nada más.

BIB. ¡Ay, Dios mío, qué vergüenza! ¡Hasta después de mi muerte! Pues bien, rencoroso, en hora buena quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga a pedir una cuarta de bayeta... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre y no quieres brillar y darte tono; así como así, no son los maridos en lo que más reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que será cosa de sacrificarlos a tu capricho; creo que no harás ánimo de que sean también horteras.

DEOG. Sí, por cierto. Teodoro, que va a cumplir catorce años, saldrá de la escuela Pía en cuanto tenga más formada su letra y sepa decir alguna cosa en latín, no para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazarme en el almacén. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen español. No tendrá, a imitación mía, más insignia que la vara de medir; pero ¿quién duda que podrá servir con ella a Dios y al rey tan bien como cualquier otro? Además de que no le faltan al rey jóvenes nobles y bien dispuestos que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su soberano.

BIB. ¿Es posible? Bien; pero en cuanto a mi hija Julia... ya está en edad de poderse casar... una joven de mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca... Es verdad que no sabe fre-

gar, ni barrer, ni coser ninguna cosa; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

DEOG. Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personaje me han obligado a ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

BIB. ¿Yo, suegra de un tapicero?

DEOG. De un tapicero; ¿y por qué no? ¡Cuánto mejor es un tapicero que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos!...

BIB. Bien... pero, ¿y si tu hija experimentase una aversión particular hacia esa boda?

DEOG. Aversión, no es posible; ni aun le conoce. Yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir: «Este es.» Ya se ve; como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el proyecto de casar a nuestros hijos, y yo, que no creo encontrar partido alguno más ventajoso, he aceptado. Por lo que hace a Julia, yo creo que ni piensa en eso; tú la vuelves loca.

BIB. Corriente; pues me remito a ella. Ella puede decidir entre los dos.

DEOG. En hora buena; yo sé que la chica es otra cosa.

BIB. ¡Julia! ¡Julia!

DEOG. Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

BIB. ¡Tal precipitación! ¡Julia!

DEOG. Sí, señora; esta es una buena ocasión de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA

JULIA. Mamá, ¿me llamaba usted?

DEOG. Ven aquí, hija mía. Vas a responder con toda libertad, sin ceñirte a nuestro gusto... a declararnos francamente el tuyo.

BIB. Se trata de un asunto muy serio para ti: tu padre quiere casarte.

JULIA. (¡Casarme, Dios mío! Ahora...)

BIB. Levanta la cabeza; mírame sin cortedad: ¿quieres casarte? (*La hace señas con la cabeza que diga que no.*) La verdad.

JULIA. Mamá... casarme... ahora soy tan joven...

DEOG. Eres joven; pero, hija...

BIB. Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo a responder. Así, déjala tú también en plena libertad. Vaya, hija mía, di. ¿Y si trataran de casarte con un rico tapicero de Barcelona, de más de cien mil reales de renta?...

JULIA. (¡Ah! No tiene trazas mi querido de tapicero.)

BIB. Vaya, responde. (*Vuelve a hacerse señas.*)

JULIA. Mamá, si usted se empeñase... ¿quién sabe?... me resignaría obediente...

DEOG. No, señora; la verdad. Nada de resignación, ni de obediencia, ni de calabaza... sí o no.

JULIA. Papá... en verdad, no me siento inclinada...

DEOG. ¿No?

BIB. ¿Cómo, hija, no te gustaría estar todo el día en un hermoso almacén de tapices midiendo, y cobrando, y...?

JULIA. No, mamá.

BIB. Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

DEOG. Estoy confundido.

BIB. Y en caso de casarte, ¿querrías mejor un elegante que no tuviese nada que hacer todo el día, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los días a su mujer a Vista-Alegre y a la Opera, que te pasease por el Prado en tilburí o en landó, que te regalase sortijas, chales, gorros, plumas, pieles y cadenas, y, en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que te dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Saúco, que se fué a París, y de que tanto nos han hablado, di, querrías... (*La hace seña.*)

JULIA. Sí, mamá.

DEOG. Sí, mamá (*Remedándola.*); pues usted, señorita, tomará el marido...

BIB. Vuelves a infringir nuestros tratados... a pesar de lo convenido te alteras...

DEOG. No, mujer, no me altero... pero a lo menos que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y después... mira, Bernardo a la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros instantes a sus parientes; pero de un momento a otro le tendremos aquí, y es preciso recibirle como a quien viene a ser mi yerno: le conoceréis, y después...

BIB. Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él, y es bien doloroso haber de dar mi hija a un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile y de dibujo, y de francés, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano. ¡Hija de mis entrañas! ¿De qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podías dar con la escala. para aprender el dúo del Cro-

ciato y el de la *Semíramis*, el aria de la *Donna* y todito el papel de la *Césari* en *el Osmir*?... Todo, todo va a perecer en la humillación del mostrador.

DEOG. ¡La humillación del mostrador! ¡Bibiana! ¡Bibiana!

BIB. Vuelta con Bibiana. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! Si lo oyen...

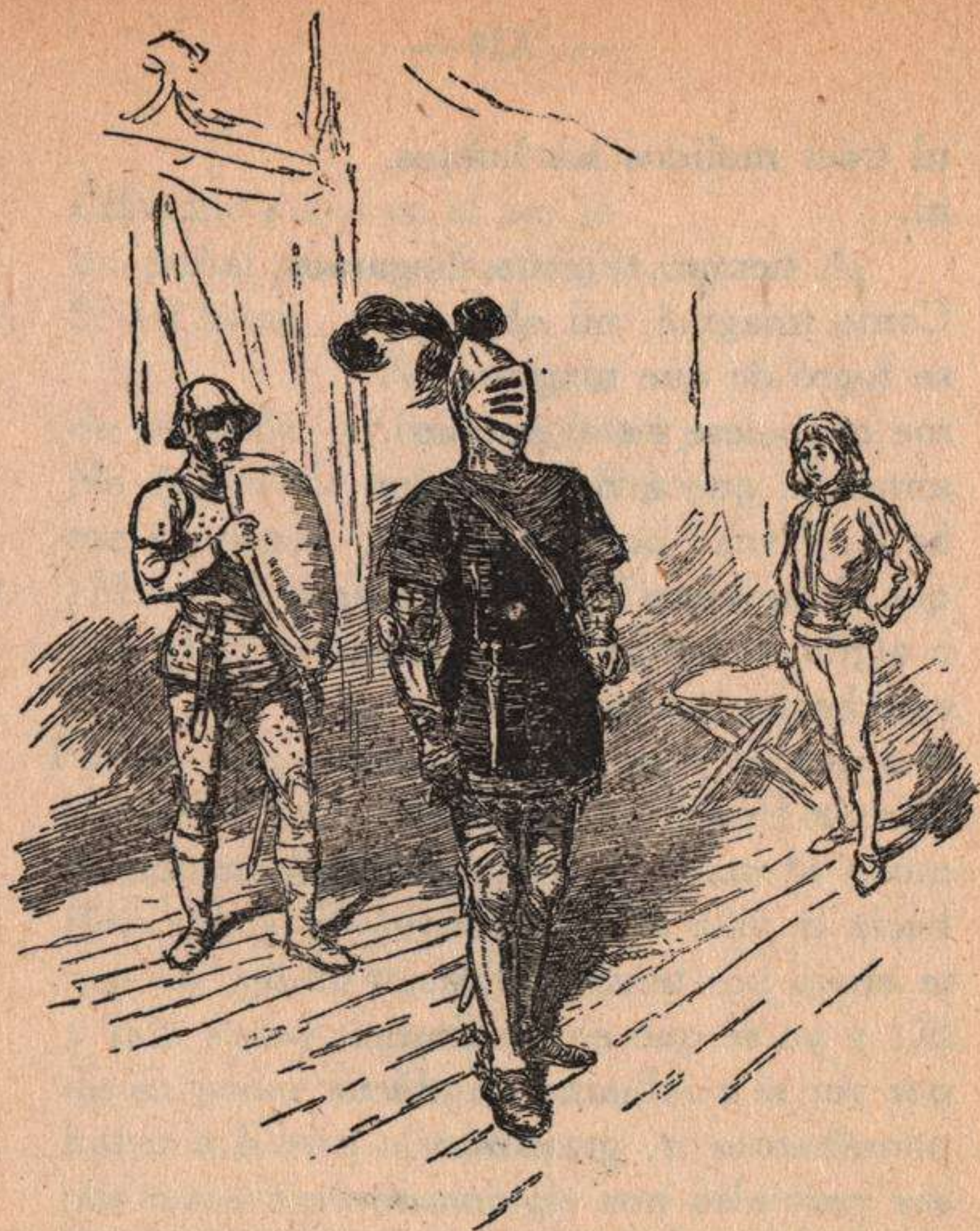
DEOG. Pero en el almacén hay gente; vamos a despachar, que aquel muchacho es tan torpe... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré* y el terciopelo *gris perle*.

BIB. Sí, iré... pero atiende a lo que te digo. Tú podrás casar a tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto a mí, te equivocas. Hoy es el último día que despacho en el almacén; mañana se cerrará, o tomarás el partido que gustes. No quiero, no quiero más mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III

DON DEOGRACIAS

¡Id, benditas de Dios! ¿Hay cosa más ardua para un marido que hacer entender la razón a su mujer? ¡Y que me casara yo! ¿Y qué remedio, si el tal desatino no hace más que la bagatela de veinticuatro años que le hice?



MACÍAS

DRAMA

ACTO SEGUNDO

ESCENA IX

MACÍAS, FORTÚN

(Alza Macías la visera.)

MAC. Por fin llegamos, Fortún.

FORT. ¡Pluguiera a Dios fuese a tiempo!
Nada entonces importara
haber los caballos muerto
galopando noche y día,

ni traer molidos los huesos,
ni...

MAC. A tiempo, Fortún, llegamos.

Como imaginé, mi objeto
se logró de que ninguno
me conociese en el pueblo
antes de que a don Enrique
hable y vea ; porque temo
que si me viera Hernán Pérez,
o algún su amigo o su deudo,
estorbaran, como suelen,
mis osados pensamientos.

FORT. Hernán Pérez fué sin duda
quien al marqués persuadiendo,
hacia la villa de Alhama
te envió por tenerte lejos.

MAC. Sí ; y yo sé que en el camino,
por ver si a Alhama en efecto
pensábamos ir, gran rato
sus parciales nos siguieron ;
y así, quise deslumbrarlos
dando tan largo rodeo.

FORT. Mejor es que no te esperen.

MAC. El maestre mucho menos,
pues sabe que sin su venia
venir donde está no suelo ;
pero habrá de perdonarme,
que esta vez sin ella vengo.

FORT. ¿Mas hoy no se cumple el plazo?

MAC. Hoy cumplió. ¿Mas qué? ¿Tan presto
casarse dejara Elvira?
¿Pudiera olvidarme?

FORT. Ciertamente
que las mujeres...

ESCENA X

MACÍAS, FORTÚN, DON ENRIQUE, RUI PERO

- RUI. Por miedo
de turbar la ceremonia,
no lo dije, señor, luego.
- ENR. ¿Quién puede ser? ¿Sospecháis?...
- RUI. Nada sé; viene encubierto.
- ENR. Aquí está. ¿Sois vos quien dicen
que entra aquí sin miramiento?
- MAC. Excusadme; entrando aquí
usé de mi propio fuero.
- ENR. ¿De su fuero? ¿Y lo es también
venir a hablarme cubierto?
Tuviera yo cortesía
si fuera que vos... ¡Rui Pero!...
- MAC. Perdona, señor; tu clase
y tu grandeza respeto.
Yo te hablara más cortés
a estar solos.
- ENR. ¿Solos? (*A Rui Pero.*) Presto,
despejad.
*(Vase Rui Pero; Macías llega a su escu-
dero, se quita el yelmo y se le entrega.)*
- MAC. Fortún, afuera
me aguarda.
*(Macías llega a don Enrique, quien titu-
bea al principio, y le reconoce por fin.)*
- ENR. ¿Sois vos? ¿Qué veo?

ESCENA XI

MACÍAS, DON ENRIQUE

MAC. Sí, gran señor ; tanto fía
tu doncel en tu amistad ;
tu generosa bondad
oiga la disculpa mía.
No niego que me has mandado
a otra distante jornada,
y que de esta mi llegada
con razón te has admirado.
Perdona si a la orden tuya
no di obediencia debida,
porque es quitarme la vida
mandar que de Andújar huya.
Aquí está Elvira, señor,
y aquí, como caballero,
mi juramento primero
me llamaba y el amor.
No presumas que es nacido
de alguna leve afición ;
no, que es veraz mi pasión
y nadie igual la ha sentido.
Muchas veces por vencella
la ausencia y tiempo imploraba ;
mas dondequiera que estaba,
allí Elvira, allí mi bella.
Ni alcanzaba libertad,
por más que, libre, la huía ;
sólo a ella en el campo vía,
sólo a ella en la ciudad.
A Elvira hablaba en el sueño,

despierto a Elvira también,
y ni conozco otro bien,
ni soy de no amarla dueño.
Harto hice en privarme un año
de su vista ; y si de aquí,
apartado, padecí
ausencia tan en mi daño,
quise poner de mi parte
la razón y el sufrimiento,
para con más ardimiento
venir después a implorarte.
Bien sé yo que un mi enemigo,
a quien conozco y no alcanza
el poder de mi venganza,
en mal me pone contigo ;
pero sé también...

ENR.

Macías...

¡ Venís en mala ocasión !
Si estimáis la protección
que os dispensé en otros días,
si os queréis bien a vos mismo,
volveos...

MAC.

¿ Volverme yo ?
¿ Y tú me lo mandas ? No.
¡ Trágueme antes el abismo !
Yo de aquí no he de moverme
sin que a Elvira por esposa
me concedan. ¿ Qué otra cosa
pudiera a Andújar traerme
sin tu aviso ? Ni en la tierra
habrá quien de ella me aleje,
ni me mandes que la deje,
ni que me parta a la guerra,
ni que piense, ni imagine

sino el cómo ha de ser mía.
Recuerda que hoy es el día
que el plazo expiró, y que vine
sabe en fin a ser de Elvira
o a morir; sí, lo juré,
yo de aquí no partiré
sin esposa. Con que mira
qué determinas ahora.
Ni aun a Elvira quise hablar
hasta no verte, y lograr
la dicha que el alma adora.

ENR. ¿Y sois vos el que me alega,
para encontrarme indulgente,
méritos de inobediente,
cuando aquí sin orden llega?
¿Y aun se llama mi doncel,
y pretende que le ampare?
¡Vive el cielo que no pare
hasta hacer ejemplo en él
de indóciles servidores!
¡Vive Dios que es abonado
el que su puesto ha dejado
por unos necios amores!

MAC. No me digáis más; bien veo
que no se durmió en mi ausencia
Fernán Pérez.

ENR. ¡Qué insolencia!

MAC. Don Enrique, apenas creo
lo mismo que oyendo estoy.
¡Tanta mudanza en un año!
¿Tan amargo desengaño
me guardabais, cielos, hoy?

ENR. Nunca en la amistad mudé
que algún tiempo os prometí;

si hoy distinto os parecí,
por vuestros desmanes fué.
Sabed, en fin, que la mano
que me demandáis de Elvira,
sólo porque el plazo expira
venís a pedirla en vano.

MAC. (*Agitado.*) ¿En vano decís?

ENR. (*Afectadamente.*) Macías,
bien quisiera yo ampararos,
y os amparara a encontraros
y a hablarme vos ha dos días ;
mas...

MAC. (*Precipitadamente.*) No encubras la verdad.
¿Prometístela?

ENR. (*Secamente*) Doncel,
no la prometí, mas... él...

(*Mira con inquietud hacia la puerta.*)

MAC. (*Con ansia.*) Acaba presto.

ENR. (*Señalando a la puerta.*) ¡Mirad!

(*En aquel mismo instante entran Elvira y Fernán Pérez, que la trae de la mano, y después los siguen Nuño, Beatriz y demás. Elvira, al conocer a Macías, se suelta precipitadamente de Fernán y cae desmayada hasta el fin de la escena en brazos de Beatriz y Nuño. Fernán Pérez se pone en actitud de defenderse de Macías, quien fuera de sí se arroja hacia él con la espada desenvainada. Don Enrique se interpone con su acero, y Macías, volviendo en sí, se arroja a sus pies; todo como lo indica el diálogo.*)

ESCENA XII

MACÍAS, DON ENRIQUE, ELVIRA, FERNÁN PÉREZ, NUÑO, BEATRIZ,
ALVAR, PAJES

MAC. *(Al verlos.)* ¡Cielos!

FERN. ¡El doncel aquí!

ELV. ¡El es!

(Cae desmayada; Nuño y Beatriz la sostienen.)

MAC. ¡O venganza o muerte!

NUÑO. ¡Elvira!

BEAT. ¡Señora!

FERN. *(A Macías.)* Advierte...

ENR. ¿Osáis delante de mí,
Macías...?

MAC. ¡No hay esperanza
sino en morir o matar!

ENR. ¡Teneos!

MAC. ¡Hay más penar! *(Se arroja a sus pies.)*
¡Señor, o muerte o venganza!

CAE EL TELÓN





Un autor silbado me dice cuando le pregunto quién es el público: «Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público.» Un autor aplaudido me responde: «Es la reunión de personas ilustradas que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias.»

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida, llama al público en su defensa: el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido a

sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias a su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demás. De modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena a vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo a verter su sangre por el capricho o la imprudencia de otro que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca u otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor o de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

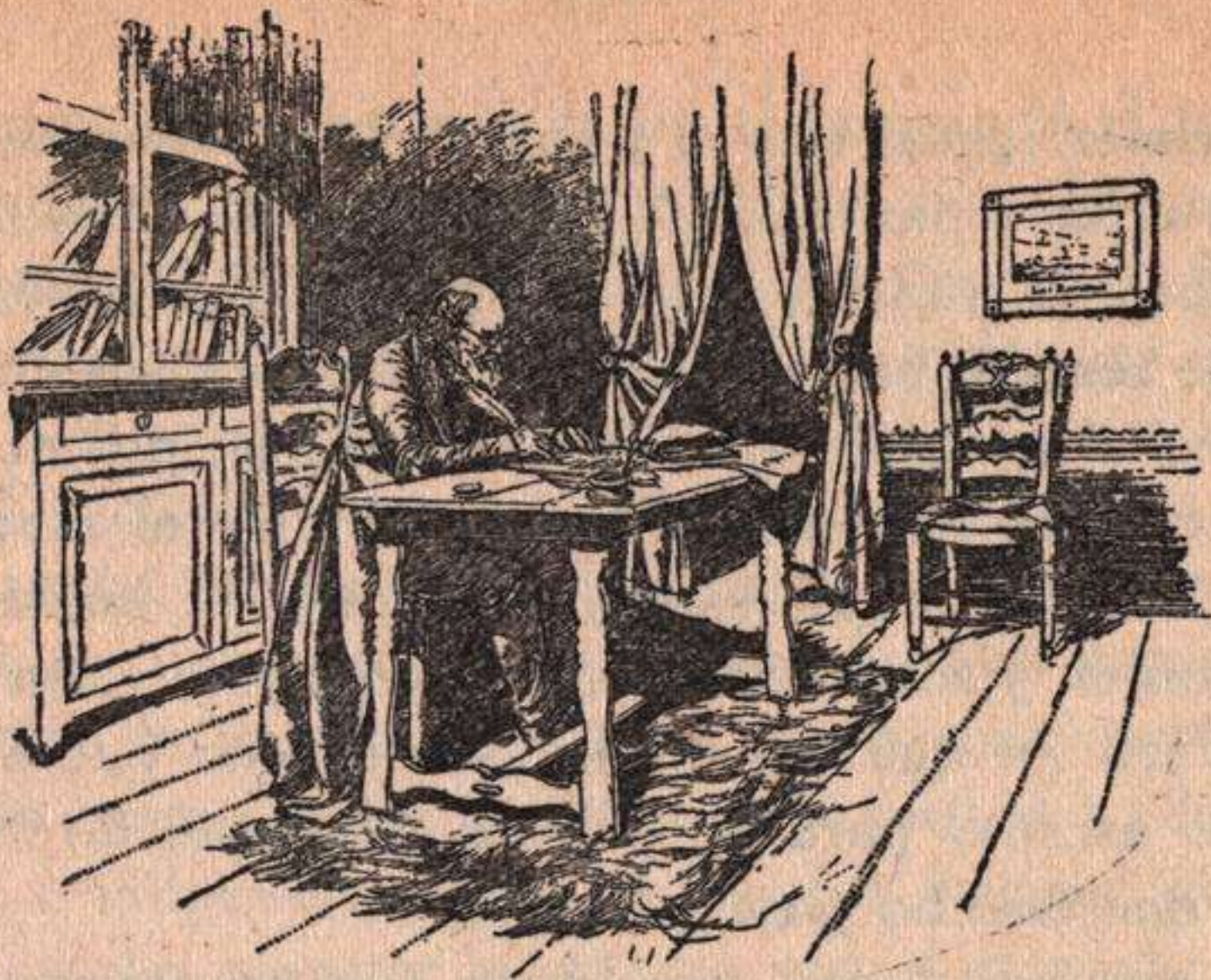
¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso e infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone a la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos carifícios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo y me explico perfectamente el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro a coordinar mis notas del día: leólas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborriona papel y saca dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos, por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo, y, en fin, hasta el... Pero ¿a qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar, concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que éste es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *porqué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido o de su desprecio, el mérito modesto; que olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura a quien le lisonjea y le engaña, y, por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

(¿Quién es el público y dónde se le encuentra? Pág. 5.)



«¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero más ardua empresa se me figura a mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

* * *

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y ésta no escribe porque aquélla no lee.

Y ya ves tú que por eso a los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar a una su parienta porque no podía mantener a su hijo en un colegio: «Calla, tonta—le decía—; mi hijo no ha estado en ningún colegio, y, a Dios gracias, bien gordo se creía y bien robusto.»

* * *

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto a los demás, te diré que lo que

no se conoce no se desea ni echa menos; así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone a todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré a este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leídas de los lugares; estaba suscripta a la *Gaceta*, y la había de leer siempre desde la Real orden hasta el último partido vacante, de seguida, y sin pasar nunca a otra sin haber primero dado fin de la anterior. Y es el caso que vivía y leía la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las *Gacetas* del año 23, y nada más. Hube de ir un día a visitarla, y preguntándola qué nuevas tenía, al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; antes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano a la sazón tenía: «¡Ay, señor de mi alma!—me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento—. ¡Ay, señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios, que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícará Constitución, que no es más que un desorden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábale palmadas repetidas. Esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusión vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos ni queramos ver por delante de nosotros.

(*Carta a Andrés escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador. Págs. 9, 11 y 15.*)

* * *

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha

recibido una educación de las más escogidas que en nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta a caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid a sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro, no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da a entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero a fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; a eso dice que la lengua española es la suya.

(Empeños y desempeños. Pág. 15.)

* * *

La lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado: con ella se defiende y con ella mata.

* * *

Si los jóvenes que se dedican a la literatura estudiasen más nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrían mejor su lengua, se aficionarían más de ella, no la embutirían de expresiones exóticas, no necesarias, y serían más celosos del honor nacional.

(Filología. Págs. 24 y 25.)

* * *

Los hombres no son más que hombres, y sería mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe.

* * *

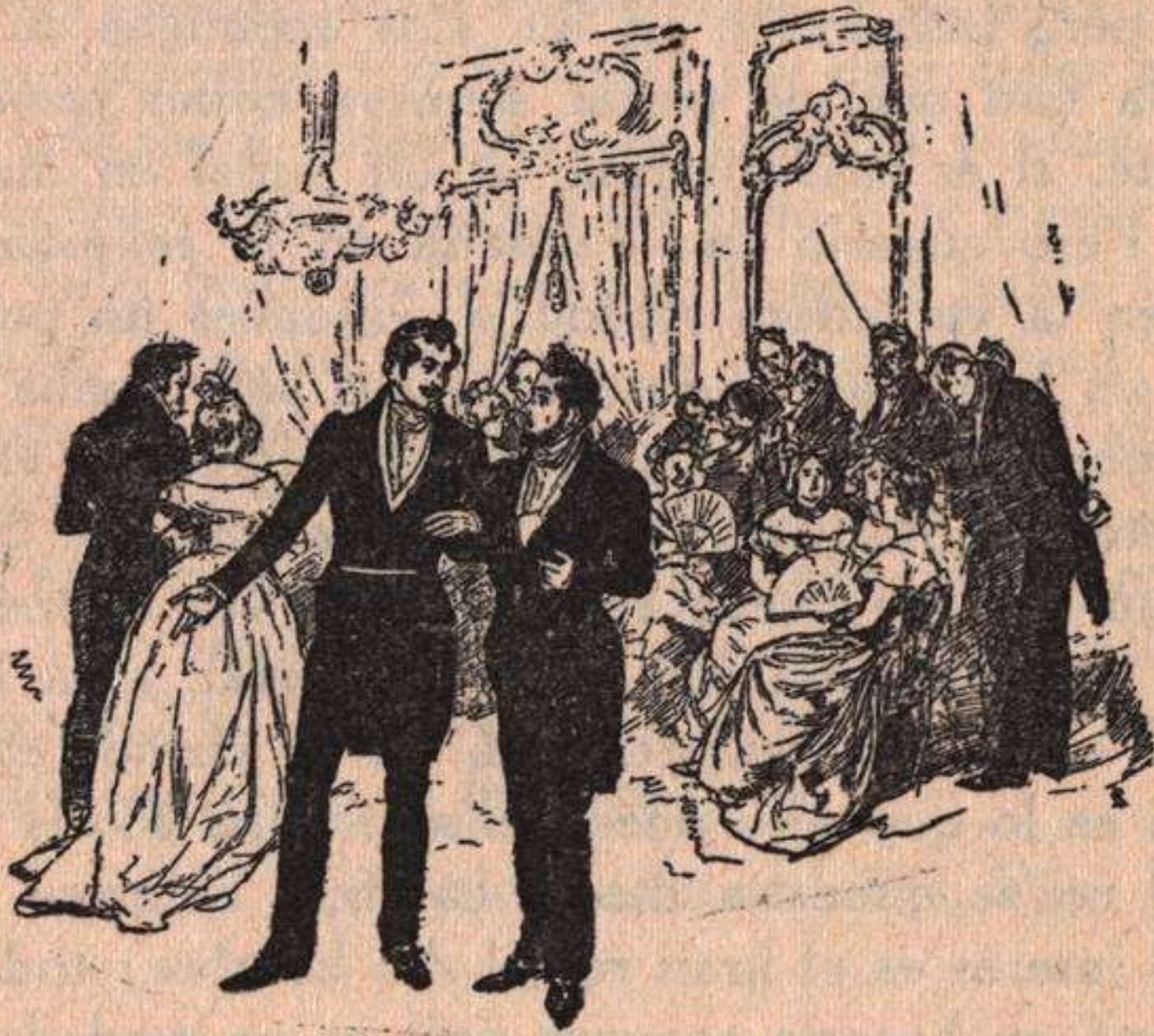
El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos a voces: *instrucción, educación* para este público; instrucción sana, sí, religiosa, morigerada, pero instrucción en fin. Los enemigos de la instrucción la han querido pintar siempre como perjudicial; ciertamente, si es mal dirigida, es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religión, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser más que un bien para todos; entonces sólo puede conducir al hombre a conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradicción con el bien general, a la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el orden. Esto es lo que sólo puede enseñar una sólida instrucción, que no se quede a medio camino. Estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre; toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instrucción, que es la única de que hablamos. En este caso ésta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

(Teatros. Pág. 34.)

* * *

Una duda ofensiva nos queda por desvanecer; esta es una aclaración que nos pesará más que todo no poder hacer. Habrán creído muchos tal vez que un orgullo mal entendido o una pasión inoportuna y dislocada de extranjerismo han hecho nacer en nosotros una propensión a maldecir de nuestras cosas. Lejos de nosotros intención tan

poco patriótica ; esta duda sólo puede tener cabida en aquellos paisanos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusión, tratan de persuadirse a sí mismos que marchamos al frente o al nivel, a lo menos, de la civilización del mundo. Para los que tal crean no escribimos, porque tanto valiera hablar a sordos : para los españoles, empero, juiciosos, para quienes hemos escrito mal o bien nuestras páginas ; para



aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres ; para los que piensan que el hombre es sólo lo que de él hacen la educación y el gobierno ; para los que pueden probarse a sí mismos esta eterna verdad con sólo considerar que las naciones que antiguamente eran hordas de bárbaros son en el día las que capitanean los progresos del mundo ; para los que no olvidan que las ciencias, las artes y hasta las virtudes han pasado del oriente al occidente, del mediodía al norte, en una continua alternativa, lo cual prueba que el cielo no ha monopolizado en favor de ningún pueblo la

pretendida felicidad y preponderancia tras que todos corremos; para éstos, pues, que están seguros de que nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos; para éstos haremos una reflexión que nos justificará plenamente a sus ojos de nuestras continuas detracciones, reflexión que podrá ser la clave de nuestras habladurías y la verdadera profesión de fe de nuestro bien entendido patriotismo. Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus más perjudiciales enemigos; ellos les han puesto una espesa venda en los ojos, y para usufructuar su flaqueza les han dicho: *Lo sois todo*. De esta torpe adulación ha nacido el loco orgullo que a muchos de nuestros compatriotas hace creer que nada tenemos que adelantar, ningún esfuerzo que emplear, ninguna envidia que tener. Ahora preguntamos al que de buena fe nos quiera responder: ¿Quién es el mejor español? ¿El hipócrita que grita: «Todo lo sois; no deis un paso para ganar el premio de la carrera, porque vais delante», o el que sinceramente dice a sus compatriotas: «Aún os queda que andar; la meta está lejos; caminad más a prisa, si queréis ser los primeros»? Aquél les impide marchar hacia el bien, persuadiéndoles de que le tienen; el segundo mueve el único resorte capaz de hacerlos llegar a él tarde o temprano. ¿Quién, pues, de entrambos desea más su felicidad? El último es el verdadero español; el último, el único que camina en el sentido de nuestro buen gobierno.

(*Conclusión*. Pág. 63.)

* * *

Genus irritabile vatum, ha dicho un poeta latino. Esta expresión bastaría a probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester más pruebas de esta incontestable verdad

que la simple vista de los más de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen; generalmente se puede asegurar que no hay nada más temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa más insoportable que la conversación y los dengues de la hermosa que lo es a sabiendas? Mírela usted a la cara tres veces seguidas; diríjala usted la palabra con aquella educación, deferencia o placer que difícilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree a usted su *don Amadeo*, ya le mira a usted como quien le perdona la vida. Ella sí es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del león, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasión que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza a la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazón, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate éste diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad; ocasiones habrá en que algún manoplazo feudal le haga recordar con quién se las ha.

No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es ésta: la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener; en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de éste o de aquél alternativamente, y no siempre de los hombres de más mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte a ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algún orgullo hay, pues, disculpable, es el que se

funda en la aristocracia del talento, y más disculpable, ciertamente, donde es a toda luz más fácil nacer hermosa, de noble cuna, o adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que sólo acarrea sinsabores, y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejón sin salida.

(*Don Timoteo o el Literato*. Pág. 228.)

* * *

Las circunstancias hacen a los hombres hábiles lo que la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza o mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo todo en las circunstancias.

* * *

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen a su placer, o tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada.

Casi siempre el talento es todo.

(*Las circunstancias*. Págs. 307 y 309.)

* * *

Mil veces les habrá sucedido a mis lectores, y aun a los que no me leen, oír una campana y quedarles una prolongada vibración en los oídos después de haber sonado; les habrá sucedido también viajando, durarles gran rato, después de apeados ya del carruaje, la sensación del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. He aquí precisamente lo que a mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas

máscaras. Voy por la calle y se me antojan aún caretas las caras, y disfraces, los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado a tanta cosa vieja y a tanta broma, se me figura aún que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensación, y será preciso creer a todo el mundo; pero mientras pasa o no pasa, mientras creo o no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora a ver de conocer al que me habla, que no es poco.

(*Los tres no son más que dos. Pág. 316.*)



Suele decirse que nadie tiene más edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barniz de verdad y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero* es sin embargo *ben trovato*. Si una mentira pudiese probar algo, ésta probaría una verdad, a saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podría decirse que cier-

tos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. He aquí la razón por qué siempre que yo me paro a mirar con reflexión nuestra España (que Dios guarde de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: «¡Hombre, por usted no pasan días!» Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es, por el contrario, la que suele pasar por todo. Así es que después de sus años mil, vé-sela de temporada en temporada aparecer joven y rozagante, como quien empieza a vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos días se tiñen las canas y otros no, o con esos seres que pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de julio para empezar de rebullirse.

(*Ventajas de las cosas a medio hacer.* Pág. 322.)

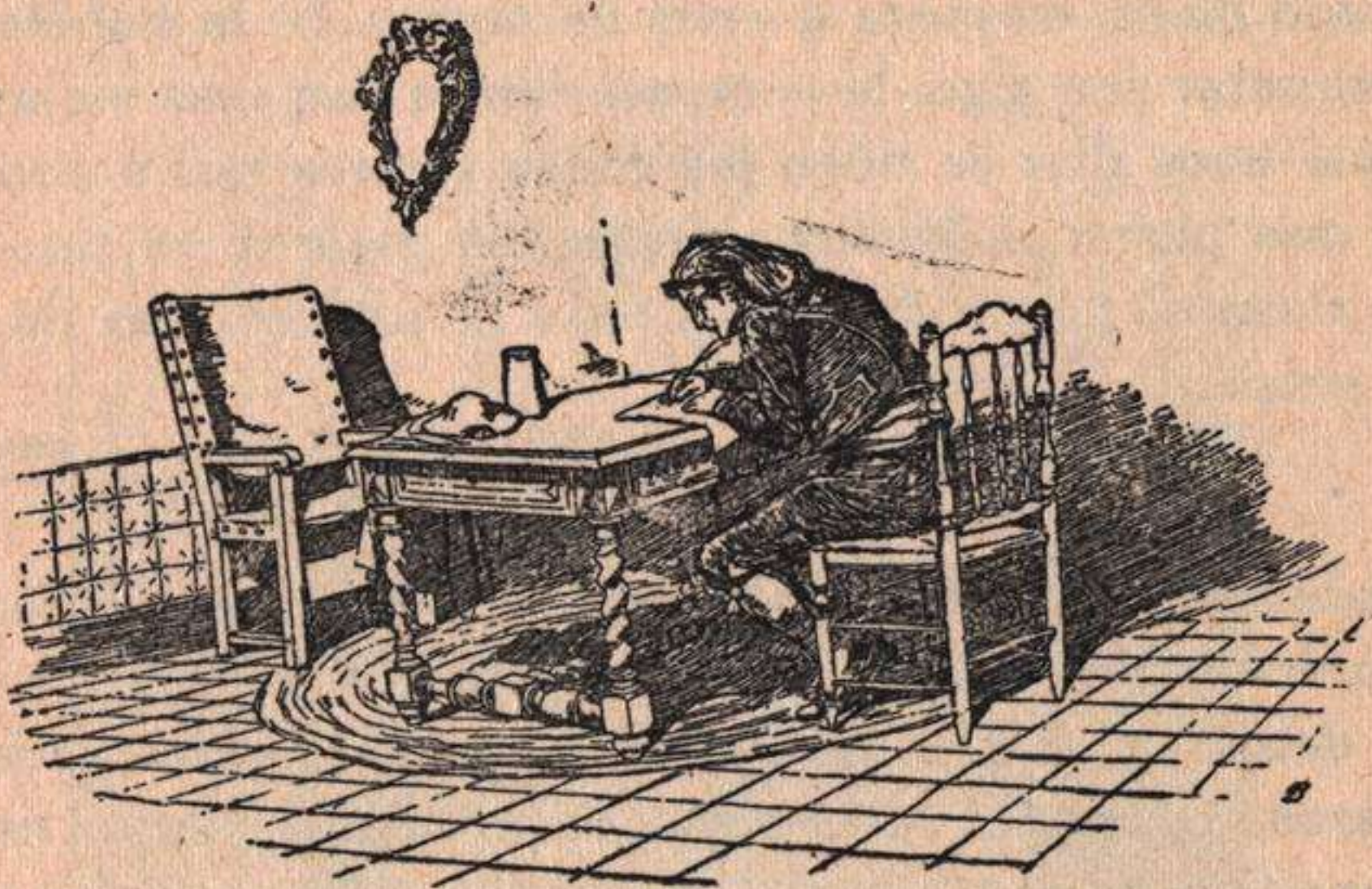
* * *

Había en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor celoso del bien público, si los ha habido nunca, y debía haber al mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el Carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y había notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no había sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula:

«Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta extrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile.»

(Representación de *Un novio para la niña.* Pág. 325.)

Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar a sus manos la respuesta, y siendo, por otra parte, demasiado atentos para dejar a nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que a todo el mundo oyen y a ninguno contestan, nos decidimos a insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga a contraer.



En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para pérdida, debía considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa a tanta distancia o de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalán: «Muy señor mío: Con respecto a la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta a buena cuenta, y en

paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellán e cura de...»

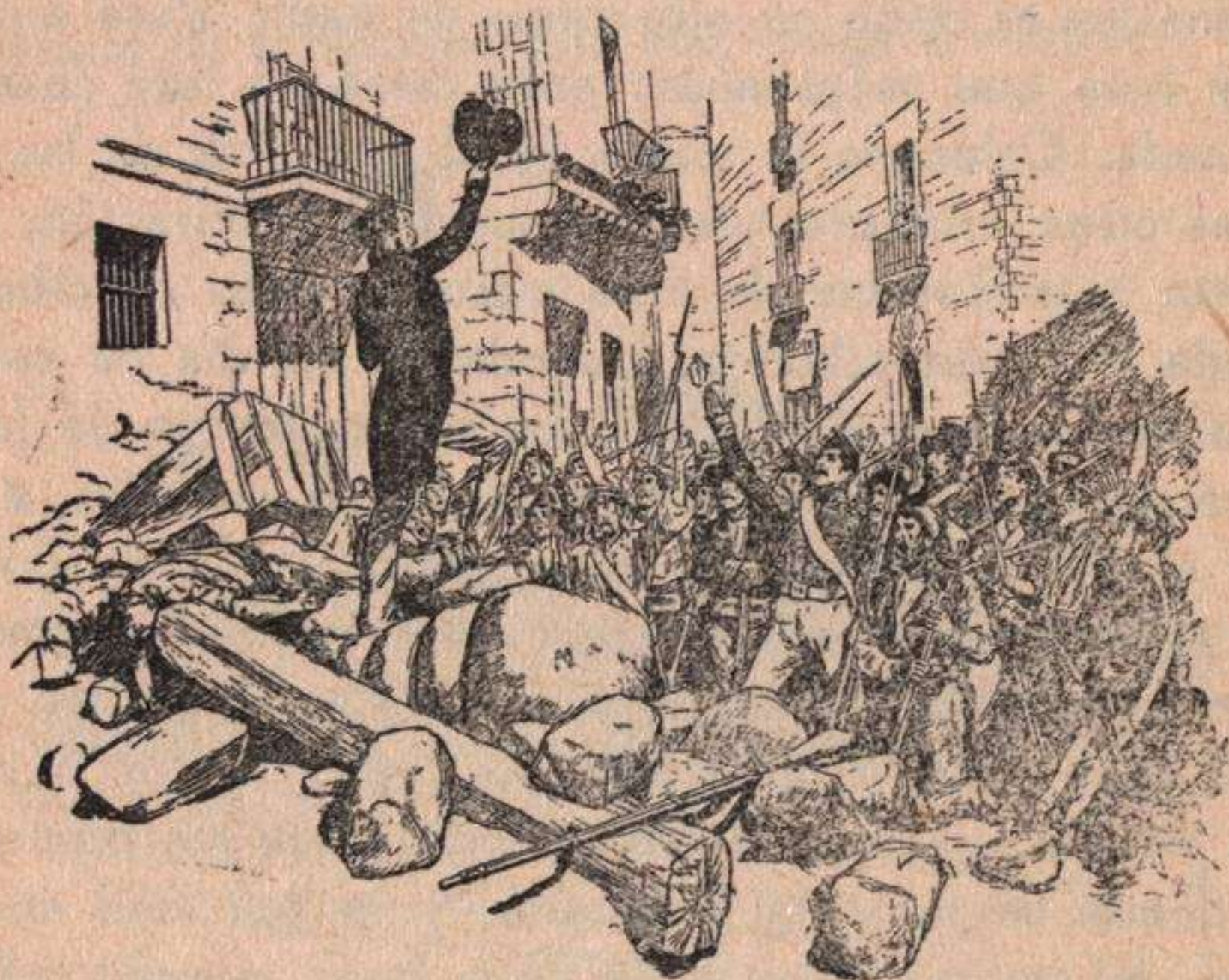
(*Carta de Fígaro a un Bachiller, su corresponsal. Página 348.*)

* * *

Muchas cosas me admiran en este mundo; esto prueba que mi alma debe pertenecer a la clase vulgar, al justo medio de las almas; sólo a las muy superiores o a las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquéllas no hay cosa que valga algo; para éstas no hay cosa que valga nada. Colocada la mía a igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiración, y estoy tanto más distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un día de esos en que un insomnio prolongado o un contratiempo de la víspera preparan al hombre a la meditación me paro a considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué ni adónde; cuando veo nacer a todos para morir y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino a juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin a este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto a todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseo diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa a la vez y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer cor-

ta la vida. Y tercera, en fin, y de ésta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen, sin embargo, a esta vida tan mala. Esto último bastaría a confundir a un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento, porque sólo un Dios, y un Dios Todopoderoso, podía hacer amar una cosa como la vida.

(*La vida en Madrid. Pág. 373.*)



Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata*; arrancado el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensación, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hacia abajo el suelo que le sos-

tiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes a legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abrumba, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él también tiene su alma particular; es su grado de calórico, pero tan poca cosa que no desprende luz; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos; sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto, en religión, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá; falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, a los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene a los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos, y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo a quien se facina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdría llamar ojos de la tierra a las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra no se mueve de su sitio si no le

dan un empujón; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron a servir sorbetes; del callejón donde limpia botas; del buque donde carga las velas o les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baúles; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre a los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición; vuela a ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido* y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño o provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es más que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen a rodar; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así también, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. He aquí otra observación. El golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él; el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma menos compacta, y en

ella más grados de calórico, pero alma de imitación; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porción toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes también al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo a otro, va a ocupar los vacíos de las vacantes; hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero, por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se para y se encarcela; no le es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana río caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve a caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo: al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formación de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

He aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado a adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo dondequiera que está, y se sobrepone a ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará a la capital; tirará el arado; pondrá un pie en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando—exclamará—, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este prin-

cipio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* a primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos a esta especie el nombre de *hombre-globo*; sólo así podemos hacerle perceptible a nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la dirección, emprendido y malogrado últimamente en París; todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado a considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfección de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podía elevarse el *hombre-globo* entre nosotros era sumamente limitada; los que más se habían podido separar del suelo habían hecho consistir todo su esfuerzo en llegar a los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba a ser entonces ministro, había hecho toda la ascensión que se podía de él esperar; uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero sea por falta de dirección una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado a orillas del Tíber, donde yace todavía malparado.

(*El hombre-globo. Pág. 400.*)

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas o carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre. Descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la



expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc., y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá; su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte; necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ga-

nancias a la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*; los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre a la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedas o zapatillas de orillo, en julio venden horchata; en verano son bañeros del Manzanares; en invierno, cafeteros ambulantes; los que venden agua en agosto vendían en Carnaval cartas y garbanzos de pega, y en Navidades motes nuevos para damas y galanes.

(*Modos de vivir que no dan de vivir. Pág. 440.*)

* * *

La sociedad se ve forzada a defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida; en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad, al reconocer en una acción el delito o el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente como escarmentar; no se propone, por fin, destruir al criminal, sino al crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa, ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Aporreada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena (verificar su agresión), convencerse a sí misma y convencerle a él. Para esto comienza por atentar a

la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla a los términos de indispensabilidad, porque pasados éstos comienza la detención a ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación; en el intervalo que transcurre desde la acusación o sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribución corporal por su bien, ella es la que está obligada a hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente o culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención, bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

(Los barateros o el desafío y la pena de muerte. Página 504.)

* * *

La revolución francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: Primera. Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse a la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. Segunda. Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no exis-

ten dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera. Monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular a la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna; por la cual un hombre da ideas cuando otro no da sino sandeces; por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros; ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito o la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad a la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

(*El pilluelo de París*. Pág. 539)

* * *

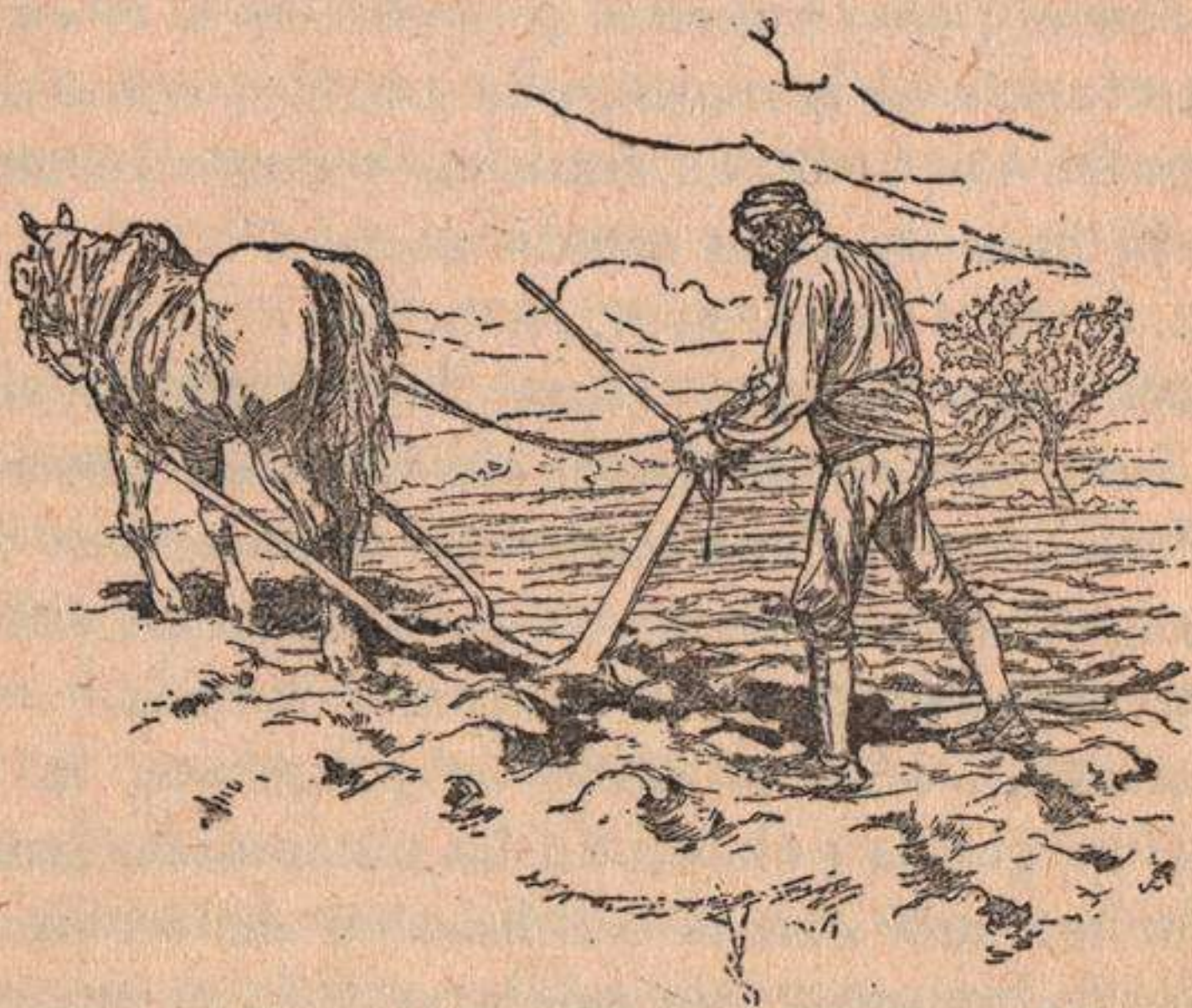
La ciencia política tiene también su ley de generación continua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. He aquí la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros; tiene su pasado también, sus tradiciones y su abolorio. En Europa no queda más que un verdadero noble: ella. Despojada de su patrimonio, le reclama; contéstansele sus títulos, y los discute, los justifica; opone a los sofismas de la usurpación la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razón; ellos tienen espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos; cualquiera que sea

el nuevo giro que la revolución va a tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera, pero vayamos. La lucha no puede ser eterna; el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va a convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalén del poeta va a salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.

(De 1830 a 1836. Pág. 585.)



Dos grandes verdades:

Primera. La necesidad de una religión en todo estado social; necesidad innegable, pues que la experiencia no nos presenta en el transcurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

Segunda. El derecho común de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse más predominio sobre los demás que el que éstos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religión, pues como ella se funda en la naturaleza.

En ésta existe la necesidad de la religión, puesto que todos al nacer entramos a ser parte de un orden de fenó-

menos anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no sólo a su fuerza, sino a su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; orden inmutable que revela un poder mayor existente, y que a la par impone una ley universal, emanada de él; ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad a su existencia, pues que lo está en el corazón de todo hombre, a saber la JUSTICIA.

La RELIGIÓN, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el poder superior preexistente a él en el mundo, y como fuente de la *moral*, y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social.

... ..

Violentar para alterar, forzar la voluntad existente y dar a los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crimen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, sólo el sable es peligroso; la palabra, nunca. Así es que la palabra no ha trastornado jamás de la noche a la mañana con la publicación de un libro la faz del mundo. Su enunciación, mientras más prematura es en un estado, es tanto menos peligrosa, porque, no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente e infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinación y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino a predicar, y no a combatir, no logró variarla sino a fuerza de años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolución que se verifica por medio de la palabra es la mejor y la que con preferencia admitimos; la que se

hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso a nuestros ojos el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente a los pueblos a recurrir a la violencia contra ellos, y en tales casos sólo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos sólo son los responsables del trastorno y de las reacciones que siguen a los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinión sola derribaría; y cuando la opinión es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar la probabilidad de la reacción a la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo, cayendo ante el poder de la opinión, y a la voz del Cristo, cayó para siempre, al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia más débil, pero en realidad más poderosa, porque se apoyaba en la convicción. La inquisición, que nadie ha destruido violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola a manos de la opinión, bien como el tormento, no volverá a aparecer jamás sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religión cristiana, que, derribada por el torrente de los excesos de sus ministros y falsarios en un país vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió a aparecer casi por sí sola. La opinión no le había abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido a la mayoría, al voto nacional, a la soberanía del pueblo, que no reconocemos más agente revolucionario que su propia voluntad.

.....

La religión cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad en que se apoya ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interés no estaba interpretarla de esta suerte, experimentaron el instinto de torcerla a sus fines, y muchos ma-

los ministros de ella, que para consolidar su triunfo duradero deberían haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir a una brillante existencia precaria y a honores pasajeros, prestándose a convertir esa misma religión tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgaridad de las Sagradas Escrituras, o las interpretaron a su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, a la religión la superstición, a la creencia el fanatismo, arteria a que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aquí resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la superstición y el fanatismo; empero confundidos ya la superstición y el fanatismo con la religión, apareció ésta atacada en sus escritos; los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y así como los pueblos, seducidos, habían pasado de la religión al fanatismo, así, desengañados, pasaron del fanatismo a la impiedad.

Los liberales, sin embargo, y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religión, necesaria a los pueblos, y de que ellos habían hecho un instrumento, se hubieran asido a esa misma religión, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo, separando en los pueblos donde se introdujo la religión de la política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto; se granjeó el respeto y se consolidó renunciando a miras mundanas de ambición; llegó a ejercer una verdadera influencia, tanto más indestructible cuanto mejor era su fundamento, y aseguró la libertad, arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres des-

pués. Hermanó la libertad con la religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

En España la reacción debía ser más terrible, puesto que habían pesado más sobre ella que sobre nación alguna los excesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexión, el traductor de esta obra, leído con ligereza, y sin esta previa explicación, estaba expuesto a un doble riesgo. Podía aparecer a los políticos modernos preocupado en religión, epíteto poco envidiable en el día, y a los religiosos fanáticos, desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar a la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religión se opone a las instituciones libres, si puede convencer a la multitud poco instruída de que la religión cristiana es una religión democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpación; no, empero, sin declarar que ningún escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

Los autores mismo del código que en el día nos rige hubieron de conocer esta importante verdad: sin duda vieron claro que no había llegado el término de la religión cristiana en España, que no llegaría jamás, cuando, en vez de declararla imprudentemente la guerra, a imitación de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya y granjeársela, consignando en ese mismo código que la religión cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazón humano y del mundo, además de una muestra importante de fe y de convicción religiosas. Volvamos la vista a todas partes, a esa Francia que ha vuelto a su religión después de tan violentas sacudidas, a esa Inglaterra tan adelantada y

tan religiosa, a esos Estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religión, donde quiera hallaremos a Dios presidiendo a las acciones más indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos y de esos hombres libres.

Religión pura, fuente de toda moral, y religión, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, e igualdad que abra la puerta a los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito, y libertad absoluta del pensamiento escrito.

(Prólogo de *El dogma de los hombres libres*, de Lamennais. Pág. 592 y sig.)



A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heroica villa de Madrid muy lejos de pretender el lugar preeminente que en la actualidad ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida a la fama de que gozaban sus espesos montes, los más abundan-

tes de Castilla en caza mayor y menor: el jabalí, la corza, el ciervo, hasta el oso feroz hallaban vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido después ante la destructora civilización de los siglos posteriores. El implacable leñador ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la erguida copa de los pinos y robles corpulentos para satisfacer a las necesidades de la población, considerablemente acrecentada, y el hombre ha venido a hollar la magnífica alfombra que la naturaleza había tendido sobre su suelo privilegiado; ha tenido fuerzas para destruir, pero no para reedificar; la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado a ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pie del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina o la han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite tan atrevida metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa, ciñó mientras fué olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdura con que la naturaleza quiso engalanarle, y Madrid, la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nación extendida y tumba de sus caudales inmensos y de los de un mundo nuevo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que, henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí, do quiera que vuelve los ojos, sino miseria y esterilidad.

(*El Doncel de Don Enrique el Doliente*. Cap. II, pág. 82.)

* * *

Una preocupación es más fuerte que cien ballesteros.

(*Idem*. Cap. XVIII, pág. 154.)

Las pasiones no se manejan con la mano, y el tino ha de estar en ver cómo se ha de soltar el león de su jaula, porque una vez suelto, ni hay retroceder, ni hay calcular dónde y cómo habrá de parar el estrago.

(*Idem.* Cap. XXII, pág. 168.)

* * *

¿Pensáis que la naturaleza ha podido imprimir con caracteres de fuego en el corazón del hombre un sentimiento sublime, un sentimiento de vida eterno, inextinguible, para que se avergüence de él? ¡Ah! No la hagáis injuria semejante. Cuando lanzó la mujer al mundo, *la amarás*, dijo al hombre; inútil es resistirla. Sus leyes son inmutables, su voz más poderosa que la voz reunida de todos los hombres.

(*Idem.* Cap. XXVII, pág. 193.)

* * *

—¿Adónde queréis llevarme?

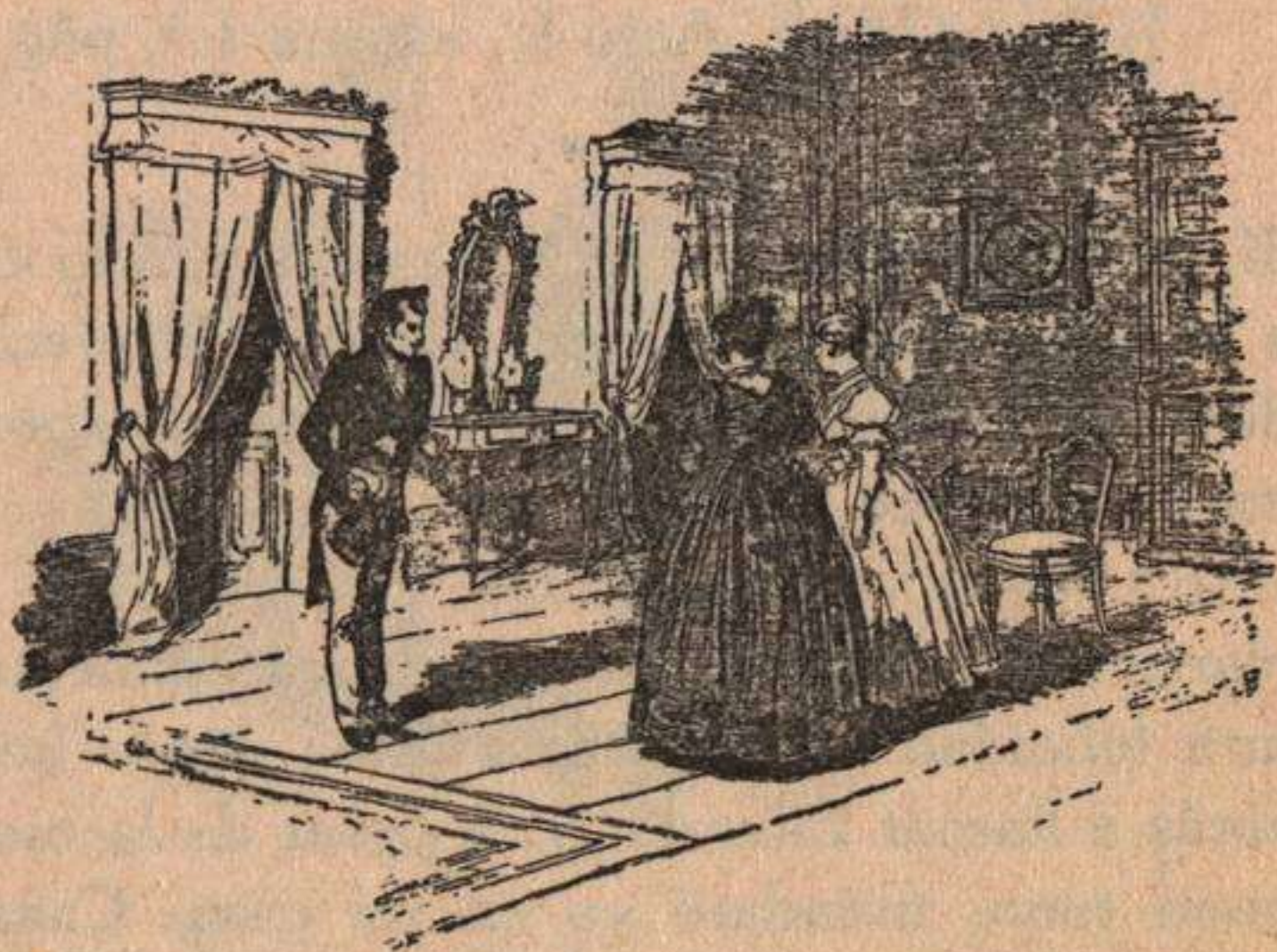
—Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amor la adornará; tú misma con tu presencia. Sólo nosotros hablaremos de nosotros. El león allí no contará a la leona, con maligna sonrisa, que Macías ama a Elvira. Las fieras se aman también, y no se cuidan como el hombre del amor de su vecino. El viento sólo lo dirá a los ecos, que nos lo repetirán a nosotros mismos. Ven, Elvira, bien mío.

(*Idem.* *Idem.*, íd.)

* * *

DEOG. Sí, señor, y me explicaré. Soy el más desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi mujer está loca, pero de una locura bastante admitida en la sociedad: se le ha puesto en la cabeza

brillar, hacer la marquesa ; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda ; ella me echa a perder a mi hija ; pero ¿qué más, si a mí mismo, aquí donde usted me ve, con mis años y mi juicio, me hace jugar y bailar, e ir con ella aquí y allí?... Y desengañese usted, siempre que usted se presente como está ahora, esté usted seguro de llevar calabazas.



- BERN. ¿Qué dice usted? Pero es el caso que si tiene esa manía, no querrá casar a su hija con un comerciante, y ya ve usted que, aunque yo me vista de capitán general, nunca seré más que Bernardo.
- DEOG. Sí, señor, es verdad, pero no importa. ¿Quién sabe si la primera impresión...? En fin, es preciso que se vaya usted a vestir, que venga usted haciendo muchos gestos, muchos ascos, muchas contorsiones ; que hable usted algo de francés, algo de italiano, español poco y mal, y siempre sin fundamento, que baile, que saque un reloj de salto de

Breguet, que hable mucho de ópera y de París, y si puede ser de Londres; que tenga deudas, que... ya me entiende usted.

(*No más mostrador*. Acto I, escena 4.^a, pág. 634.)

* * *

Estos enlaces desiguales sólo acarrearán la desgracia de los que los contraen: el marido le echa en cara a la mujer que es una plebeya... nunca, nunca.

(*Idem*. Acto II, escena 1.^a, pág. 636.)

* * *

DEOG. Sí, hijos míos; quise aplicar este último correctivo a la locura de mi mujer; ha surtido efecto, y me doy por contento si conoce a lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡ Ah! Esposo mío, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás a llamar Bibiana, y, a pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos a nuestra hija y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer siendo útil a la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.

(*Idem*. Acto V, escena última, pág. 658.)

* * *

JUAN DE AUST. Mi padre no sería un déspota.

FELIPE II. ¿Qué sabéis?

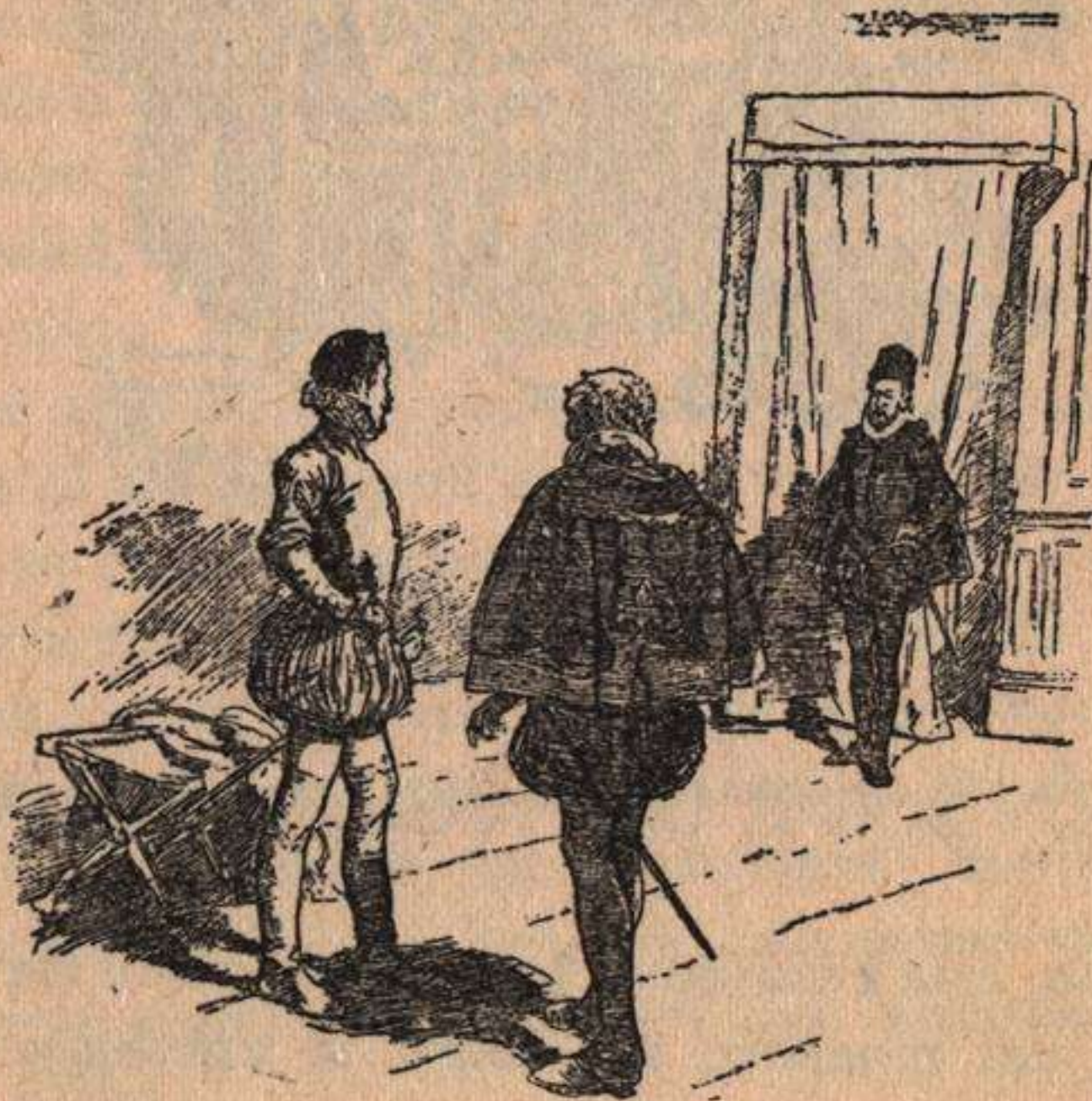
JUAN. ¡ Extraño modo de hacérmele querer!

FELIPE. Acaso tenía derecho para serlo.

JUAN. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se tra-

ta de abusar, él mismo se avergonzaría de convertirla en tiranía.

(*Don Juan de Austria*. Acto I, escena X, pág. 698.)



No hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo.

(*Idem*. *Idem*, escena XII, pág. 700.)

No será la primera vez que un novicio habrá andado más discreto que todo un capítulo.

(*Idem*. Acto III, escena XV, pág. 716.)





LECCION SOBRE UN PARRAFO DE LARRA

El ideario, que constituye la segunda parte de esta obra, es el libro del maestro, así como la antología es el del alumno.

Esta no necesita otra guía para la lectura que la diaria, la que es patrimonio constante del educador. Pero el ideario precisa la acción constante del maestro. Es sólo una cantera de sugerencias, una mina de posibilidades que tiene tanto más valor cuanto sea el espíritu educador y el talento práctico del pedagogo que obtiene de ella la primera materia.

Este libro contiene «motivos» suficientes para tantas lecciones que casi pudiera llegarse al infinito ideal. Para concretar ideas, se insertan un índice de sugerencias y esta lección.

Cualquiera de los maestros que empleen este libro en sus escuelas hará lecciones más interesantes que la mía; pero a título de ejemplo se inserta ésta, que fué pedida a

su autor por maestros y para maestros, aunque nació sólo como la «lección de un discípulo» (1).

He aquí el párrafo del ideario :

«Venir a aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí : «es un tal, fulano», es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco o seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche, entre otras, convocar a un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por la calle o por el Prado : «Aquel es el escritor de la comedia aplaudida», eso es algo, es nacer, es devolver al autor de nuestros días, por un apellido oscuro, un nombre claro ; es dar alcurnia a sus ascendientes, en vez de recibirla de ellos ; es sobrepujarse al vulgo y decirle : «Me has creído tu inferior ; sal de tu engaño ; poseo tu secreto y el de tus sensaciones ; domino tu aplauso y tu admiración ; de hoy más, no estará en tus manos despreciarme, medianía ; calúmniame, aborreceme si quieres, pero alaba.»

(Crítica de *Los Amantes de Teruel*. Pág. 559.)

ARISTOCRACIA DEL TALENTO

Lo primero que me sugiere esta frase es la necesidad de que sepáis lo que es aristocracia. En su acepción primaria, es una forma de gobierno : el que se ejerce sólo por las más notables personalidades de un Estado ; en una sola frase : el gobierno de los mejores. No es el gobierno por herencia, sin más guía que la naturaleza o acaso la vinculación de una voluntad inicial divina, ni el de elección popular que se ex-

(1) Publicada en «El Magisterio Español».

tiende como mancha de aceite y se desvirtúa por mil circunstancias. Es el que busca al más apto donde se encuentra y le entrega un sector del gobierno. Cuando seáis mayores alcanzaréis a comprender que en los tiempos modernos es el gobierno ideal en el ideal reino de la utopía.

No es esa la aristocracia que buscamos, como no lo es tampoco la acepción que la refiere a la clase noble, a la que se hereda de padres a hijos, a la de los duques y los marqueses, que no tuvieron otro trabajo, para serlo, que el de venir al mundo.

La acepción académica que puede aplicarse al párrafo que analizamos es la de «clase que sobresale entre las demás por alguna circunstancia».

Es, pues, la nuestra, la de todos, la que puede ser meta de las aspiraciones de los humildes; la que cada uno de vosotros, niños míos, debe mirar como un horizonte posible de alcanzar, como una distinción espiritual que no necesita como factores sino la levadura que Dios nos concedió, la fermentación que produce nuestro esfuerzo y... acaso el soplo de la fortuna.

¿Quién de vosotros quiere decirme ahora lo que es aristocracia? Muy bien entendido.

Aristocracia de las armas; aristocracia del dinero, y, la que a nosotros nos ocupa, la aristocracia del talento.

Y ¿qué es talento? Aparte de otras acepciones que nos interesan menos, talento es el conjunto de dotes intelectuales que resplandecen en una persona.

No os engañe el modo de expresarlo ni os descorazone. El talento normal existe en un número extraordinario de personas. Casi todos los mortales tienen una suma de dotes suficiente para sobresalir en algo. Seguramente entre vosotros mismos—no os riáis, hijos míos—hay varios talentos sobresalientes y muchos talentos parciales. Los primeros pueden aspirar a esa fortuna de figurar entre la aristocracia de su

país—alguno quizá entre la alta aristocracia de la humanidad—, y los otros entre esa aristocracia de las provincias o de los pueblos, acaso menos ruidosa, pero bastante para hacer la felicidad o la fortuna.

Los primeros atraviesan las fronteras y son admirados por todos los pueblos: Cicerón, César, Sócrates, Alejandro, Dante, Napoleón, Edisson, Marconi, son nombres pertenecientes a personas que nacieron en otras épocas o en otros climas, y que, sin embargo, repetimos nosotros con la familiaridad de lo conocido. Séneca, San Fernando, Isabel la Católica, Santa Teresa, Cervantes, Lope de Vega, Galdós, Cajal, Franco, son nombres españoles que traspasaron nuestras fronteras y recorren el mundo en un triunfo de todos los días.

¿Quién de vosotros quiere decirme lo que es talento?

¿Qué clases de talentos hay?

¿Conocéis vosotros los nombres de algunos talentos universales?

¿Quién fué Copérnico? ¿Y Gutenberg? ¿Y Santo Tomás? ¿Y Homero?, etc.

Citadme nombres y hechos de algunos talentos universales nacidos en España.

Cisneros, Calderón, Quevedo, San Ignacio, Miguel Servet, etc.

A esa apoteosis universal sólo aspiran unos pocos, los elegidos; pero hay otros hombres—larga sería la lista—que constituyen la aristocracia de su país y de su época, que ejercen una influencia decisiva en una política o en una ciencia o en una literatura circunstanciales. En ellos pensó Fíguro al escribir las líneas que dan ocasión a esta lección sencilla. García Gutiérrez, el ilustre autor de «El Trovador», y Hartzenbusch, el de «Los Amantes de Teruel», ambos de la época de Fíguro y criticados y ensalzados por Fíguro, pueden servir de ejemplo. Mientras el nombre de su críti-

co se acrecienta, el suyo se esfuma en la penumbra, pero fueron parte de la alta aristocracia del talento de su época. Y eran un simple soldado y un modesto ebanista, salidos del pueblo, del montón anónimo, quienes se alzaban del nivel medio en las noches de los estrenos de aquellas obras memorables.

Ese hecho, ese tránsito de la nada al clamor público, es el que comenta Larra al escribir las bellas frases que estudiamos.

Venir a aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: «Es un tal, fulano», es ser un árbol más en una alameda.

No es posible mayor fuerza de expresión... ¿No sentís, hijos míos, la sensación del rebaño? El hombre tiene en su propia naturaleza una fuerza que le agarra a la tierra y otra divina que le eleva a los cielos: el amor a la materia y la aspiración espiritual. El que se siente devorado por la primera será eso: un hombre más entre tantos hombres. La oveja blanca en el rebaño de las blancas ovejas. Mueren o sustituyen a unas cuantas todos los días... y vienen otras a sustituirlas... y el rebaño es el mismo rebaño. Lo notará el pastor; para el cariño no hay sabios ni torpes, guapos ni feos, buenos ni malos; las culpas se lavan en el lago del amor igualitario. Pero, para el resto de los mortales, es el mismo rebaño.

Pero los hombres tenemos un espíritu, y ese hay que cultivarlo para sobresalir, para distinguirse de los otros, para diferenciarse de cada una de las espigas del trigal, de cada uno de los potros del potrero..., para no ser «fulano», para tener derecho a un «yo» personal, a la inglesa, a un «YO» con mayúscula, a un yo que sobresalga, como el campañero de la masa gris de vuestro pueblo.

Exponédme lo que recordéis acerca de conjuntos vivien-

tes, casi homogéneos. ¿Qué son seres vivientes? ¿Lo son los hombres? ¿Pero son vivientes sólo los humanos? ¿Cómo viven los animales irracionales? ¿Y las plantas? ¿Qué es vivir? ¿Alguno puede decirme lo que es razón?, etc., etc.

Pero pasar cinco o seis lustros oscuro y desconocido...

He aquí la lucha, el esfuerzo pensando en un más allá. Bien se acuerda el autor de no improvisar un triunfo. Necesitó cinco o seis lustros de pasar inadvertido. Eran muchos años de estudio, de cristalización, de pulimento. Los años que transcurren, que empiezan a transcurrir para vosotros; años en los que el hombre se define, los que debéis cuidar, teniendo para vuestro espíritu, para vuestra inteligencia, las atenciones que tiene vuestra madre para vuestro cuerpo, que para ella es precioso; estudiando, separando de vuestro lado las malas lecturas y las malas compañías, viendo el ejemplo de los mejores, aspirando a igualarlos, con la vista puesta siempre en un más allá de perfección que sea a vuestra vida como la estrellita que guió a los Reyes Magos en su largo viaje en busca del ser divino, que era portador de la verdad y del bien. ¡Benditos años de oscuridad que engendran los de gloria!

¿Os gusta estudiar?

¿Sois curiosos?

¿Tenéis hambre de saber y sed de ser justos?

¿Qué os gustaría ser?, etc., etc.

Pensad, hablad... y soñad siempre.

Oíd ahora: *Y llegar una noche, entre otras, convocar a un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar... y oír al día siguiente de sí mismo, al pa-*

sar por la calle o por el Prado: «Aquél es el escritor de la comedia aplaudida.»

Es el éxito; el momento del éxito, del aplauso, del triunfo inolvidable.

Aquí nos habla Larra del triunfo del autor dramático y, por ende, del talento.

Pero ese momento es el mismo en todos los éxitos, exteriormente. Es el del torero, el del boxeador, el del futbolista, el de la estrella. Pero no os confundáis, no os deslumbréis por el brillo del oropel que es el aplauso. Para que el triunfo sea duradero hace falta algo más, no basta el momento feliz del acierto.

¡Cuántos gladiadores terribles oirían más vítores que Séneca! ¡Cuántos conductores de cuadrigas brillarían en una hora más que Lucano! ¡Cuántas bulliciosas bailarinas serían más agasajadas que Santa Teresa! Para ella fueron los aplausos y las flores. Pero, decidme, niños míos: ¿Cuáles fueron sus nombres y sus hechos gloriosos? La historia, con su manto igualitario, que sólo se entreabre para el genio verdadero, ha borrado aquellos éxitos fugaces y os enseña el éxito duradero de Séneca, de Lucano y de Santa Teresa.

Y es que el triunfo más grande es del talento, el del espíritu.

Eso es algo; es nacer, es devolver al autor de nuestros días, por un apellido oscuro, un nombre claro; es dar alcurnia a sus ascendientes en vez de recibirla de ellos.

Ya veis aquí la diferencia que yo os explicaba con la aristocracia de la sangre. Los que la ostentan reciben la alcurnia de sus antepasados; pueden ser tontos y perezosos, y hasta malos... y siguen siendo aristócratas. El sabio y el poeta dan alcurnia o aumentan alcurnia. ¡Hermoso privilegio el de no ser sólo «el hijo de Fulano»!

Es sobrepujarse al vulgo y decirle: «Me has creído tu inferior; sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones; domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tus manos despreciarme, mediana; calumnia, aborreceme si quieres, pero alaba.»

Heme aquí un momento perplejo para analizar la espiritualidad de ese párrafo. Es una explosión; es el alivio de un pesar mucho tiempo contenido... es una alegría infinita que se vierte en una inmensa oleada de orgullo.

Costó tanto el triunfo, fueron tantos los años de lucha, varios los lustros de estudiar; se oyó tantas veces la burla de los otros, la duda desdeñosa que descorazona, que no puede reprimirse el grito de un entusiasmo, que, serenamente, se hubiera exteriorizado de otro modo.

Habéis oído tantas veces predicar la modestia... que os habrá disonado..., os habrá parecido un ruido desacorde... ese canto al orgullo, en un ejemplo de clase.

Y, sin embargo, hay orgullos y orgullos.

El malsano y sin objeto que castiga Dios como un pecado capital con el dictado de soberbia, y el sano y alentador que se llama amor propio.

No resisto a la tentación de explicaros la diferencia con dos ejemplos sacados de la historia.

ORGULLO MALO.—Habréis oído hablar de Egilona. Yo os recordaré que fué la mujer de Don Rodrigo, el último rey godo, el que allá, en Guadalete, dió a los árabes su vida y su corona.

Era una mujer soberbia, envanecida, de esas que creen que el mundo da vueltas para que ellas respiren mejor. Rodeada de la pobre pompa cortesana de los días de la decadencia, era para ella aquel homenaje de los rudos capitanes españoles alimento espiritual inexcusable. Y llegaron los días terribles, la invasión de los árabes pujantes—como sangre arterial, rica y ardiente—, y la derrota de los nuestros—

sangre venenosa cansada y espesa—y la dispersión y el desconcierto.

Y murió Don Rodrigo en Guadalete. La viuda fué prisionera del vencedor, y no tuvo la resignación que supone la virtud verdadera, sino la ambición, hija de su cólera. Era hermosa y era cristiana, y el general árabe Albulazis la tomó por esposa, y ella aceptó esa unión con el sarraceno, unión odiosa, con el infiel conquistador de su patria.

Pero para su soberbia de mujer, para su orgullo malsano de mujer mala, no era bastante ser la esposa del vencedor; había que ser la esposa del rey; y en la sala de Albulazis pergeñó un trono y se sentó a su lado, y quiso que todos los capitanes se inclinaran ante la pareja como ante otra se inclinaron un día los españoles. El pobre conquistador conquistado no se atrevía a reclamar el homenaje, ni la altivez de los árabes estaba pronta a prestarle. Pero Egilona pensó un ardid... o lo pensó su orgullo. Todos se inclinarían ante ellos, contra su voluntad.

Llamó Egilona a los alarifes y albañiles que habían acompañado al ejército y los mandó bajar al dintel de las puertas, dejando éstas tan pequeñas, que era imposible pasar por ellas erguido: había que bajar la cabeza e inclinarse.

Y convocó falsamente a junta de capitanes, y acudieron, y sin darse cuenta de la femenil stratagema, fueron uno a uno haciendo la obligada reverencia a la mujer odiada, por cristiana y por intrusa.

Albulazis y Egilona pagaron con su cabeza aquella inclinación de la de sus esforzados capitanes... Pero yo os pido, niños míos, niños buenos, que os representéis en vuestra retina ideal la figura de Egilona en aquel día memorable. Altiva, derecha, con los ojos brillando como ascuas y el alma encendida como una hoguera. He aquí la imagen de la soberbia, del orgullo malo. Huíd de él como del enemigo.

¿Qué sabéis de Don Rodrigo?

Decidme algo de la conquista de los árabes y de la reconquista, etc.

¿Habéis pensado en el orgullo malo? Ponedme ejemplos. Pero no los saquéis de la vida. Peor que el orgullo es la maledicencia. Sacadlos de vuestra imaginación creadora, que es una cantera inagotable.

ORGULLO BUENO. AMOR PROPIO.—Regresaban las tropas de Atenas, de la batalla de Salamina, y, cargado de botín y de gloria, Temístocles, su general victorioso.

Pocos días después se celebraban los Juegos Olímpicos, y estaba en el estadio congregada toda Atenas.

¿Habéis visto, sentís acaso, vosotros, niños del alma, ese resurgir de la humanidad en favor de los ejercicios físicos? ¿Sois apasionados del fútbol y acaso del boxeo? ¿Sabréis, al menos, que miles y miles de personas acuden a esos espectáculos y ponen un interés máximo en una jugada, en un triunfo o en una meta sobrepasada? Pues esto no es sino un remedo, una insignificante parodia del entusiasmo que ponía en sus juegos—fuerza, belleza y valor—el pagano pueblo de Grecia. Era el estadio como un templo elevado a una raza. Los atletas tenían en los ejercicios puesta el alma, y los espíritus del público eran un solo espíritu animado por miles de corazones que latían como un solo corazón. No había ojos sino para los atletas; todo el interés se concentraba en sus hazañas.

De pronto, en uno de los más altos sitios, perdido entre otros mil espectadores, llegó Temístocles a presenciar los juegos. Era un hombre, uno más donde había tantos hombres; físicamente, un árbol más en una alameda, y, sin embargo, todo aquel público dejó de mirar al espectáculo para mirar al general invicto; los atletas olvidaron sus juegos para mirar a la oveja que se perdía entre tantas ovejas, y de

todos los pechos salió como un sollozo de alegría y de todas las bocas una exclamación sola :

— ¡ ¡ He aquí a Temístocles ! !

Y Temístocles, el que dió a su pueblo la victoria, avanzó solo, erguido, grande, y dijo :

— ¡ ¡ Sí, soy Temístocles ! !

Era la explosión de un orgullo ganado, del orgullo bueno, del que nos lleva a la lucha por los demás y por nosotros mismos, del que es conciencia del propio valer y alegría del triunfo merecido, montón de rosas que podemos arrojar por la gloria de nuestro espíritu sobre nuestros mismos corazones.

Decidme algo de Grecia.

Diferencia espiritual entre Atenas y Esparta.

La poesía y los Juegos Olímpicos.

Características del paganismo.

Amor propio. En la clase, en la familia, en la vida, etcétera, etc.

Nada más. Ya tenéis espiritualmente analizado el párrafo de Larra. Reconcentraos en vosotros mismos, y mientras unos cuantos compañeros le analizan gramaticalmente, pensad los demás sobre lo que os he dicho, y preguntad después sobre lo que sea para vosotros duda, o lo que os haga juzgar cosa distinta de lo por mí expuesto, y cuando hayamos conversado y debatido un rato, dejaremos este centro de interés. Los que hayan sentido en su alma el influjo del tema me traerán el próximo lunes unas cuartillas que reflejen la impresión que quedó en ellos de mis palabras. Los demás quedan en libertad siempre de preguntarnos a los atrevidos y a mí. ¡ Qué alegría hacer luz en las almas infantiles... y acaso recibir su luz en la nuestra !



Espíritu de luz fué el de Larra, el autor que nos hizo discurrir media hora. Vivió en los primeros años del siglo XIX, desde 24 de marzo de 1809—nació en medio de la hoguera de las guerras napoleónicas que pusieron a prueba el heroísmo español—hasta 13 de febrero de 1837.

Este año debe ser para vosotros inolvidable, porque en él se dió un decreto de las Cortes que abolió definitivamente de las escuelas la pena de azotes.

Vivió, pues, Larra menos de veintiocho años, y en tan temprana edad consiguió la fama eterna. Debe ser, por tanto, el escritor predilecto, el siempre amado de los jóvenes, porque no pasó de joven, y en su juventud realizó toda su obra imperecedera. Amadle vosotros.

Quédese para los eruditos, que posponen hasta el arte y el respeto a la curiosidad, el escudriñar en la vida privada de los hombres célebres. Vosotros, niños míos, debéis aprender a amarlos en sus escritos, en sus obras, en sus descubrimientos o en sus conquistas. A nosotros sólo puede interesarnos la formación espiritual de Larra y el resultado en su obra. Larra niño y Larra escritor.

Larra, como casi todos los que viven de prisa, apenas tuvo niñez. Cuando era un parvulillo le llevaron a Francia, y volvió a su patria a los nueve años. Escuchad un detalle curioso. A los nueve años no conocía una palabra de español. Tuvo entonces que empezar a aprenderlo. Calculad vosotros, que ya pasáis con mucho de esa edad, todo el esfuerzo, todo el empeño que haría falta en quien pensaba y sentía en francés para asimilarse rápidamente, ampliamente, completamente, no sólo los más recónditos secretos de un idioma, sino los más íntimos matices del pensar y del sentir de un pueblo y de una época.

Es un mérito casi inaudito.

Ya os digo que Larra fué un niño que no tuvo infancia.

Acaso demasiado aplicado, demasiado formal, demasiado enemigo de los juegos y de las diversiones infantiles.

Escuchad a Cortés, uno de sus más antiguos biógrafos : «*La prontitud con que aprendió el Catecismo fué el primer indicio que se tuvo de sus aventajadas disposiciones intelectuales.*» «*Después se le dió una esmerada educación.*» «*El niño recogía con avidez todas las ideas que se le daban; sus progresos eran rápidos y su constante aplicación no tenía en ellos menos parte que su natural talento.*» «*El afán que sentía por el estudio era tan grande, que odiaba toda clase de juegos: los libros eran su única diversión, y rara vez dejaba de derramar lágrimas al tener que desprenderse de ellos para acostarse.*» «*Luego, para aprender el castellano, entró en los Escolapios, y allí, además, estudió la Gramática latina y recibió una educación clásica.*» «*Sus adelantos fueron siempre rápidos, su constante aplicación no se desmintió tampoco, ni su aborrecimiento a los juegos por que sus compañeros se desvivían.*» «*Nunca dió motivo para que le castigasen.*» «*El niño mostraba un carácter tan pacífico como poco enredador.*» «*Durante su primera juventud continuó haciendo la vida laboriosa y aplicada que había hecho durante su niñez.*» «*A los trece años pasaba todas las noches consagrado al estudio. Sólo los ruegos de su madre le obligaban a retirarse a una hora muy avanzada. En esta época tradujo toda la Iliada de Homero y el Mentor de la juventud.*» Sabed, en fin, que «*a los trece años, el que a los nueve no sabía español, escribía un Tratado de Gramática castellana*». ¿No os admiráis, pequeños? Pues sabed que «*tres años más tarde*», a los diez y seis, «*ya sabía las matemáticas, las lenguas griega, italiana e inglesa y estudiaba Filosofía en Valladolid*».

Todo ello es admirable, pero es pavoroso. No creáis que a mí me parece bien ese modo de ser de los niños. Acaso sólo puede disculparlo la fuerza del genio. Sabed, amigos

míos, que este mismo Larra, este gran Fígaro que estudiamos, dijo en una carta dirigida a sus padres, a propósito de sus hijos: «*Cuiden ustedes mucho de mis hijos, en la inteligencia de que no deseo que sean fenómenos; se me figura que todo desarrollo prematura de la parte moral del hombre no puede hacerse sino a costa de la parte física, y, sobre todo, me contento con que mi hijo sea hombre grande; no necesito que sea un gran niño.*»

Puede que esta sencilla frase familiar del gran pensador equivalga a todo un tratado de pedagogía.

Precisamente la ha publicado en su obra «Fígaro» una insigne maestra, Carmen de Burgos, por la que yo siento, más que cariño, hermandad espiritual. Ella y yo adoramos la memoria de Fígaro.

Pero el estudiante aprovechado y bueno fué vencido por el literato, y empezó su carrera gloriosa de escritor. Primero, versos. Fueran como fueran, estos primeros versos hay que bendecirlos. No hay formación espiritual posible sin leer muchos versos y componer algunos. Son las flores del huerto de la vida.

Escribió comedias, entre ellas una admirable: «Macías», la más maravillosa exaltación española del romanticismo que invadía el mundo, y una novela del mismo estilo y casi de igual argumento, «El doncel de Don Enrique el Doliente».

Pero toda esta obra se oscurece por la realizada como periodista. Fundó el delicioso periódico «El Pobrecito Hablador». Y escribió en muchos otros. Fué el galvanizador del periodismo de su época y el creador de un periodismo nuevo, viril, enérgico y gracioso, del que todavía vivimos.

Fué el crítico templado y benévolo, pero certero y justo, de una época en todas sus manifestaciones: las costumbres, en aquellos artículos deliciosos que nos hacen reír y pensar, «El castellano viejo», «Yo quiero ser cómico», «En este

país...», «Los calaveras», «Modos de vivir que no dan de vivir»... Hemos de leerlos juntos en esta clase, y veréis qué risa y qué enseñanza.

Hay frases y pensamientos que parecen escritos hoy mismo. Los teatros, analizando y disecando las obras entonces más en boga. De una de estas críticas es precisamente el párrafo que da lugar a la lección que ya os cansa. Del de «Los Amantes de Teruel», La política y la vida toda, «Nadie pase sin hablar al portero», «Cartas de un liberal a otro liberal y a sus corresponsales», y cien más que es imposible citaros...

Lo que debe quedar más impreso en vuestros cerebros es que Larra fué el creador de esta prensa viva, inquieta, moldeadora de inteligencias y de voluntades, que ha llegado a ser la palanca más poderosa de la vida moderna. Todo lo que no sea la noticia del crimen o del espectáculo y las secciones circunstanciales, es consecuencia de la aportación de Larra a la gran obra de la civilización española.

Yo quisiera que no me quedara nada por decir de Larra... ¡Ah, sí! De su vida de hombre, de sus sentires, de sus pesares, de sus anhelos de romántico... Pero esos se fueron con él, esos pasaron, mientras queda su gloria flotando siempre y haciendo obra buena y altruísta, reflejo de lo que fué seguramente su espíritu, de lo que fué su alma, objeto de adoración para los que llevamos su nombre glorioso, como un peso superior a nuestras fuerzas, y su sangre ardiente y generosa como una bandera de nuestra vida.

Vosotros sois niños y sois cristianos. Por esa alma grande, elevemos juntos un «Padre nuestro a los cielos».

«Padre nuestro...»

FERNANDO JOSÉ DE LARRA



ÍNDICE DE SUGESTIONES

	<u>Página</u>
Hable quien tenga que decir.....	12
Más la calidad que la cantidad.....	14
No la hagas y no la temas.....	15
Más realidad que ilusión.....	16
Vivir con nuestros iguales en educación, en cultura, etc.	17
Cada uno atienda a lo que realice.....	18
No seamos groseros ni molestemos al prójimo.....	19
El que cede es siempre el mejor educado.....	19
No hay que encontrar siempre mejor lo nuestro, sino pro- curar que lo sea.....	20
Vivir de apariencias es engañarse.....	23
La naturalidad es la mejor compañera de nuestra vida.....	26
Procuremos que nuestros amigos sean como nosotros.....	29
La elocuencia, el oportunismo, el enlace de ideas y de pa- labras	31
Amar a la patria; no denigrarla, no escarnecerla, ser jus- tos con nuestros hermanos, etc.	32
Peligros de los períodos de transición en los hombres y en los pueblos	33
No dejar lo cierto por lo dudoso.....	34
La ignorancia es atrevida.....	34
Apuntar lo bueno de España y lo que es susceptible de mejora	36
Igual ejercicio con la provincia, con el pueblo, con la cla- se, etc.	36

Explicar las mejoras emprendidas en los últimos años.....	37
Vista fija en los inventos extranjeros, en los adelantos de otros países y en los del nuestro.....	38
Para ser algo hay que ilustrarse y educarse. Canto a la cultura general, necesaria al labrador y al obrero y al empleado y al ciudadano.....	42
Respeto a la opinión ajena.....	46
La ironía como enseñanza; como latigazo al amor propio...	46
Amor al trabajo, odio a la pereza.....	48
Orgullo humano. Fácil dificultad de conocer nuestro país.	49
Elogio de la actividad.....	50
Lo que puede hacerse hoy no debe dejarse para mañana...	52
Diferencia entre la España oficial de 1830 y la España de hoy. Puede utilizarse hasta el grabado (48) para comparar la burocracia de entonces con las bien montadas oficinas de hoy (Instituto de Previsión, Junta para Ampliación de Estudios, Correos y Telégrafos, Sección de Contabilidad y Presupuestos de Instrucción Pública, etc.)...	53
Protecciones perjudiciales	55
Ventajas de ilustrarse, de viajar, de conocer otros mundos, otros temperamentos, otras culturas y aprovechar de ellos lo bueno, quedándose con lo bueno que tiene España	56
Progresos de España. Progresos del mundo. La galera y la diligencia. El camino de hierro. El automóvil. El avión. Larra fué un enamorado del progreso y un patriota, en el verdadero y noble sentido de la palabra. En este artículo de «La diligencia» hay sugerencias para un curso entero	60
Sólo debe prohibirse lo que puede prohibirse. Sólo debe mandarse a los niños lo que pueden hacer.....	63
No hay más curioso método de enseñanza que la observación	64
Distinción entre la vehemencia de sentimientos de la juventud y la frialdad de la vejez.....	65
Hay que guardarse de las cosas pequeñas que pueden traer tras sí a las grandes.....	65
La difícil facilidad del trabajo diario, de lo constantemente repetido. Es afición para unos lo que para otros es oficio	67
La sociedad. Las asociaciones. Juntas de Gobierno. Comunidades	69
Caracteres y lenguaje. Diferencia entre el retrato y la caricatura	70
La política. Los partidos. El Gobierno. Los Ministerios. La Administración	72
El egoísmo. El nepotismo. El cohecho. La malversación, etc. Leyes, decretos, Reales órdenes, órdenes, bandos. Benefi-	75

cios de la enseñanza. Escuelas y otros centros de cultura.	76
Las revoluciones. Evolución y revolución. Asonadas y moti- nes. La guerra y la paz.....	78
Teatros.—La tragedia, el drama. la comedia, el sainete, etc.	80
Explicación del argumento de El Trovador, La conjuración de Venecia, etc., para que llegue a los niños la ironía de este delicioso artículo que critica la falta de unidad del programa	81
Geografía.—¿Dónde está Mérida? ¿Por dónde se va a Mé- rida? Situación en España y en el mundo, etc.	
Historia.—¿Cómo fué Mérida? Quienes fundaron y modifi- caron a Mérida. Sus vicisitudes a través de los siglos. La historia entera de España.....	84
Arqueología. Arquitectura. El amor a los viajes. El deseo de ver mundo	85
Virgilio. Sus obras. Dante, amigo de Virgilio.....	86
La aridez de Castilla y los verdores norteños. No siempre lo agradable a la vista es lo más rico. El pan y el pas- to. La tierra de labor y la estepa. Riqueza y pobreza del suelo español. La naturaleza y el trabajo humano.....	86
El cuidado de las obras de arte. El amor a las riquezas artísticas de España. No destruir nada. Consultar a los más sabios el valor de todo. No tirar piedras. No jugar en las fachadas de edificios dignos de amor y de respeto.	88
Todo hombre debe conocer bien la geografía y la historia de su pueblo. Debe ser amable y hospitalario. Placer de enseñar las cosas que conocemos bien.....	89
Las religiones	91
Qué es un acueducto y una traída de aguas. Una nauma- quia y un estanque. Un baño y una piscina. El circo, el anfiteatro, el hipódromo. El teatro. La plaza de toros, el campo de deportes.....	92
Sepulturas y epitafios. El de Shakespeare, etc.	92
Museos.—De Pinturas. Arqueológicos, etc. El del Prado y los provinciales	93
El latín	94
Enfermedades y epidemias.....	94
Las excavaciones. Derechos y deberes de los ciudadanos a ese respecto.....	95
La poesía. La prosa. Clases de poesía. La oda. La epístola. Combinaciones métricas. El terceto. De qué otras com- posiciones es base el terceto. El soneto. El cuarteto. Consonantes y asonantes. La rima. El ritmo. El acen- to, etc. Se critica para corregir. La literatura como fuen- te de enseñanza.....	
Vicio y virtud. Vicios y virtudes en las grandes ciudades y en las pequeñas aldeas. Vicios y virtudes de nuestra ra- za. El calor y el frío. El sol y las nieblas, etc., etc.....	97

La novela. El cuento. La historia. La novela histórica. Tomos, partes, títulos, capítulos, párrafos, oraciones, palabras, sílabas, letras, etc. Descripción y diálogo.—He aquí un capítulo interesante aun sin conocer el resto de la novela. Otro precisará al menos saber el argumento. ¿Qué es argumento? Personajes, protagonista, etc. De qué época es esta novela. Bosquejo histórico. Transición de la edad media a la moderna. ¿Cuántas palabras desconocidas de los niños hay en este capítulo? Busquémoslas en el diccionario de la escuela. Escribámoslas. Redactar un párrafo empleando los significados obtenidos. Dar de viva voz el relato del torneo con frases y palabras modernas. Si alguna de las antiguas no está en el diccionario de la escuela, el maestro buscará el de la Academia. Qué era un torneo y qué es un duelo. El juicio de Dios y los tribunales modernos. La justicia racional y la de la fuerza. Concepto antiguo y moderno de la moral y del derecho, etc.....	103
La comedia. Actos y jornadas. Escenas. Personajes. La comedia de costumbres. El escenario. El público. La concha y el apuntador. Decoraciones. Telón, etc. La máscara griega y la caracterización moderna. El público y la crítica. Las profesiones. El comercio, la industria y la agricultura, los oficios, etc. Todo trabajo es noble. Las conveniencias sociales. Las diferencias de cuna y las de educación. La esfera social. El deber de los padres y el de los hijos. Los derechos de unos y de otros. La libertad. La felicidad conyugal. La familia, etc.	115
El drama.—La tragedia. El amor. La pasión. La palabra de honor y el honor mismo. El drama romántico. El romanticismo. El romance. La exaltación de los sentimientos. La subordinación y el abuso del poder. Donceles, escuderos y criados. El dolor y la alegría. La confianza y los celos.....	123
El público.—La multitud. La muchedumbre. Amor propio y vanidad. La opinión pública. Las dos conclusiones del autor dan la pauta de los «motivos» para lecciones.	133
El placer de la lectura, los beneficios de la lectura. El ansia de instruirse. El beneficio de instruirse. Las batuecas y los batuecos. El país ideal de la tontería y de la sinrazón. La ironía grande que lleva a esgrimir armas contra la incultura.....	136
El trabajador y el vago. El culto y el que lo parece. El hombre de moda y el hombre de vida.....	137
Hablar bien y conocer nuestro idioma. La elegancia del lenguaje. El exotismo. La blasfemia.....	138
Héroes de todas clases. El militar y el sacerdote. El padre y el hijo, etc.	139

Instrucción y educación, sus diferencias. El amor al prójimo. El interés industrial y el social, etc.....	139
El patriotismo y la patriotería. La civilización. El chauvinismo francés, el exclusivismo inglés y el decadentismo español. Epoca de la grandeza del poderío español. Ocaso. El flujo y reflujo de las civilizaciones. Voluntad para hoy y esperanza para mañana.....	139
Modestia y vanidad. Lo que da Dios y lo que nos labramos los hombres. La coquetería femenina y la coquetería infantil. No se debe espolear la vanidad de los niños, pero mucho menos hacerles perder la confianza en sí mismos. La aristocracia del talento.....	141
No achaquemos a los otros, ni al medio ambiente, ni a las circunstancias, ni a la fortuna varia nuestras desgracias. Cantemos a la voluntad, al trabajo, a la confianza en el premio de nuestro propio esfuerzo.....	143
El sonido, el éter, la vibración, el eco. Impresiones y sensaciones. El cerebro, el sistema nervioso.....	143
Máscaras. Carnestolendas y Carnaval. La observación. Disfraces materiales y disfraces espirituales, etc.....	143
Problemas que lo eran en los tiempos de Fígaro para España y que siguen siéndolo hoy. La visión del porvenir. La eternidad del genio.....	144
Epigramas y chascarrillos. La gracia y la moraleja.....	145
La admiración y el entusiasmo. La elevación de ideas y la mediocridad. La idea de Dios. El pesimismo. La tristeza. El que se adelanta a su época siente el dolor de las miserias del día. Ve que los demás son ciegos. Oye lo que nadie. Piensa como nadie y llora como nadie.....	147
Toda la física y toda la filosofía. Cuerpos que se tocan y almas que nos huyen. Imposible dar en un índice-sumario todas las sensaciones que en un espíritu culto puede imprimir «El hombre globo». Maestros, leed estos párrafos con atención.....	148
Carreras o profesiones liberales en España. Civiles y militares. Eclesiásticas. Clero regular y secular. El capital y el trabajo. La propaganda. Los medios de vida. Las pequeñas industrias; el trabajo a domicilio. El trabajo de la mujer y del niño, etc.	153
Derecho.—Sus clases. Derecho penal. Delitos y penas. Sistemas penitenciarios. Las cárceles. Prisión preventiva, detención. Tribunales de justicia. Tribunales para niños. Correccionales. etc.	154
La herencia.—La fisiológica y la legal. ¿Existe la espiritual? Diferencias de clase. Las clases sociales. Formas de Gobierno. Monarquía y República. Individualismo y socialismo. El comunismo. El <i>bolcheviquismo</i> . La herman-	

dad humana. La igualdad ante la ley. La libertad espiritual	155
El progreso y el retraso social. El quietismo y la inquietud. ¿Qué es un árbol genealógico? La vida. Evolución y revolución Las grandes crisis de la historia.....	156
La religión a través de la historia. Religión y religiones. (El maestro cuidará este artículo como el artillero su batería. Sólo hay que dispararla en momento oportuno. Antes puede matar a nuestros camaradas. Después puede dejarlos morir.).....	157
Amad a los árboles. Defendedlos de los hombres y no atacadlos vosotros. La salud, la hermosura de la naturaleza. Los beneficios de la agricultura. La repoblación forestal, etc.	162
El pensamiento y los pensamientos. El amor, eje del mundo. No miréis el amor como algo reprobable. Es lo más santo de la tierra. El hombre debe amar a la mujer y la mujer al hombre con entusiasmo, que es limpieza, y pasión, que es castidad. El porvenir de la educación moderna está en la educación sexual. Ni el amor es pecado, ni cosa que deba ocultarse. ¡Maestros y maestras, en vuestras manos está el porvenir de las razas!.....	164
«Don Juan de Austria» es la traducción de una comedia francesa de Casimiro Delavigne. ¿Qué es traducir? Necesidad de conocer idiomas. El lenguaje como vehículo de las ideas. Principales dramaturgos y poetas extranjeros. Hombres eminentes de otras disciplinas. Felipe II y Don Juan de Austria. Bosquejo histórico.....	166

El anterior índice es una guía para los maestros, que sólo pretende darles una pauta modesta y reducida.

Su cultura les dará resultados sorprendentes, muy superiores a los logrados por el autor. Un índice completo necesitaría más páginas que el libro todo.



ÍNDICE GENERAL

	<u>Páginas</u>
Obras de Larra.....	3
A los maestros españoles.....	5

ANTOLOGIA

Mi nombre y mis propósitos.....	11
<i>Crítica de costumbres.</i> —El castellano viejo.....	17
En este país.....	31
Yo quiero ser cómico.....	40
Vuelva usted mañana.....	48
La diligencia	60
<i>Crítica política.</i> —La Junta de Castel-o-Branco.....	69
<i>Crítica teatral.</i> —A beneficio del señor López.....	80
<i>Viajes.</i> —Las antigüedades de Mérida.—Primer artículo....	84
Segundo y último artículo.....	88
<i>Poesía.</i> —Sátira contra los vicios de la Corte.....	97
<i>Novela.</i> —El doncel de Don Enrique el Doliente.—Capí- tulo XXXVIII	103
<i>Teatro.</i> —No más mostrador.....	115
Macías	123

IDEARIO

¿Quién es el público y dónde se le encuentra?.....	133
Carta a Andrés.....	136
Empeños y desempeños.....	137
Filología	138
Teatros	139
Conclusión	139
Don Timoteo o el Literato.....	141
Las circunstancias	143
Los tres no son más que dos.....	143
Ventajas de las cosas a medio hacer.....	144
Un novio para la niña.....	145
Carta de Fígaro a un Bachiller.....	146

	<u>Páginas</u>
La vida en Madrid.....	147
El hombre globo.....	148
Modos de vivir que no dan de vivir.....	153
Los barateros	154
El pilluelo de París.....	155
De 1830 a 1836.....	156
Prólogo de «El dogma de los hombres libres».....	157
El doncel de Don Enrique el Doliente.....	162
No más mostrador.....	164
Don Juan de Austria.....	166
Lección sobre un párrafo de Larra.....	168
Índice de sugerencias.....	183
Índice general	189
Obras de Fernando José de Larra.....	191
Colofón	192

OBRAS DE FERNANDO JOSÉ DE LARRA

Invocación a Shakespeare (1911).

La educación de la mujer y el abolicionismo (1926).

Algunos médicos poetas del siglo XIX (1926).

Las Bibliotecas populares y el entretenimiento de los ocios obreros (1927).

Josefina Butler.—Estampas de la vida sencilla de una mujer (1928).

Unas líneas de Larra.—La lección de un discípulo (1928).

La Farándula, niña. — Teatro infantil. — Primera edición (1928).—Segunda edición (1929). Agotadas.

La Farándula, niña.—Tercera edición escolar, corregida y aumentada.—Cuatro tomos a 2,50 cada uno (1929).

La semana médico pedagógica (1930).

Influencia de la poesía en la educación de la juventud (1930).

Larra en la escuela.—Libro de lectura para niños (1930).

ACABÓSE DE IMPRIMIR
ESTA OBRA EN LA IMPRENTA YA-
GÜES, PLAZA DEL CONDE DE BARAJAS, 5,
EL DÍA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1930 - LOS DIBUJOS
DE JOSÉ L. PELLICER, PERTENECEN A LA EDICIÓN MONU-
MENTAL DE LAS OBRAS COMPLETAS DE LARRA, PUBLICADAS POR
LA CASA MONTANER Y SIMÓN, DE BARCELONA, CEDIDOS
GALANTEMENTE POR ÉSTA. — LA CUBIERTA ES
DEL NOTABLE ARTISTA RAMÓN MANCHÓN.
EL BROCHE DEL INSIGNE
MARIANO BENLLIURE.

f-c,



8 Ptas

2725

2725